

MAPA DE SABEDORES

DE EXPRESIONES ARTÍSTICAS



Subregión
PDET
Alto Patía
y Norte
del Cauca





Culturas

MAPA DE SABEDORES

DE EXPRESIONES ARTÍSTICAS

📍 Subregión PDET Alto Patía Norte del Cauca. Vol. 1

Apoyo:



FONDO MIXTO DE
CULTURA DE BOYACÁ



arte, paz y
saberes en los
territorios



VOCES Y
SABERES
EN LAS
ARTES

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**

Yannai Kadamani Fondorona
**Ministra de las Culturas,
las Artes y los Saberes**

Fabián Sánchez Molina
**Viceministro de las Artes y la
Economía Cultural y Creativa (e)**

Saia Vergara Jaime
**Viceministra de los
Patrimonios, las Memorias
y la Gobernanza Cultural**

Luisa Fernanda Trujillo Bernal
Secretaria General

Maira Ximena Salamanca Rocha
Directora de Artes

**Arte, Paz y Saberes
en los Territorios**

Claudia Marina Mejía Garzón
**Líder Programa Arte, Paz y Saberes en
los Territorios**

Ivonne Carolina Benítez Sarmiento
Formación

Jhon James Angarita Pallares
Gestión de información

Juan David Quintero Osorio
Comunicaciones y divulgación

Liliana del Pilar Flechas Rodríguez
Gestión y gobernanza cultural

Paola Andrea López Wilches
Gestión de conocimiento

Sandra Paola Ruiz Velásquez
Profesional Especializada Grado 15

Equipo de investigación

Lina María Rodríguez
Coordinación de investigación

Raúl Martínez Arcos
Yina Marcela Caicedo
Solanyi Ortega
Frederman Carrero
Diego Alexander González
Investigación en campo

Miguel González
Luis Carlos Mueses
(Colectivo La Locomotora)
Luis Fernando Patiño
Andrés Obando
Ronald Balanta
**Fotografías y realización audiovisual en
campo**

Equipo de Edición y diagramación

Manuela Fajardo González
Corrección de estilo

Tejido Editorial
Diseño de colección

Sergio Zapata León
María Lucía Ovalle Pérez
Dilian Querubín González
Simón Uprimny Añez
María José Castillo Ortega
Paola Caballero Daza
Andrés Ramírez Muriel
Equipo MiCASA

Vannessa Holguín Mogollón
Gestión administrativa

Yivy Katherine Gómez Pardo
Asesoría legal

Título de la publicación

*Mapa de sabedores de expresiones artísticas.
Subregión PDET Alto Patía Norte del Cauca.
Vol. I*

Primera edición: diciembre de 2025
ISBN (impreso): 978-958-753-798-7
ISBN (digital): 978-958-753-799-4

Impresión

Imprenta Nacional de Colombia

Esta publicación fue posible gracias a la Corporación de Desarrollo Social Élite-Corpoélite (Convenio de Asociación 3537 de 2024) y Fondo Mixto de Promoción de la Cultura y las Artes de Boyacá (Convenio Interadministrativo 0840 de 2025).

**Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes**
2025

Está prohibida, sin la autorización escrita del editor, la reproducción total o parcial del diseño y del texto de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Está prohibida la venta de esta obra.

MAPA DE SABEDORES

DE EXPRESIONES ARTÍSTICAS

 Subregión PDET Alto Patía Norte del Cauca. Vol. 1

Contenido

- 5 « Introducción
- 9 « Las prácticas artísticas en el Norte del Cauca: desafíos en un contexto de gran diversidad
- 15 « **Marely Ararat: Escribo desde la nostalgia**
- 21 « **María Edilma Cuero: ¡Que el país entero conozca la música del Pacífico!**
- 27 « **Pedro Pablo López: La inspiración: uno no sabe cuándo le va a llegar**
- 33 « **Delfica Perea: ¡Llegaron las platoneras!**
- 18 « **La memoria en los territorios y la construcción de paz en el Pacífico Medio**
- 37 « **Dora Nidia Campo: Cocinando poemas con maíz**
- 43 « **Héctor Ramírez: El oído: un don que Dios me dio**
- 49 « **Carmen Mina: Llamando al sosiego y a la paz**
- 55 « **Luis Arney Zuleta: Trabajando por la lectura y la paz en Miranda**
- 61 « **Noralba Guerrero: Inspirados en buscar la paz**
- 65 « **Amparo Rojas: El arte me emociona**
- 69 « **Eduardo Molina: La paz nos mueve desde que nacimos**
- 75 « **Luis Alfonso Hurtado: La otra historia de Corinto**
- 79 « **Abraham Medina: Que la gente aprenda lo que yo sé**
- 85 « **Ely Germán Daza: Con las danzas me gané la vida**
- 89 « **Martha Estrella Ramírez: Satisfacción por compartir el saber**
- 93 « **Eugenia Ulcué: Memoria del tejido Nasa**
- 97 « **Romelia Tenorio: El aprendizaje está en el fogón**
- 103 « **Rosario Poto: Tejer el propio cuerpo para sanar**
- 109 « **Gerardina Mina: No podemos dejar caer la tradición**
- 115 « **José Mesías Lucumí: Me gusta poner el ánimo**
- 121 « **Rodolfo Gómez: ¡Este es el tono!**
- 125 « **Carmen Lucumí: Con el espíritu de la danza**
- 131 « **Fabio Holguín: Ser artista viene en el alma**
- 137 « **Flor María Mina: Le escribo a Colombia**
- 143 « **Ciro Ul: Yo con mi guitarra soy feliz**
- 149 « **Licenia Quiguanas: El tejido pasa por la espiritualidad**
- 155 « **Mariano Pilcué: Danzando a la vida**
- 161 « **Aura María González: Cantamos gracias a los ancestros**
- 167 « **David Guamanga: En la música, entre más se busca, más se encuentra**
- 173 « **Paubla Suscué: Tejiendo, se trabaja la mente, ahí hay paz**
- 181 « **Manuel Durán: La satisfacción de expresarse**
- 187 « **Rosalía Piamba: Espiritualidad y cuidado**
- 195 « **Salvador Tumbo: El cuidado de la vida y el cuidado de la comunidad**

Introducción

Arte, Paz y Saberes en los Territorios es un programa transversal de la Dirección de Artes del Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes que nace en el marco de la firma de los Acuerdos de Paz. En los dos últimos cuatrienios, el Programa se ha sostenido con el propósito de posicionar las artes, la cultura y la creatividad en el centro de las políticas públicas, como herramientas fundamentales para la restauración y el desarrollo de los territorios especialmente afectados por el conflicto armado. Desde su quehacer, el Programa ha aportado al goce efectivo del derecho al conocimiento, la práctica y el disfrute del arte y la cultura, en especial de aquellas poblaciones más vulneradas, entre ellas las mujeres, los grupos étnicos y los niños, niñas y jóvenes de zonas rurales de los municipios con Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial – PDET. En 2024, el proyecto **Mapa de Sabedores de las Expresiones Artísticas** acudió a 72 personas mayores de 60 años, portadoras de saberes artísticos y culturales presentes en la subregión PDET Alto Patía Norte del Cauca. A través de recorridos por los territorios, relatos y diálogos con investigadores de estos municipios, se han registrado las trayectorias, creaciones y procesos formativos, de circulación y de producción de los sabedores, logrando así reunir información de inmenso valor para reconocer el país desde las experiencias y los lenguajes artísticos de los mayores.

Este documento recoge algunas de las memorias y enormes aportes de los sabedores de los municipios ubicados al norte de esta subregión: **Pradera y Florida, en el Valle del Cauca, y Miranda, Corinto, Caloto, Toribío, Buenos Aires, Santander de Quilichao, Jambaló, Suárez, Caldono y Morales, en el departamento del Cauca.**

Asimismo, da cuenta de la labor de jóvenes investigadores y realizadores audiovisuales de estos territorios. Su mirada comprometida y afectuosa sobre los aportes y legados de todos los sabedores y sabedoras que recogemos en este volumen evidencia la enorme riqueza que representan las personas con las que cuenta esta subregión. Gracias a estos jóvenes podemos hoy dar a conocer una muestra de la profundidad de las tierras del Alto Patía Norte del Cauca.

En estos municipios se identificaron prácticas artísticas profundamente ancladas en la vida cotidiana y en las identidades de sus pobladores. Los sabedores participantes dan cuenta de una gran diversidad de lenguajes artísticos, trayectorias, aprendizajes, memorias y saberes presentes en las tradiciones, la oralidad, la música, la danza y la literatura. Sus relatos evidencian la fortaleza de quienes ejercen como gestores e impulsores de las artes y la cultura, así como el empeño de quienes, como formadores, aportan de manera decisiva a la garantía de los derechos culturales de las poblaciones a las que el Estado colombiano llega con dificultad.

Dada la importante presencia de pueblos indígenas y afrocolombianos en este volumen, la comprensión de la práctica artística se ha ampliado para dar cuenta de la integralidad que articula las nociones de arte, cultura y espiritualidad en estos pueblos. Es por ello que, a diferencia de otros volúmenes, en este se incluyen sabedores y sabedoras cuyo quehacer gira en torno al tejido, la partería y la medicina tradicional, con el fin de visibilizar el vínculo entre las prácticas culturales y sus posibilidades de sanación que, en muchos casos, involucran el arte: la música y la danza. Valga señalar que la noción de “arte” para estos pueblos, lejos de ser disciplinar y segmentada, está vinculada con otras dimensiones de la vida social y cultural, como la alimentación, la salud y la identidad. Además, no existe una búsqueda por destacar talentos individuales o innovadores: el arte es, para estos pueblos, un concepto colectivo y comunitario que da alas y raíces a otras formas de comprender las prácticas en las que el mundo sonoro, visual, oral y literario se entretajan con la paz y con la vida misma.

Tabla 1.
Sabedores y sabedoras que participaron en la
investigación Alto Patía Norte del Cauca (I).

DEPARTAMENTO	MUNICIPIO	SABEDOR/ SABEDORA	
Valle del Cauca	Florida	Marely Ararat Escobar	
		María Edilma Cuero	
	Pradera	Pedro Pablo López Barbosa	
		Delfica Perea	
	Cauca	Miranda	Héctor Ramírez Pasajes
			Carmen Mina
Corinto		Luis Arney Zuleta Ríos	
		Noralba Guerrero Bossa	
Caloto	Amparo Rojas Moreno		
	Eduardo Alberto Molina Uzuriaga		
	Luis Alfonso Hurtado Camacho		
Toribío	Toribío	Abraham de Jesús Medina	
		Ely Germán Daza Vergara	
		Martha Estrella Ramírez Torres	
		Eugenia Ulcué de Muse	
		Romelia Tenorio Méndez	

Cauca	Toribío	Rosario Poto Mestizo
	Buenos Aires	Gerardina Mina
		José Mesías Lucumí Viveros
		Rodolfo Gómez Viveros
	Santander de Quilichao	Carmen Amparo Lucumí Mejía
		Fabio Enrique Holguín Marriaga
		Flor María Mina
	Jambaló	Ciro Ul Martínez
		Ana Licenia Quiguanás de Ramos
		José Mariano Pilcué Quiguanás
	Suárez	Aura María González Lucumí
		David Guamanga Quisobonid
		Paubla Marina Suscué
	Caldono	Manuel Alberto Durán Cruz
		Rosalía Piamba Puni
		Salvador Tumbo Yafue
Morales	Ceferino Gómez Samboni	
	Filemón Noguera Medina	
	Virgelina Grijalba de Martínez	

Fuente: elaboración propia.

Las prácticas artísticas en el Norte del Cauca: desafíos en un contexto de gran diversidad

La subregión del Alto Patía, Norte del Cauca, guarda una enorme riqueza de paisajes y culturas. En sus tierras habitan comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas, unidas por sus fuerzas organizativas, el empeño por mantener vivas sus culturas, las formas de gobierno propio y la pluralidad de modos de ver el mundo. En medio de la presencia histórica de actores armados ilegales, que ejercen presión sobre las poblaciones a través del control territorial y de actividades ligadas a economías ilícitas, los pobladores de esta región han desplegado diversas formas de resistencia, memoria y comunión, en las que las artes y los saberes asociados a ellas han jugado un papel fundamental. Todo ello ocurre a pesar de la débil presencia institucional en las zonas rurales, la insuficiencia de infraestructura vial y la baja o inexistente conectividad a Internet. La infraestructura disponible para el aprendizaje, la creación, el sostenimiento, la difusión y el legado de las expresiones artísticas es heterogénea y depende del grado de desarrollo de cada municipio. En este sentido, se reconoce que espacios como las casas de la cultura (cuando se dispone de ellas), las escuelas, los polideportivos, las bibliotecas, los parques, los salones comunales y, por supuesto, las casas de los sabedores son los escenarios en los que el arte tiene vida y convoca a familiares, vecinos y amigos. Las fiestas familiares, las celebraciones municipales y, especialmente, las fiestas patronales son las plataformas que permiten visibilizar las expresiones artísticas de los sabedores en esta región. En medio de la ausencia institucional y del conflicto armado, la vida familiar y comunitaria ha garantizado la memoria y ha ofrecido el espacio ideal para el aprendizaje y la pervivencia de las prácticas

artísticas y culturales. Los sabedores presentes en este volumen aprendieron sus artes en casa, en las fiestas familiares, con los vecinos y en la escuela. La música, los tejidos, los relatos y las danzas estuvieron presentes en la cotidianidad de los sabedores y sabedoras durante su infancia, permitiéndoles una aproximación natural, nacida de la curiosidad y del genuino interés por aprender aquello que hacía parte de la vida en común.

Este interés inicial por las prácticas artísticas estuvo acompañado, en algunos casos, por el apoyo de la familia cercana, y en otros, por una profunda convicción, por un llamado claro a adentrarse en el proceso de aprendizaje de las artes. Los relatos recogidos en este documento dan cuenta del empeño y la persistencia de los sabedores a lo largo de sus vidas, así como de la firmeza de su decisión de aprender, sostener y luego contribuir a la vida de sus comunidades desde sus creaciones y legados.

Los procesos creativos de los sabedores y sabedoras revelan la diversidad de sus vínculos con la vida cultural. Para algunos, la creación es una experiencia íntima e individual, donde el proceso creativo surge de la introspección personal, la conexión con la naturaleza o la reflexión sobre sus vivencias y tradiciones. Esta dimensión más individual del proceso creativo pone énfasis en la libertad personal y en el valor del legado cultural que cada persona lleva consigo, ya sea a través de la música, la danza, la artesanía o la oralidad.

Para otros sabedores, en cambio, el proceso creativo es intrínsecamente colectivo. En estos casos, la creación artística no es solo el resultado de un esfuerzo personal, sino que emerge del diálogo y la colaboración con otros miembros de la comunidad. Este enfoque colectivo está profundamente enraizado en tradiciones culturales afrodescendientes e indígenas, en las que la creación artística se concibe como una herramienta para fortalecer los lazos comunitarios, transmitir el conocimiento ancestral y promover la cohesión social. En este proceso, el saber no pertenece únicamente al individuo, sino que es compartido, transformado y enriquecido por la participación colectiva. Los rituales, las ceremonias y los encuentros comunitarios se convierten en espacios de creación conjunta, donde las experiencias y conocimientos de todos los

participantes contribuyen al resultado final, ya sea una danza, una pieza musical o una representación escénica.

El proceso creativo de los sabedores comparte, en todos los casos, una profunda conexión con el interés de desarrollar y preservar manifestaciones culturales tradicionales, con el contexto comunitario y con las experiencias de vida de cada uno. Un aspecto común en sus trayectorias artísticas es la importancia de la espiritualidad: sus creencias religiosas no solo los acompañan en las actividades cotidianas, sino que impregnan sus prácticas artísticas, integrándose con los valores comunitarios y las identidades compartidas.

En cada caso, el proceso creativo se entiende también como una forma de resistencia ante las adversidades socioeconómicas, además de ser un medio para preservar y transmitir la memoria cultural. El arte, para los sabedores, no es solo una forma de expresión personal, sino un medio de enseñanza y de compromiso comunitario. A lo largo de sus vidas, han transmitido sus conocimientos artísticos a sus hijos e hijas y a otros miembros de la comunidad, consolidando su papel como portadores de una identidad cultural que resalta las expresiones artísticas del territorio.

Los conocimientos artísticos gestados de manera autodidacta hacen parte de las formas de aprendizaje en contextos rurales, en los que la observación se convierte en el principal método para la adquisición de diversos saberes. Gran parte de los sabedores no tuvo acceso a formación institucionalizada, por lo que su aprendizaje fue informal y comunitario. En todos los casos, la motivación principal ha sido la preservación y exaltación de la cultura campesina y local. A través de sus obras artísticas han expresado una profunda conexión con sus tradiciones rurales.

Las limitaciones en recursos —instrumentos musicales, materiales de arte, espacios de formación— hacen que el proceso creativo dependa de la recursividad y de la reutilización de los materiales disponibles. El proceso creativo de estos artistas es, por tanto, una mezcla de tradición, capacidad de adaptación a sus contextos y condiciones materiales, y creatividad puesta al servicio de la memoria cultural colectiva.

En este sentido, la posibilidad de sostener sus saberes y prácticas depende en gran medida del empeño y la energía vital de los

sabedores, así como de que sus necesidades básicas estén satisfechas. La generación de colectivos y el establecimiento de alianzas con actores locales se plantean como estrategias para sostener el ejercicio de sus prácticas, especialmente cuando se requieren espacios y recursos para la consecución de materiales especiales (como en el caso de la compra, fabricación o arreglo de instrumentos musicales).

Algunos sabedores han gestionado proyectos directamente con las alcaldías locales, mientras que otros lo han hecho con entidades nacionales, como el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes. Estas colaboraciones les han permitido acceder a recursos, apoyo institucional y programas que favorecen el desarrollo y la sostenibilidad de sus iniciativas culturales. La relación con las autoridades locales y nacionales es vista por los sabedores como una oportunidad para fortalecer su trabajo y garantizar que las prácticas artísticas y culturales continúen siendo un motor de transformación social en sus comunidades. Sin embargo, también reconocen que este tipo de gestiones requiere un esfuerzo continuo y, en ocasiones, se enfrenta a desafíos en términos de financiación y de burocracia. Aun así, los sabedores se mantienen firmes en su compromiso de seguir promoviendo su cultura y de buscar nuevas oportunidades para hacerla crecer.

En algunos casos, los sabedores han logrado articularse con otras organizaciones culturales, lo que ha sido un factor clave para el fortalecimiento de sus proyectos. Estas colaboraciones han permitido el intercambio de saberes, recursos y experiencias, enriqueciendo tanto la calidad como el alcance de sus iniciativas. A través de estas alianzas, los sabedores no solo han fortalecido sus capacidades de gestión, sino que también han tenido acceso a nuevas metodologías y enfoques que potencian la difusión y sostenibilidad de sus prácticas artísticas. La creación de redes entre colectivos culturales ha sido fundamental para enfrentar desafíos comunes y buscar soluciones conjuntas, ampliando la proyección de los proyectos más allá de sus contextos locales.

Las posibilidades de legar saberes dependen de múltiples circunstancias en esta subregión: desde las iniciativas propias de formación a niños y niñas de los contextos cercanos, hasta la

enseñanza dirigida a hijos, nietos o sobrinos. Sin embargo, es una preocupación constante para los sabedores no contar con los contextos y condiciones adecuadas para legar los saberes que, en la mayoría de los casos, están vinculados con el conocimiento cultural de sus comunidades. Con la pérdida de los espacios naturales de las prácticas artísticas —fiestas, rituales, espacios colectivos— se pierden también los escenarios de enseñanza y aprendizaje de estas artes, en la medida en que el compartir saberes mediante el quehacer no se planifica, sino que se da siguiendo los ritmos de la producción artística, marcados generalmente por fiestas patronales y eventos religiosos, especialmente en el caso de la música.

En el caso del tejido, la transmisión del saber se liga al acto de memoria ancestral, pues el tejido tiene como factor intrínseco la identidad de la comunidad indígena, que hoy por hoy se ve amenazada por la moda y el desplazamiento que esta genera en el uso de las prendas tradicionales. Sin embargo, escenarios como Nasa Ñus¹, en Caldono, permiten crear espacios para la transmisión colectiva del saber del tejido, superando el ámbito estrictamente familiar y generando una nueva visión del tejido como apuesta colectiva de identidad, como proyecto productivo comunitario y como extensión de las prácticas espirituales que se desarrollan en el lugar.

Por su parte, el teatro comporta un proceso permanente de compartir saberes: en la medida en que se produce teatro, se aprende teatro, y en la medida en que se presenta teatro, el público también aprende de este lenguaje. Además, los procesos de memoria teatral sobreviven a través de escritos, afiches y volantes que cuentan la historia de las presentaciones realizadas, ligados al nombre de los directores y actores que participan en cada una. Todo ello constituye un legado que narra la historia teatral del municipio y de las agrupaciones.

1 Nasa Ñus es una asociación de Cabildos indígenas Nasa conformada por cuatro resguardos indígenas, ubicados en los municipios de Cajibío, Morales y Sotará. Estos municipios son zonas de reasentamiento a las que se llega tras la avalancha ocurrida en 1994, en Tierradentro.



Fotografía: Miguel González

Marely Ararat:

Escribo desde la nostalgia

La Marely nació en el municipio de Florida, en el Valle del Cauca, un municipio agrícola que alberga una biodiversidad rica y paisajes montañosos. Creció entre los refranes y dichos de su abuela, la mujer que la impulsó a estudiar, leer y escribir.

No sé cuándo nació el bichito de la escritura, pero me gustó leer desde niña. Cuando estaba pequeñita leía los cómics de los periódicos *El País* y *El Tiempo*, que nunca faltaban en mi casa, la revista *Life*, que siempre compraba mi papá, y la revista *Selecciones*. Entonces, obviamente, yo escogía lo que más me agradaba. Me enfrenté a la lectura desde muy niña, desde la infancia prácticamente, y escuché *Mi lector en voz alta*, unos cuentos que tenía, también oía un programa de cuentos que se llamaba *Cancioncitas y cuenticos para todos los niños*, que lo daban por *La Voz del Valle* a la una de la tarde. Ese era mi lector de cuentos en voz alta y ahí conocí otra forma de leer.

De los cuentos narrados, Marely pasó al universo de las radionovelas, de las que aprendió otra forma de narración y de oralidad junto a las mujeres mayores de su familia. Fue así como, en cada momento de su vida, Marely encontró en la narración y en la escritura una forma de disfrute y de encuentro.

En el colegio, como en segundo de bachillerato, apareció la moda de hacer un chismógrafo. El chismógrafo era un cuaderno que uno llenaba, tenía preguntas como:



Fotografía: Miguel González

“¿Cuál es tu nombre?”, “¿Tienes novio?”... Me encantaba repartirlo entre todos los compañeros del salón para luego leerlo en la casa y reírme a carcajadas con eso. Y cuando hice la primera comunión, me regalaron un librito, un diario que tenía una llavecita. Ahí empecé a escribir mi día a día; creo que desde allí empecé a escribir. Pero siempre me ha gustado la parte literaria. Siempre he estado en medio del arte, porque en mi familia todos han cantado, aunque ninguno ha sido profesional.

Para Marely, la escritura responde a una necesidad de expresión que afianzó a través de la escritura de cartas para comunicarse con las amigas que conoció en Medellín cuando estudió su tecnológico.

El género epistolar es, por ello, un género cercano a sus afectos, a las memorias de su amistad y a la posibilidad de relacionarse con otros en la distancia.

Descubrió la literatura en la biblioteca del colegio, lugar al que la mandaban como castigo. Para su dicha, allí pudo encontrarse con historias a las que no tenía acceso en casa: Marcial Lafuente, Agatha Christie, León Uris, John le Carré... hasta que descubrió la poesía en la música.

Empecé con la novela policíaca. Después empecé a leer literatura de guerra: León Uris, John le Carré... hasta que me di cuenta de que a mí me gustaba más otro género. Me gusta mucho la poesía, me encanta la poesía, porque la poesía es muy, ... digámoslo... espiritual. Y me gusta mucho la crónica. Y nadie narra como lo hacía Gabriel García Márquez.

Ana y Jaime, Tormenta... Ahí conocí a Quilapayún, a Silvio Rodríguez –aunque Silvio Rodríguez fue después–, pero también estaban Alí Primera, Atahualpa Yupanqui. Mi papá fue un gran escuchador de tangos, podría decir que era tangófilo, y en el tango he encontrado parecidos, en cuanto a construcción literaria, con el vallenato y la música llanera.

La escritura es para Marely una forma de contar a otros las historias que cada quien guarda. Su escritura da cuenta del compromiso que tiene con su municipio, con sus realidades y con la posibilidad de que otros, como ella, encuentren en la narración una forma de conexión con aquello que son.

La creación literaria expresa sueños: lo que uno sueña, lo que uno desea para su territorio. Desde allí, a través de los escritos, de las imágenes que pueda uno plasmar en un texto, se está apuntando a la paz, porque la creación artística es una herramienta frente a la crisis.

Vinculamos comunidad, jóvenes y adultos en la parte de investigación histórica. Entonces hemos hecho producción audiovisual, pódcast, crónicas, recuperando la memoria histórica de Florida. *Floridarte* hace parte de esa recuperación de la memoria histórica del municipio: hacemos producción audiovisual, hemos hecho pódcast, crónicas, cuentos... Me parece importante.

Sus letras conservan la imagen de las antiguas calles y paisajes de Florida, recogen la nostalgia que le provoca recordar una historia que se ha transformado con el tiempo.

Quiero escribir sobre las calles de Florida, el paisaje floridano que hoy no encuentro pero que está en mi mente; de gente que era parte de los buenos días, buenas noches, buenas tardes: “¿Cómo ha estado?, ¿qué hay de su abuela?”. Ese encuentro diario que tenía y que ya no está, que es como la nostalgia. Yo escribo mucho, a veces, parte de los escritos que hago los hago desde la nostalgia.

Sin embargo, también destaca las historias de Florida que permiten dar a luz la belleza, la alegría y la comunión, en medio del abandono, el dolor y la discriminación. Marely comparte lo que hace en distintos medios y eventos, como sucedió con la radio comunitaria de Florida, en la que durante algún tiempo sostuvo un programa de investigación sobre la historia local. Ha participado en la gestión de espacios y talleres de escritura con la Casa de la Cultura y la Alcaldía, y ha visto el nacimiento de Literactos, un grupo de escritura del que hace parte.

Marely busca compartir con otros su amor por la literatura, no como un medio para lograr reconocimientos, sino como una forma de impulsar a que muchos descubran las historias de Florida y de sus pobladores.



Escucha aquí Marely leer uno de sus textos.



Hay sueños que a mí se me han cumplido porque los he deseado tanto que han llegado sin que yo los vaya a buscar, sino que han aparecido: "Ve, hay esto", y eso se vuelve realidad. Pero no me interesa que la gente mañana piense en mí como un legado ni como un punto de referencia, no. ¿Por qué? Porque realmente lo que hago, lo hago porque me gusta.



Fotografía: Miguel González



Fotografía: Miguel González

María Edilma Cuero:

¡Que el país entero conozca la música del Pacífico!



Así habla María Edilma sobre cómo construye paz desde su saber.



María Edilma es cantaora de alabaos desde los siete años. Creció, se crio y vivió cantando alabaos en su pueblo y en las veredas. Las mujeres mayores de su familia se encargaron de transmitirle todo lo que sabe sobre los alabaos y sobre los rezos de muertos.

Mi mamá cantaba. Yo conocí a mi abuela, también cantaba, sí; mis dos abuelas, las dos cantaban. Y después de mi abuela, mi mamá tuvo una hermana, que era la que más cantaba –¡Dios la tenga en su gloria!– y ella me enseñó muchas cosas. Nunca me voy a olvidar. Me enseñó a rezar, soy rezandera de muertos. Fue mi tía, Angelina Cuero, se llamaba ella.

Aprendió cantando bajito, por respeto a los viejos, como le enseñaron desde niña. El primer alabao que recuerda es “Bárbara Venina”, que aprendió de su abuela paterna:

*Barbaraaaaa venina
Bella hila adoradora
Ojos de rubíes
Boca de paloma*

Para aprenderlo, contó con la fortuna de que su abuela Bárbara la invitara e impulsara a cantar:

Solo cantado, porque el alabao no necesitaba instrumentos anteriormente. Ahora ya lo estamos

cantando con instrumentos. Entonces mi abuela, por el lado de mi papá, le daba esa oportunidad a uno. Ella le decía a uno: "Cantás, pero cantás bien". Entonces, con miedo o sin miedo, uno se lanzaba y así aprendimos a cantar. Porque el alabao no es cantarlo por cantarlo: cada uno tiene su melodía, su letra, su sentido. Nosotros íbamos con un adulto cantando y le íbamos poniendo cuidado, y al otro día ya cantábamos esa canción. Uno en ese tiempo tenía el cerebro limpio.

Los cantos también sirvieron para que María Edilma aprendiera a responder o esquivar cortejos de algunos pretendientes de manera sutil y jocosa, sin romperle el corazón a nadie:

Una vez llegó una señora a mi tierra. Bueno, ahorita le decimos cazatalentos, y ella decía que yo tenía oportunidad de cantar, porque nosotros estábamos lavando, estábamos cantando, verseando, que se le dice. Si pasaba algún muchachito por ahí cuando uno estaba joven y le tiraba un piropo, entonces uno también le contestaba, pero a través de canción: si le gustaba a uno, le contestaba bien, y si no, le contestaba mal.

Sí, señor, cantar alabao, cantar la música del Pacífico, la que ahora le llaman currulao. Lástima que los viejos ya se murieron, porque esa gente no necesitaba escribir para aprender y cantar. Por ejemplo, el arrullo de allá:

*Ya viene el día
Ya amaneció
Cantan los gallos
Cocorocó*

Esta es una concha de almeja, y un señor decía así:



Fotografía: Miguel González

*Yo me embarqué a navegar
en una concha de almeja,
a rodear el mundo entero
a ver si encontraba coteja.
Pónganle cuidado:
cuando llegué al mar del Norte,
que los neutros me vieron,
mira bien, miles vapores salieron.*



Fotografía: Miguel González

Con sus saberes, María Edilma es memoria viva de sus tradiciones. Anhela contar con condiciones que le permitan compartir con los jóvenes aquello que sabe:

Yo conservo esto... yo soy sola. Si yo invito un muchacho o una muchacha, entonces me dicen: "Ay, que yo no voy porque no tengo guasá". "¡No! Allá hay

guasá, venga a tocarme el cununo”, les digo. “Pues, doña María, no tengo cununo”. Ahí está el cununo. Yo quisiera venir atrayendo la gente. Por ejemplo, ahora no le pude decir a un bombero que venga porque me dañó el bombo, el bombito sí se me dañó. Yo quisiera mandar a arreglar mi bombito y no olvidarme, semanalmente, de tener muchachos aquí, ensayando lo poquito, lo mucho que sé.

Además de compartir sus saberes, plasma en sus letras los acontecimientos importantes de las comunidades en las que habita, evocando, con las sonoridades propias de la música que canta, los elementos del paisaje y de los relatos:

Por ejemplo, ahora estoy componiendo... En una Semana Santa, tiempo atrás, se ahogó un barco que se llamaba *Bello Guardia*. Ahí se salvaron dos. Cuando se hundió ese barco, murió mucha gente. Todos los que se salvaron fueron los que no iban en camarote. El barco lo llenaron mucho; entonces, cuando empezó a llover *ventiao*, se hicieron pal lado que no les caía agua.

Es así como a María Edilma la mueve cuidar sus tradiciones, compartir lo que sabe y dar a conocer a otros aquello que es parte vital de su cultura. Las redes, los medios digitales y las tecnologías de comunicación actuales son concebidas por ella como herramientas que le pueden permitir difundir su música. Sueña con encontrar la forma de hacer “¡que el país entero conozca la música del Pacífico!”



Escucha la
pasión de María
Edilma al hablar sobre
su tradición.





Fotografía: Miguel González

Pedro Pablo López:

La inspiración: uno no sabe cuándo le va a llegar

Pedro Pablo es compositor del municipio de Florida. Con fe y empeño ha aprendido de la música y ha vivido de ella, pues, como él mismo dice con la música, Dios abre puertas y Dios a cada uno le da”. Un trueque permitió a Pedro Pablo adquirir sus primeros instrumentos:

Mi papá cambió un marrano por una guitarra y un tiple. Como el señor ya estaba allá en la finca –teníamos dos fincas, una en el páramo y otra por acá–, entonces yo acababa la labor del campo, de lidiar con ganado, como a las cinco o seis de la tarde, y me venía a recibir las clases a la otra finca, que quedaba como a hora y media de camino. Al otro día madrugaba de allí para subir a la finca El Tesoro, porque tenía que ordeñar y hacer los quehaceres con el ganado. Pero así recibí mis clases con el tiple, aprendí a tocarlo. Después recibí las clases de guitarra.

Cuando aprendimos, como en ese tiempo no había entrado todavía la energía a las veredas, nos contrataban para amenizar los festivales. Entonces tuvimos un conjunto y éramos cuatro que íbamos a amenizar festivales y, poco a poco, nos fuimos haciendo. Ya nos conocieron aquí en Florida, entonces nos invitaban también. Ahí estuvimos haciendo fama, como se dice.

Aprendió inicialmente gracias al maestro Marquito Suárez, a quien encontró en la finca, y a un método que este le presentó. Fue así como le enseñó a marcar las tonalidades, afinar su escucha, el tiple y la guitarra, de manera que su sonido y su voz fueran armoniosos:

Me decía: "Haga". Lo más duro es la afinación. El tiple hay que afinarlo y es muy delicado para afinar. Pero apenas me afinaba el tiple, yo me iba con ese cuidado de que no fuera a llegar desafinado allá. Y al otro día, o a los otros dos días, bajaba donde el hombre y así aprendí el tiple. Entonces dijo el hombre: "Ya sabe tocar tiple, vamos con la guitarra". También hice lo mismo con la guitarra. Le hice el brazo a la guitarra, nos colocó dónde teníamos que hacer los tonos. Entonces el trabajo de uno es buscar el tono con el que va a cantar, que no quede muy alto ni muy bajito. Uno busca el tono en la guitarra, porque hay canciones que la original está por un tono, pero uno no alcanza a cantar, digamos, como una música de Jaramillo, que es tan alta.



Fotografía: Miguel González



Fotografía: Miguel González

Poder tocar su tiple y su guitarra era para Pedro Pablo el premio que lograba por cumplir a sus padres con las labores de la tierra. El amor por la música lo llevó a componer, pensando siempre en la rima, “porque la canción que no lleva rima es como si uno estuviera hablando”. Compone cuando está inspirado, pero sabe que la inspiración, caprichosa como es, llega sin avisar, sin día ni hora fijos. La música ha sido el alimento de Pedro Pablo y el de su familia. Gracias a ella ha logrado los ingresos necesarios para “levantar” a sus hijos:



Estas son
las palabras de Pedro
Pablo para Colombia.



Yo con mi música me he visto realizado, porque así levanté mi familia. Me vine para el pueblo y, gracias al Señor, me resultaron trabajitos en el restaurante. Con eso levanté mi familia y les di el poquito estudio que les di. Ya ellos se superaron cuando pudieron hacer más: estudiaron en el SENA, se graduaron en lo que les gustaba. Pero mi satisfacción fue que pude levantar mi familia. Aquí en el pueblo dicen que la vida en el pueblo



Fotografía: Miguel González

es muy dura, pero, gracias a la música, a este arte que Dios me dio, he hecho muchas metas.

Canta las canciones que compone, pero también las de otros autores, porque, como él mismo dice:

Como músico, uno está dispuesto a cantar con gusto la canción que le pidan. Por ejemplo, una canción colombiana: si uno la sabe, la canta con agrado. Entonces, por ejemplo, nos dicen allá en el restaurante: "Vean, canten la canción que a ustedes más les gusta", y yo digo: "Vea, pero es que nosotros casi no tenemos preferencia en canción, a nosotros nos gusta es que nos digan tal canción para complacer el gusto de la gente".

Entonces que unas cancioncitas, boleros, "Amar y vivir", todas esas cancioncitas; música de Vicente

Fernández, de Antonio Aguilar, Julio Jaramillo; baladitas de Leonardo Favio...

Pedro Pablo canta en cumpleaños, en dueto, trío o como solista; en festivales en Florida y en municipios vecinos. Aunque ha contado con algunos apoyos de la Casa de la Cultura, señala que su baja visión ha sido su mayor dificultad, pues le impide moverse de manera libre. Sueña con un mayor apoyo para él, pero también para otros artistas del municipio:



Escucha a
Pedro Pablo.



Yo creo que aquí en la casa, o en Florida, tenían que hacer no solo mi talento, sino muchos talentos que hay aquí en Florida; hacer como festivales donde participe la gente del pueblo. Hay gente del pueblo que sabe poesía, que sabe cantar de una manera o de otra, que saben reguetón, y eso también es artístico. Entonces hay jóvenes, y personas ya de edad que cantamos la musiquita vieja. Yo creo que eso le hace más falta a Florida: que haya festivales para la misma gente del pueblo.



Fotografía: Miguel González



Fotografía: Miguel González

Delfica Perea:

¡Llegaron las platoneras!

Delfica es una mujer valiente y valerosa, pero, sobre todo, llena de amor y esperanza. Ha superado profundos dolores gracias al infinito amor que lleva consigo, a la fe y a la compañía de personas que le han tendido la mano en momentos difíciles. Creció cantando para llenarse de fortaleza y, a sus 20 años, empezó a componer currulaos hasta vincularse a un colectivo de cantaoras que ha contado con el impulso de Alonso Bustamante. Además de Dios, Delfica se inspira en las situaciones de vida de las mujeres que la han acompañado:

No, es que yo decía: “Bueno, la mujer embarazada, tanto que lucha, y a veces los hombres se van; cuando están embarazadas, no ven que tienen malestar, que ese es su mal genio, el que le da a uno cuando está en ese estado”. Yo no tengo hijos, pero sí estuve embarazada y me dio muy duro. Y entonces dije: “Ay, voy a componer canciones a las mujeres embarazadas”.

Delfica es platonera: aprendió a llevar, en un platón sobre su cabeza erguida, el alimento, la vida y el saber que ha heredado de antiguas generaciones. El arte de llevar con orgullo y fortaleza el chontaduro sobre su cabeza es compartido por otras mujeres que, además de cargar el alimento, comparten memorias, ritmos y canciones:

Mi ilusión, mi deseo y todo mi anhelo es que todas nosotras, las platoneras, tengamos nuestra propia



Fotografía: Miguel González

canción, y la mayoría de platoneras somos negras. Nosotras somos afro, y tenemos nuestras propias canciones, música, ritmo y todo eso. Entonces eso, eso es lo que yo quisiera, que fuera movido siempre, en cualquier lugar, a todo momento.



Esta es
la primera canción
que compuso Delfica.



*Llegaron las platoneras,
llegaron con su sabor.
La fruta del chontaduro
le da el honor.
Esta fruta muy sabrosa,
esa fruta es nutritiva.
Con el chontaduro*

*han sabido trabajar.
Vamos, vamos, platoneras,
vamos todas a cantar.
La mamá del chontaduro
nos dio la oportunidad.*

El proceso creativo de Delfica combina la compañía de Dios y una especie de azar que lleva las canciones a su oído. Mientras hace oficio, mientras va en su triciclo, mientras camina y reza, le llega la inspiración:

Por lo menos la canción de la escuela, eso fue en la calle: me salió de una en la calle, mientras le pedía al Espíritu Santo. En la calle se me vino, andando con el triciclo, y ahí mismo la compuse.

Para recordar sus composiciones, anteriormente escribía a mano. Pero descubrió en WhatsApp una forma más ágil y sencilla de grabarlas:

Ahora que estoy componiendo los cantos, yo no los escribo, porque si me pongo a escribir, me demoro. Una hermana me sacó mi propio WhatsApp en mi celular y ahí voy cantando y grabando. Cuando ya está, paro y ahí queda.

Cantar a las mujeres negras, a las fuentes de ingreso —y, por tanto, de sostenimiento económico—, al turismo, dar a conocer su tierra y lo que hacen sus compañeras, inspira a Delfica a componer sus canciones, pero también a buscar posibilidades para ser vistas y conocidas.



Delfica le
compone a los
sucesos importantes
de la vida.





Fotografía: Miguel González

Dora Nidia Campo:

Cocinando poemas con maíz

Dora Nidia nació en El Líbano, corregimiento de Pradera, en el Valle. Creció junto a su padre y a su madre, ambos trabajadores del campo y convencidos del poder de la lectura. Aprendió a leer y de matemáticas en casa, junto a su madre, de manera que, al llegar a la escuela, el mundo de las letras y los números no le fue ajeno.

Yo no estudié, pero leía mucho. Leía y leía, y mi mamá nos colocaba las cuatro operaciones, ella fue la que nos enseñó a hacerlas en la casa. Cuando uno iba a la escuela, ya era como ensayar la lectura y la escritura también, pero iba uno ya muy adelantado. Leía un libro que se llama *El nuevo sembrador. La alegría de leer*, el número uno, el segundo y el cuarto, que era muy hermoso. Me gustaba mucho el cuarto porque hablaba de la patria y a mí me llamaba mucho la atención eso.

Empezó a declamar poemas a los 8 años y a componerlos a los 12. Aprendió este arte de su mamá, quien, en las noches, al calor del fuego que cocía el maíz, le compartía poemas y la hacía parte de la vida espiritual que estuvo siempre presente en su hogar:

Sí, ella escribía unos poemas y yo me acuerdo de que estaba muy pequeñita y, como ya trasnochaba cocinando el maíz, entonces se ponía a decirme poemas, a contarme historias de santos y todo eso. Entonces a mí me gustó la poesía y empecé a escribir. Los dos primeros poemas fueron para mi papá y mi

mamá. Desafortunadamente, después de que yo me casé, me llevó el cuadernito donde tenía mis poemas y por allá se mojó y se dañó, y se me olvidaron esos.

Dora Nidia habla de su madre de la misma forma en que nombra a Neruda y a Julio Flórez. Junto a ella y a los poetas, la naturaleza y los fenómenos de la vida son fuente de inspiración y aprendizaje:

Pues, yo pienso que, más que todo, uno debe ser centrado, en analizar todo, porque la naturaleza es algo que le inspira a uno a escribir, y también la historia, la geografía. Un poeta debe saber de todo.

Aprendí de mi madre principalmente. Pues sí, en la lectura uno recoge mucha información y hay poetas que le llaman a uno mucho la atención con sus escritos. Por ejemplo, a mí me gusta mucho la poesía de Pablo Neruda, de Julio Flórez... Gabriela Mistral también escribe bonito, Amado Nervo... y sí, muchos lo inspiran a uno y uno aprende bastante de ellos.

De su padre recuerda la fascinación por escuchar relatos e historias. En familia y en la cocina se reunían a escuchar leer a don César, imaginando juntos, calentando al tiempo los huesos y el afecto:

Mi papá compraba libros porque él no sabía leer, pero le fascinaba que le leyeran. Entonces allá se tenía un orden: mi papá compraba un libro y había un cuñado de él que se llamaba César Pérez, y le decía: "Bueno, vamos a leer este libro".

Se repartía la merienda cuando ya se habían cepillado, habían cambiado el "mojado" y todo. Nos reuníamos en la cocina, más que todo por el frío, y empezaba don César a leernos ordenadamente el libro: primero, segundo capítulo y todo. Y recuerdo que él decía, antes de empezar a leer un libro: "Hay



Fotografía: Miguel González

que leer el prólogo, el prefacio, todas estas partes son importantes, porque si no usted no va a saber de qué se trata el libro, o por qué lo escribieron, o en qué se enfoca, o en tal cosa". Todo eso se le va quedando a uno. Luego mi papá compraba otro libro y empezábamos a leerlo en las noches.

Aunque había veces que no leían el libro, sino que se ponían a decir adivinanzas, a contar cosas de miedos. Eso no me gustaba a mí, oír de los espantos y todas esas cuestiones, mitos y leyendas



Fotografía: Miguel González

del pasado que acostumbraban, y uno se llenaba de miedo. Jugaban naipe, jugaban dominó, jugaban a la lleva, que arrancar yucas, que bueno, tanto juego que había en ese tiempo.

La labor creativa de Dora Nidia se da en soledad. Se concentra y se entrega a Dios, le pide las palabras necesarias para expresar lo que busca. Se inspira en la belleza que encuentra en la naturaleza; encuentra a Dios en las flores y en las aves, pero también en el dolor que ha sentido al ver los efectos de la violencia y en la nostalgia de haberse sentido lejos de su tierra:

Por ejemplo, mire un poema que yo escribí... En ese tiempito, en Pradera, había días que enterraban hasta cinco personas asesinadas, en 2009, 2010, cuando hubo esa violencia tan horrible. Ese poema *Oh, mi país* y otro que está por ahí, creo que es *Canto a la vida*. Esa masacre y todo ese dolor, todo eso que uno veía, me movió a escribir ese poema y muchos otros.

También cada uno tiene algunos poemas de amor, también remembranzas. Ese también creo que fue una ocasión en que yo fui a la costa y me fui con mi hija; mi esposo no pudo ir, y él siempre me acompaña en los viajes, pero esa vez no pudo ir. Entonces me surgió ese poemita así, como de añoranza:

Pradera mi bella tierra

*Pradera, mi bella tierra,
hermosa como una flor,
con sus gentes tan amables
de sencillo corazón.
Aquí tenemos poetas,
empresarios, abogados,
médicos y docentes,
y en los hijos de este pueblo
muchos valores humanos.
Gracias doy a los señores
por darme la oportunidad*



Escucha a

Dora Nidia recitar
su poema.



Dora Nidia quiere dar a conocer sus poemas, contar con “el empujoncito” que le permita publicar un libro y, con él, ayudar a los jóvenes a percibir las bondades del arte, contagiar a otros de su fascinación por la vida; sus letras dan cuenta de la profunda conexión con el mundo espiritual que aprendió de su madre a través de la poesía, mientras cocinaban maíz.



Fotografía: Miguel González

Héctor Ramírez:

El oído: un don que Dios me dio

Héctor es guitarrista. Nació en la vereda Lomitas, del municipio de Pradera, Valle. Debido a los movimientos de la vida familiar, trabajó desde muy joven en Cali para ayudar al sostenimiento de su hogar. Vivió con su padre los traslados entre ciudades y pueblos, buscando cuidarse y librarse de la guerra política de los años setenta, hasta que regresó a Pradera de manera definitiva.

Entonces yo ya tenía más o menos visión de lo que era tener una guitarra, tocar una guitarra. Empecé y en un mes aprendí.



Así recuerda

Héctor su aprendizaje en la guitarra.



A la edad de diecisiete años, mi papá me regaló una guitarra. Fue de un momento a otro. Él sabía que a mí me gustaba mucho y yo veía donde había músicos, me gustaba meterme ahí a poner cuidado.

Pues uno siempre tiene afición de algo, uno desde muchacho tiene afición de algo y uno sueña. Yo desde niño soñaba con eso, con ser músico, y yo les decía a los amigos: "Yo quiero ser un músico grande".

Cuando trabajé en Cali, me gustaba ir a ver películas mexicanas. En ese tiempo el cine mexicano se tomó todo Colombia, en todas partes había películas mexicanas, y uno entraba a verlas, todo era cantando y música por todas partes. Entonces yo decía: "Yo quiero cantar como ese señor, quiero cantar así".

Con su impulso y sus anhelos, consiguió un maestro al que le pagaba tres pesos por clase. Cuando el maestro no tuvo más que enseñarle, Héctor siguió por su cuenta, sacando canciones y cantando. Luego encontró otro maestro gracias al cual entró a una estudiantina:

Yo les dije: “Vea, yo no soy músico profesional, yo estoy aprendiendo. En estos momentos toco rancheras, toco colombianitas, hay pasillitos medio acompañados y eso es lo que toco, y musiquitaailable”.



Fotografía: Miguel González



Fotografía: Miguel González

Me dijeron: “Listo, aquí nosotros lo guiamos”. Empezamos a ensayar ahí y, claro, me asignaron una guitarra más moderna, una guitarra profesional, y me empezaron a enseñar.

Yo compré cartillas de música y me enseñaban tonos, veía que unas canciones llevan tales y tales tonos. “Ay, yo estos tonos no me los sé”. Llegaba con la cartilla a la casa y buscaba esos tonos y ensaye, ensaye. Empezaba a ensayar tal canción que tiene tantos tonos, y así. Le puse de mi parte para aprender, porque hay veces que uno pone poco, pero no, yo con esas ganas de salir adelante le fui metiendo ese amor a

eso, y eso fue lo que me hizo salir adelante. En esa estudiantina estuve, gracias a Dios, siete años.

Lo mejor de mis montañas

*Allá arriba en las montañas,
donde nacen nuestros ríos,
tengo un cafetal florido,
también mi esposa y mis hijos,
que, con orgullo, les digo,
es la alegría al campesino,
lo mejor de mis montañas.*



Escucha a
Héctor cantar.



*Cuando salgo a trabajar,
el rocío de la mañana
lo siento al caminar.*

*El canto de las guacharacas
arrullan mi cafetal,
anuncian el nuevo día
de paz y tranquilidad,
anuncian el nuevo día
de paz y tranquilidad.*



Fotografía: Miguel González

Además de ser cantante e intérprete, Héctor es compositor y encargado de la creación musical de la agrupación de la que hace parte y con la que ha participado en festivales y concursos. Con la Orquesta Renovación, estuvo en eventos en Candelaria, Florida, Cali, Palmira, Cerrito y en otros espacios junto a artistas reconocidos en el país.

Héctor hace parte también del movimiento que creó la Asociación de Artistas y Gestores Culturales, desde la cual se promueve, con grandes esfuerzos, el fortalecimiento de las artes y la cultura en su región. A pesar de su dinamismo y reconocimiento, no le ha sido fácil grabar su música, por los costos y requisitos de este proceso y porque la consecución de recursos para las artes está atravesada por negociaciones políticas y económicas dispendiosas y desgastantes.

A pesar de ello, Héctor mantiene con cuidado el hilo que une la música y su corazón. Canta, toca, compone y comparte con quienes quieren aprender, sus saberes musicales. Agradece y cultiva su pasión, su capacidad de hacer música gracias a lo que, en sus palabras, llama el don que Dios le dio: su oído.

Pues hay mucha gente que ya me conoce. Por lo menos me conocen musicalmente, ya saben quién soy yo, ya me ven. Por lo menos artísticamente, tengo mi rol, como dicen los muchachos. Y no soy el mejor, porque no soy profesional, soy empírico, pero gracias a Dios, como le decía, el don que Dios me dio –el oído– me ha dado un don muy especial.



Fotografia: Ronal Balanta

Carmen Mina:

Llamando al sosiego y a la paz

Carmen es una cantautora nacida en la vereda La Monda, del municipio de Miranda, Cauca, una tierra en la que se mezclan tradiciones indígenas, afrocolombianas y campesinas, donde se cultiva la caña y el café en medio de las fiestas en honor a San Antonio.

Mi vida artística yo creo que empezó desde los tiempos de mi madre, cuando yo tenía más o menos unos seis o siete años. Recuerdo que ella siempre asistía con nosotros –mis hermanos y yo– a los velorios de los difuntos que había aquí en la población. A mí, desde ese tiempo, me llamaba mucho la atención los cánticos que se hacían en estos velorios.

Para Carmen, la vida artística y la vida cultural están entremezcladas. La música, la espiritualidad, la comida y los turbantes están unidos en la historia y deben entenderse juntos. Por ello, desde su labor como gestora y maestra, ha emprendido proyectos en los que vincula estas expresiones:

Pues primero nosotros hacíamos las cosas empíricamente, pero luego decidimos, con el Programa de Concertación, hacer una escuela de alabaos y allí formamos grupos con muchachos y adultos que querían aprender del tema.

Luego hicimos uno de música, aprendimos a tocar instrumentos de percusión y allí, dentro de unos proyectos que nosotros adelantamos, hace 23 años, formamos equipos para aprender gastronomía, para aprender a colocar los turbantes –que tienen mucha historia en nuestro medio– y para aprender otras artes.

El empeño que Carmen tiene en honrar y seguir dando vida a su cultura la ha llevado a conformar alianzas con cantaoras, músicos y otras organizaciones, generando un tejido vivo de saberes que se mueven entre comunidades vecinas:

Entre los maestros que nosotros hayamos tenido puedo mencionar al profe Efrén Calvache, que fue quien nos enseñó la manera de llegar a Concertación, a que nos dieran un proyecto.

También puedo recordar al profesor Alexis Filigrana, del municipio de Padilla, que fue quien nos enseñó la danza afrocolombiana, y a dos cantautoras de Caloto, ellas son muy amigas y estuvieron con nosotros enseñándonos los alabaos. Con ellas compartimos algunos que yo hice –yo soy cantautora–, y entonces ellos nos daban a nosotros y nosotros les dábamos a ellas los alabaos. Y también ellas fueron profesoras de la escuela de alabao, junto con una cantautora del municipio de Florida.



Carmen nos
cuenta qué la
inspira a crear.



Con sus letras y su gestión en el municipio, Carmen cuida el legado que le permite honrar su vida espiritual desde la música y su voz. Anima los lazos que mantienen juntas a las comunidades en medio de la adversidad y da una voz de aliento a quienes se acercan peligrosamente a la guerra:

Cualquier acto que sucede me da inspiración para hacerlo. Por ejemplo, me da inspiración



Fotografía: Ronal Balanta

un grupo de muchachos. Muchas veces nosotros hemos transformado las fugas en cantos que a ellos les interesen.

Tenemos uno, por ejemplo, que sacamos para esos jóvenes que cayeron en una bandada de muchachos y que nadie sabía a qué motivo se debía su caída. Entonces nosotros les sacamos un disco a ellos.

Por ejemplo, cuando el "Sí" de la paz, también sacamos una letra de un canto que llevamos al municipio de Villarrica y allí lo estrenamos.

También te puedo decir que el hecho de que una amiga, un amigo, una persona cercana a nosotros muera, eso nos inspira a hacerles una fuga, una canción, algo con lo cual siempre lo estemos recordando, y así por el estilo. El amor, la confianza, el cariño, todo eso nos inspira para hacer letras inéditas de las canciones que cantamos.

Carmen concentra sus esfuerzos en la Asociación Afromirandeña, de la que hace parte y a través de la cual canaliza todo su empeño en apoyar a los niños y jóvenes de Miranda para que puedan estudiar y alejarse de la guerra.

Con esos cantos nosotros lo que hacemos es la manifestación de lo que sentimos. Por ejemplo, cuando cantamos a la paz, nosotros siempre estamos diciendo que debemos todos vivir en paz, que la paz nace de nosotros mismos, que nos gustaría que en este mundo no hubiera algo que nos empañe, que nos impida salir, que nos impida relacionarnos. Siempre estamos llamando al sosiego y a la paz que tanto necesitamos.

Con los jóvenes del semillero que orienta como parte de la Asociación Afromirandeña, Carmen ha desarrollado laboratorios de creación desde la música y el teatro, que han derivado en muestras artísticas, pero especialmente en espacios de expresión y escucha, en los que los jóvenes se vinculan y cuentan con apoyos posteriores para estudiar y profesionalizarse.



Con el
arte Carmen busca
que los jóvenes
sientan orgullo
de su pueblo.



Te puedo decir que yo, en mi profesión, realmente trabajaba con los muchachos del colegio sobre esto, y la mayoría de los profesores me colaboraban. Le hacíamos sentir al muchacho la importancia que él tenía, que debía sentirse orgulloso de la etnia a la cual pertenecía, que realmente nunca hemos sido esclavos, sino que fuimos esclavizados, pero ese era el antes.

Después los muchachos comenzaron a sentirse orgullosos de ser negros y ese orgullo se reflejó en mí también, porque me daba mucha alegría ver cómo a ellos no les daba pena reconocerse. Lo mismo me pasaba a mí. Yo quiero mucho mi etnia, quiero que salgan adelante los muchachos, y eso me motiva para seguir con el trabajo social que nos hemos propuesto.

CONOCIMIENTO



Fotografía: Ronal Balanta

Luis Arney Zuleta:

Trabajando por la lectura y la paz en Miranda

Para Luis Arney nació en el municipio de Riofrío, en el Valle del Cauca. Nació en el campo y en “la época de la violencia”, que desplazó a su familia llevándolos de Riofrío a Tuluá y luego a Miranda. Desde su infancia le gustaron la lectura y la escritura, lo que lo llevó al mundo de los libros y, con el tiempo, a ser director de la Casa de la Cultura de Miranda. Este sabedor se ha propuesto cultivar en los niños el amor por la lectura y cuidarlos de circunstancias que puedan afectar sus vidas:

Yo llegué a un municipio donde el entorno social es complicado, por el tema del conflicto armado. Entonces comienza uno a mirar la necesidad de que los niños, niñas y jóvenes estén un poquito al margen de esa amenaza tan grave que es ser reclutado o, incluso, de otras amenazas que también existen desde el punto de vista social, como es la drogadicción, que para nosotros no es ajena.

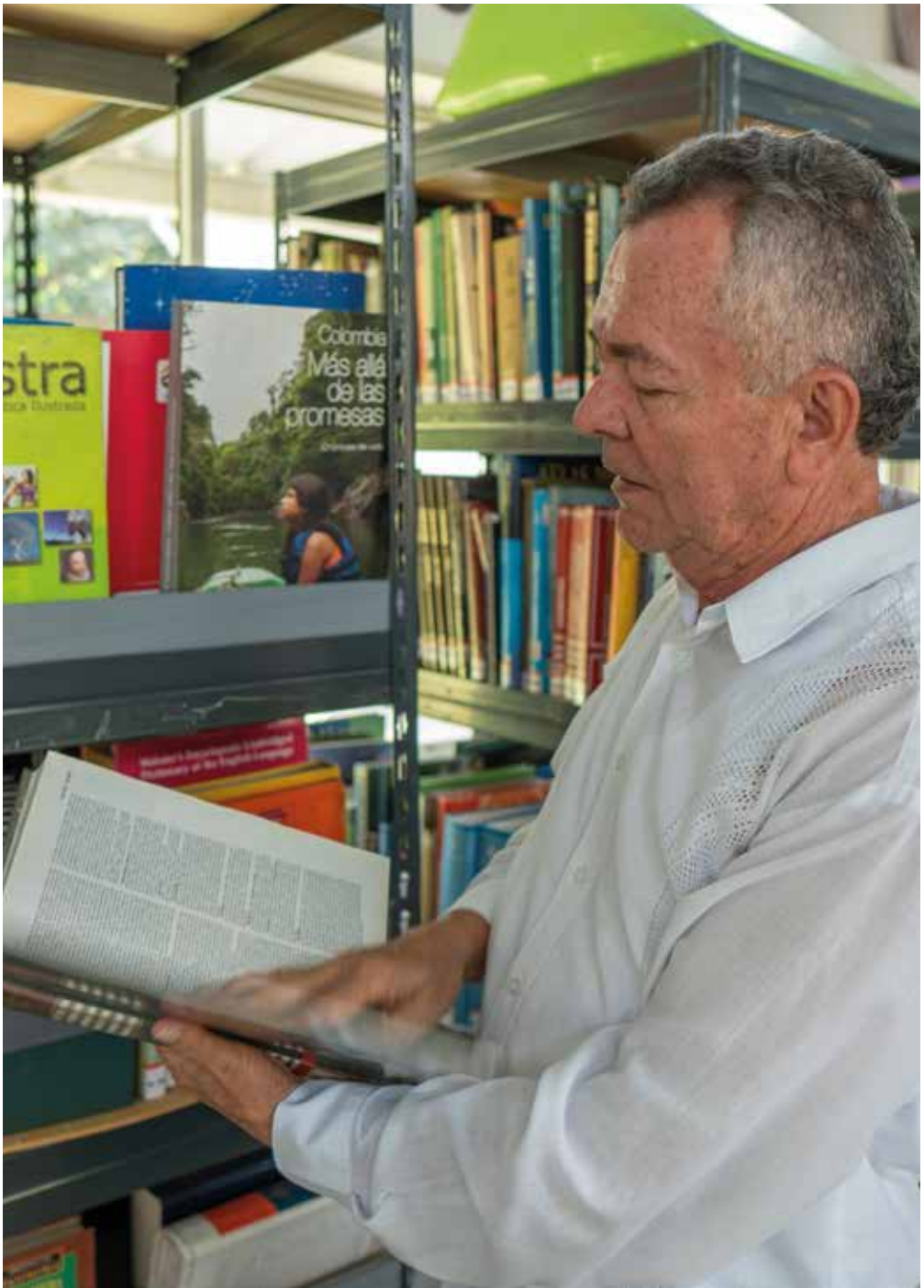
Había un tema aquí muy complicado, que era el de los embarazos prematuros. Las niñas antes de los 15 años ya estaban embarazadas. Comenzamos a trabajar fuertemente eso con los talleres literarios en los colegios, donde aprovechamos el tiempo para hablarles de ese tema.

La experiencia nos ha llevado a descubrir métodos, a descubrir estrategias para que los niños, niñas y jóvenes del municipio de Miranda estén alejados, de alguna manera, de ese peligro o de esos peligros a los que están expuestos constantemente.

Además de la lectura, Luis Arney se ha dedicado, junto a otros inquietos como él, a escudriñar y escribir la historia de Miranda. Fue así como, junto a otros compañeros, fundó la Tertulia Literaria de Miranda:

Nuestro municipio es un tema muy particular, porque nosotros venimos de ser cabecera en una vereda que hace 10 días cumplió 231 años. Esa era la cabecera municipal, hasta 1899, cuando se fundó Miranda, Cauca. La vereda se llama Santana. Todavía tenemos ancestros y abuelos, personas de edad mayor que nos cuentan historias. Ese referente de estas personas nos ha llevado precisamente a que llenemos un espacio que estaba vacío, que es el tema de la historia de nuestro municipio.

La historia, entre otras cosas, es una afición que guardo desde hace mucho tiempo y nos hemos dedicado a eso con los amigos, con los de la tertulia. Hemos escrito historias y, para ello, tenemos como referente la Tertulia Literaria de Miranda, que nació también hace 20 años, y de la que fui cofundador. Desde ese tiempo para acá, hemos escrito varios libros sobre la historia de Miranda. Aquí hay mucha gente que conoce la historia. A eso nos hemos dedicado: a crear memoria y a escribir la historia de Miranda.



Fotografía: Ronal Balanta

Por su labor como gestor, Luis Arney es el encargado de enlazar y dar visibilidad a los saberes, tradiciones, esfuerzos, comunidades y organizaciones:

Mi gestión como gestor cultural tiene que ver mucho con lo comunitario. Nosotros, de hecho, cuando nos trasladamos a las veredas –porque otro de los gustos que yo tengo, por ser gestor cultural, es trasladarme a las veredas a llevar actividades culturales–, es porque allá es donde encontramos lo auténtico, lo raizal.

Por ejemplo, en la parte plana, que es de mayor población afrodescendiente, tenemos toda la cultura afro y nosotros allá podemos ir a conocer músicas, danzas, gastronomía de ellos; y en la parte alta tenemos lo que es la zona campesina y la zona indígena.

Es así como ha gestado un concurso literario en el municipio de Miranda, en el que los niños, niñas y adolescentes participan en diversos géneros literarios, incluyendo la poesía, el ensayo y el guion teatral. Luis sueña con crear un espacio en el que los habitantes de Miranda puedan acceder a los libros en un entorno cálido, en el que se combine la lectura con una comida sabrosa. Pero también tiene en su horizonte aportar a la organización cultural en Miranda, de manera que se siga construyendo paz a través del arte:



Luis nos
muestra los libros
que han resultado del
concurso literario
que lidera.



La música despierta emociones en el niño o el joven cuando interpreta un instrumento o hace parte de la escuela de teatro. Yo siempre he dicho que el arte desarrolla la sensibilidad en las personas. Y eso es lo que pretendemos a través de esto. Que el niño que tiene un instrumento en la mano, el que se coloca una máscara, el que coge un pincel, que sepa que verdaderamente eso es lo importante.



Escucha a

Luis hablar sobre su pasión por la literatura.



Hay una frase que acuñaron en Colombia, que es muy trillada, que dice que un niño que coge un instrumento nunca va a coger un fusil. Para nosotros eso es casi que una realidad. Las estadísticas nos dicen que por la escuela de música han pasado más de 3 500 niños, niñas y jóvenes en el proceso de formación. Y no conocemos un niño o una niña de estas, o un joven de estos, que haya optado por el tema de la violencia.



Fotografía: Ronal Balanta



Fotografia: Ronal Balanta

Noralba Guerrero:

Inspirados en buscar la paz

Noralba es una actriz y cantaora nacida en el corregimiento de Tienda Nueva, de Palmira. Entre sus recuerdos guarda los poemas y cantos que aprendió en la escuela, pues fueron el motor de su impulso musical y le han permitido encontrarse con otras mujeres y honrar a Dios y a los santos a través de su voz.

La música y la poesía me llevaron a ser artista...
Me parecieron algo muy bonito esas prácticas,
entonces por ahí me fui. Y también, que en la escuela
le enseñaban a uno y uno tenía que participar;
entonces ahí empecé. Y ahorita, nosotras nos
reunimos y salimos de la rutina de la casa.

El proceso en el que estoy empezó con doña Carmen
Mina. Empecé a ir a los talleres que ella, por medio
del Ministerio, ha hecho. Hemos hecho infinidad de
talleres para la cuestión de los alabaos, danzas, se han
enseñado danzas, cantos para los jóvenes y adultos.
Yo he estado ahí acompañando, he estado ayudando
en ese proceso y me ha gustado.

Además de doña Carmen, Noralba tiene como referentes al maestro Efraín Candelo, a Luis Zuleta, Rosalba Bonilla y Carlos Calvache, a quienes admira y agradece lo que han hecho por el municipio de Miranda:

Efraín Candelo... Él desde muy pequeñito perdió la vista. A pesar de esto, estudió la primaria, el bachillerato, fue a la universidad y ahora es un gran abogado. Aquí en Miranda han formado varias orquestas de música, algunas de música folclórica, salsa, y él estuvo en ellas. Él tiene una voz muy bonita y era una de las principales voces de la orquesta que se llamaba El Juglar, y él cantaba. Yo le he admirado siempre eso a él y ha sido mi referente. Y otras personas, como doña Carmen Mina, como un muchacho que se llama Alexis Filigrana, de Padilla; Rosalba Bonilla, que trabaja aquí en la biblioteca; don Luis Zuleta... Bueno, muchas personas que uno ve. Aquí también hay un proyecto que se llama Un canto por la vida, y este muchacho, Carlos Calvache, pues yo también lo admiro a él.



Fotografía: Ronal Balanta



Noralba cuenta
cuáles son sus
referentes y fuentes
de inspiración.



En su labor artística, Noralba ha contado con el apoyo sostenido de sus hijas, que la acompañan a los festivales y en la construcción de los proyectos a través de los cuales ha sustentado su quehacer. Además de sus hijas, se ha vinculado con cantoras de agrupaciones como Manato, Tambor y Caña, Almas Parrillenses, con las cuales realiza encuentros e intercambios de saberes en torno a la afrocolombianidad.

Estos encuentros dependen de los apoyos del gobierno local y nacional, pero son fundamentales para la vida artística y la memoria cultural de las comunidades a las que pertenece Noralba, y también para dar visibilidad a su labor artística en otros municipios. Aunque en sus canciones Noralba piensa en los santos y en Dios, las circunstancias presentes son una fuente de creación importante, especialmente cuando se trata de la paz:

Para crear una obra, a uno le inspira más que todo lo que uno ve, lo que uno siente. Por lo menos cuando hay guerra, cuando hay paz. Ahorita necesitamos mucho la paz, estamos inspirados en buscar la paz, entonces ahí uno se inspira con esto.

Como tantos otros sabedores, Noralba no ha concebido la necesidad de comercializar o vender lo que hace. Los cantos y bailes que realiza son ofrecidos sin esperar retribuciones económicas, pues la satisfacción está en ver a la gente contenta y agradecida con su labor:



Carmen y Noralba
se encuentran,
conversan y
cantan juntas.



Yo no he pensado en oportunidades para comercializar, pero a la gente le gusta lo que nosotros hacemos y, de pronto, querrían comprar algo. Hasta ahora, no pensamos vender cosas de nosotros, sino mostrar lo que se hace y que la gente nos colabore, participe. Más que todo, nosotros necesitamos participación de la comunidad.



Fotografía: Ronal Balanta

Amparo Rojas:

El arte me emociona

La historia de Amparo ha estado ligada a la danza, a las artes y a la cultura. Nació en Pradera y se trasladó a un ingenio azucarero ubicado en Corinto. Allí vivió hasta los 17 años, cuando llegó a la zona urbana para poder estudiar.

Desde que estaba en la escuela participaba en centros literarios, en todos los bailes, diferentes clases de baile: la danza, la salsa y todo, así como de las diferentes regiones, del Pacífico, del Atlántico. Siempre participaba, desde allí, por el gusto, por la vocación. Entonces empecé de muy pequeña practicando esa parte artística.

Lo que sabe lo aprendió mirando y haciendo, y fue complementando sus conocimientos con algunos talleres y cursos. Junto a sus hermanas, la vocación por la docencia se ha complementado con la danza, impulsándose mutuamente:

Nosotras somos seis hermanas y todas trabajamos alrededor de la enseñanza. Tengo dos hermanas que trabajan en este momento en el CDI, tengo otra hermana que es profesora en la escuela, en La Colombiana, y todas trabajamos en la parte de la danza, a todas nos gusta y entre todas nos ayudamos.



Escucha a
Amparo hablar sobre
sus propósitos
con la danza.



Por ello, Amparo ha logrado desarrollar procesos formativos con niñas y niños en torno a las artes, la danza y el canto, pero especialmente en torno a la construcción de condiciones de bienestar y de paz:

Yo pienso que me inspira el deseo, las ganas de que cambie la sociedad. Pienso que los niños están yéndose por otro lado, entonces a mí eso me inspira: llegarles a ellos, a que miren que, si vivimos bien, que si entre vecinos nos tratamos bien, que si no somos enemigos, en cualquier momento necesitamos de ellos y nos podemos servir. Entonces, a mí me inspira mucho la buena convivencia.

Como una misión dictada por su propio nombre, Amparo busca proteger a los niños y las niñas que requieren mayor atención y cuidado; los acompaña desde su voz y desde sus letras:

Claro, de dar siempre un propósito para todo: para que mejoren, para que mejore nuestra vida, incluso nuestra salud mental. Tenemos niños que están solitos en las casas, entonces cuando ellos llegan allá a la novena, empezamos con esa parte de la oración, de pedirle a los niños que piensen, que reflexionen cómo fue su año y qué tienen que cambiar para el próximo.

Entonces yo pienso que eso es bueno, que los niños vayan cambiando su forma de pensar respecto a su comportamiento, a que les toca a ellos solitos; que, a pesar de que les toque esa vida, hay que ser capaces de afrontar esas cosas.

Amparo disfruta ser maestra y se enorgullece de su labor educativa en Corinto. Comparte con los niños y las niñas las danzas que conoce y comparte con las familias los montajes que



Fotografía: Ronal Balanta



Amparo nos
muestra recuerdos con
los grupos de danzas
que ha orientado.

crea en sus clases. Su labor artística no tiene remuneración económica: enseña y crea con afecto porque comprende el valor de sus acciones y porque, con sus danzas, reúne familias y personas de las comunidades cercanas.





Fotografia: Ronal Balanta

Eduardo Molina:

La paz nos mueve desde que nacimos

Eduardo nació en Cali. Es cofundador de una fundación dedicada al arte y al deporte. También es bailarín y gestor y, desde muy niño, se involucró en la forma en que en las comunidades se comparte el conocimiento con otros, de manera natural y cotidiana:

Eso es algo que siempre he tenido en mi mente. Desde muchacho comencé a jugar, a divertirme, a saber. Me identifico como afrocolombiano y tenemos algo en particular: uno escucha un tambor y le corre eso como por las venas, ese sonidito del tambor como que le pega a uno.

Eso hizo que comenzara yo, desde muchacho, a entender que había cosas por hacer y pienso que ahí está parte de ese legado y parte de ese reconocimiento público, porque todo comenzó ahí y, desde ahí, ininterrumpidamente siempre hemos estado a la vanguardia (...)

Acá los pueblos tienen la gran ventaja de que aprenden de todo, con una forma de poder ayudar a la gente a construir otro tipo de saberes. Y creo que yo la debo de enseñar. Creo que desde muy niño comencé a enseñar, a dirigir grupos, a preparar a otros y a otras. Entonces es algo que profesionalmente hasta hoy sigo haciendo.

El entorno vital de Eduardo está rodeado de arte. Viene de familia de músicos y sus hijos lo son también. Cruzando su inclinación nata por la danza y la música con su pasión por compartir, Eduardo ha hecho largos recorridos en los que ha aprendido y se ha inspirado para crear juegos dancísticos y musicales para los niños y las niñas.

He aprendido mucho. Donde quiera que vaya siempre traigo algo. Recuerdo que, en mis tantas salidas a la Costa Pacífica, ver a los niños jugar era aprender un canto.

Tengo una facilidad por mi profesión –especialista en lúdica y recreación y arte– y todo ello me permite también ser investigador. Entonces disfruto mucho el cantar, compongo muchas canciones



Fotografía: Ronal Balanta



Escucha a
Eduardo hablar
sobre sus maestros.



para hacer mis juegos recreativos, mis juegos dancísticos. Esa expresión oral la rescato.

Me produce mucha alegría ver a los niños, por edad corta que tengan, que me lo usan. Pero, si ellos están jugando en autonomía, ahí hay un aprendizaje. Y tengo esa facilidad de producir cantos que son únicos.

Con su vocación de servicio a las comunidades, Eduardo ve en la danza y en las artes una forma de generar bienestar, alegría y encuentro:

Me inspira que mi obra ayude a la transformación social. No genero espacios de aprendizaje como para cobrar o hacer por hacer. Lo que yo digo normalmente: aquí yo no vengo a enseñar a bailar por bailar. Si en ese baile que estoy montando no hay algo de convivencia, no hay algo de cultura de paz, no estoy haciendo las cosas que quiero.

Siempre tiene que estar ese componente de que lo que me inspira es transformar socialmente a estas comunidades, a esta gente, donde quiera que vaya, donde quiera que mis mensajes lleguen. Siempre vas a encontrar una palabra motivacional o algo que ayude a la transformación.

Para Eduardo, lograr ese propósito de conexión o de transformación social no depende de grandes inversiones económicas. Encuentra en el juego mismo, en el carácter lúdico del arte y en el juntarse con otros los elementos fundamentales de su quehacer:

Más que la voz, más que el goce de la misma gente, más que elementos físicos, son esos elementos mentales, esos juegos mentales, esa forma de llevar el mensaje, esa forma de que lo lúdico es vida, esa forma de que una predanza que parte de un juego tradicional es vida.



Fotografía: Ronal Balanta

Y desde ahí yo pienso que son los elementos más nobles y sencillos, y los más económicos, porque a veces muchos buscamos la gran carpa, la gran tarima, pero nos damos cuenta de que a veces necesitamos que en un papelito se encuentre un juego y desde ahí comiencen a interactuar.

A pesar de su pasión, Eduardo reconoce que el sostenimiento de su labor no es sencillo; en sus palabras, el “voluntariado también cansa” y los requisitos extremos para desarrollar su labor agotan las energías. Sin embargo, el empeño parece ser mayor que el

cansancio, pues Eduardo no solo ha participado en diversos eventos artísticos, sino que él mismo los ha gestado, vinculando a diversas agrupaciones y artistas de la región. Entre otros, ha contado con el apoyo de medios radiales y redes de Corinto, de canales regionales y de algunas organizaciones internacionales.

Eduardo insiste en la “colaboración radical”. Aunque no es un concepto suyo, invita de manera constante a pensar en las formas de enlazar las iniciativas propias con las entidades que pueden ofrecer una mano para dar el impulso necesario a las comunidades que, como las de Corinto, sostienen los esfuerzos de paz de manera permanente:

Uno quisiera llegar a más gente y decirles: “Estamos en la construcción de paz”. Eso nos mueve desde que nacimos y creo que ahí va a quedar el legado. Es mucho lo que hay en esa construcción de paz.

Decirles a las universidades que hay organizaciones que también requieren más de ese acompañamiento, requieren que vengan a investigarlas en sus territorios. Entonces, nosotros estamos acá, estamos haciendo cosas para el bien común y queremos que la institucionalidad, las universidades, las grandes organizaciones, la cooperación internacional, digan: “Venga, hermano, si esta gente ya ha avanzado en algo, si esta gente le copia, pues vamos a ir”.

Porque como nosotros hay muchos, nosotros no somos solos en el territorio; nada más acá hay emisoras, hay otras cosas. Pero en el norte del Cauca, reitero, tenemos una red. Ya tenemos eso de trabajar con los demás y para los demás, eso ya lo tenemos interiorizado.



Mira algunas
fotografías que guarda
Eduardo para
recordar su labor
en la danza.





Fotografía: Ronal Balanta

Luis Alfonso Hurtado:

La otra historia de Corinto

Luis Alfonso es tiplista, cantante y gestor. Nació en Florida, Valle, pero desde muy pequeño fue de un lugar a otro con su familia, lo que le permitió recorrer diferentes municipios del Valle y del Cauca hasta llegar a Corinto. Su amor por la música viene de familia: su madre cantaba y su padre hizo parte de diversas agrupaciones musicales. Aprendió el tiple con una cartilla y, gracias a su dedicación, aprendió “en ocho días los 14 tonos naturales que tiene la música”. Junto a algunos amigos que también se acercaron al tiple de manera empírica, fue profundizando sus habilidades y conocimientos sobre este instrumento.

En su recorrido musical, se vinculó a una estudiantina en Corinto, con la que participó hace años en el Festival Mono Núñez. Fue así como desarrolló sus habilidades como guitarrista marcante, tiplista, encargado de melodías, voces principales y segundas voces.

En su memoria están presentes algunas personas que hicieron posible que su pasión se hiciera realidad y que han dado impulso a la música en Corinto:

Pues los compañeros que le mencioné anteriormente: don Jesús Castro; Peregrino Antonio Ruiz Molano, que fue docente aquí e hizo mucho por el deporte y la cultura, más que todo por la música en el municipio de Corinto –ya se encuentran ausentes, Jesús Castro se encuentra



Con su música
Luis Alfonso busca
servir a los demás.



en Cali y Peregrino Ruiz era docente en la ciudad de Popayán–; y don Antonio Mendoza, que en paz descansa, era marcante y segunda voz dentro del grupo musical.

Con su música, Luis Alfonso expresa su pasión, su conexión íntima con el mundo sonoro, pero también hace “obras sociales”:

Nació una idea por ahí en el año 78, más o menos, de hacer un festival de música del recuerdo aquí en el municipio de Corinto, encaminado a recoger fondos para hacer obras sociales.

Entre ellas, tenemos las cirugías de dos personas que se les practicaron en el municipio de Corinto y, posteriormente, trabajamos para el ancianato del municipio de Corinto, la Iglesia católica, el cuerpo de bomberos, etc.

Es así como Luis Alfonso tiene como propósito aportar al bienestar de otros a través de su voz y su tiple, pero también con su labor como gestor, gracias a la cual ha logrado establecer alianzas con empresas y gobiernos locales que han permitido fortalecer la infraestructura y dotación de las escuelas de Corinto, particularmente en lo que respecta a instrumentos musicales.

En su música, Luis Alfonso canta a la paz, a la historia de Corinto, a eventos sociales y políticos que encuentra significativos para su región y para el país. Ha buscado grabar algunos de estos temas, pero se ha encontrado con dificultades, especialmente económicas. Aunque ha contado con el apoyo de las comunidades de Corinto, reconoce que el desarrollo artístico del municipio requiere una inversión decidida por parte de los gobiernos:

Sí, claro, todos requerimos de una preparación. Desafortunadamente, en ese sentido no se han hecho ayudas por parte de las administraciones locales. Pero yo diría que de pronto falta mucho más.

Cuando yo comencé a incursionar en la música aquí no existía Casa de la Cultura. Con otros compañeros que fuimos concejales –porque he tratado de instalar la música con el trabajo político, el trabajo social y el trabajo comunitario—...

Luis Alfonso encuentra también en sus canciones un camino para construir una imagen distinta de Corinto, crear memorias y relatos diferentes sobre su historia, desmarcarlo del conflicto y darle la profundidad y la anchura que tiene, más allá de las circunstancias en las que lo puso la guerra:



Luis Alfonso
nos comparte los
recuerdos de su
vida artística.



Pues mire, todo el municipio de Corinto ya me conoce y, en municipios cercanos a Corinto también. En cuanto al tema musical, no ha habido una ayuda al factor económico porque no hemos podido difundir y vender la otra cara de la moneda, para que el Gobierno central y los departamentos vecinos nos miren...

Y es que tenemos tanta estigmatización porque a partir del año 63, con el secuestro del señor Harold Eder aumentó el estigma, desafortunadamente, y nos ven de mala manera.

En el municipio no queremos que nos vean únicamente por los ilícitos, sino que nos vean de otra manera. Aquí hay muchas expresiones culturales dentro del municipio y mucho que mostrar en el municipio.



Fotografía: Ronal Balanta

Abraham Medina:

Que la gente aprenda lo que yo sé

Abraham es músico, artesano y director de banda marcial desde hace casi 40 años. Nació en Caloto, un municipio enriquecido con la historia del pueblo Nasa y la sabiduría afro y campesina que habitan en esta región. Creció “como hijo único” junto a sus vecinos, que eran al mismo tiempo sus primos. Heredó de su abuelo el arte de la carpintería, como él mismo la llama. Gracias a la combinación de sus conocimientos y pasiones, todos los 8 de septiembre Abraham es el encargado de la carroza con la que se rinde homenaje a la Niña María.

Aparte de las artesanías, yo dirijo la banda musical marcial de aquí, del pueblo. Llevo más o menos 40 años dirigiéndola, también soy empírico en esto.

También trabajo con la carroza de la Niña María: todos los años hacemos una para su fiesta, precisamente ahora el 8 de septiembre es la fiesta y nosotros hacemos la carroza. Yo dirijo la fundación.

La construcción de la carroza lleva cerca de tres meses de trabajo de un grupo de personas dirigido por Abraham. Su devoción se expresa en la elaboración cuidadosa de estas carrozas, con las que busca además inspirar a otros en su fe. Ese sentido de entrega al bienestar de los demás se refleja también en el propósito de orientación y guía que tiene con la banda marcial de Caloto:



Fotografía: Ronal Balanta

Bueno, con la banda, las emociones son muchas. Como digo yo, a los muchachos hay que mantenerlos ocupados para que no se dediquen a cosas ilícitas.

Y también lo importante de esto es, por ejemplo, cuando nosotros salimos a los diferentes concursos, ver la emoción de los niños cuando se ganan los premios, eso es importantísimo: ese es el sueldo que yo me gano, porque yo aquí con la banda no tengo sueldo.

Hago esto porque me gusta, también soy empírico en eso. Yo no estudié, pero poco a poco fui aprendiendo

hasta que hoy en día he aprendido a dirigir una banda. Llevo más o menos 40 años con ellos.

Nuestro lema (de pronto sí lo copiamos) es que cuando un niño empuña un instrumento musical, jamás empuñará un arma. Y ese es el trabajo que nosotros estamos haciendo acá.

Mientras que para la banda cuenta con los instrumentos necesarios, en su labor artesanal trabaja con materiales que compra o consigue reciclados. En el proceso creativo, primero crea una imagen en su mente y, después de hacer un plano de su idea, pone en juego toda su recursividad para dar forma a lo que antes anidó en su imaginación:

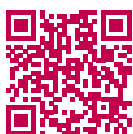
Cuando voy a hacer una obra, primero pienso bien qué es lo que voy a hacer y luego voy organizando los planos en un papel y ya luego los voy pasando a la obra en sí. Trabajo generalmente en papel, lo diseño y luego ya lo voy pasando a la obra.

Ahorita estoy haciendo una casa en un árbol y ya estamos casi a punto de terminarla, y así fue: cuando me dijeron, empecé a trabajarla en la mente y luego en la consecución, porque me tocó ir al río a conseguir una ramita que me diera para poder hacer la labor. Y así yo lo iba trabajando.

No le gusta hacer las cosas de afán y pone todo su empeño en que queden bien hechas. La dedicación, el esfuerzo, el ingenio y el conocimiento que pone Abraham en sus obras —con sus carrozas y artesanías tanto como con sus estudiantes— dotan de un inmenso valor al producto de su trabajo. Por eso Abraham se duele cuando el trabajo de la creación manual no es valorado de manera justa en los procesos de comercialización:



Conoce algunas
de las creaciones
de Abraham.



Bueno, yo busco transmitir con mis obras que la gente admire los trabajos que hacemos los

artesanos, no solo yo, sino los demás artesanos, porque mucha gente no aprecia esto.

Nosotros trabajamos y el artesano es el más mal pagado que puede haber. Usted hace una obra, digamos una obra que puede valer 100 000 pesos, y la gente quiere que le valga 20 000, porque “no, eso no, la artesanía no tiene valor”, le dicen a uno.

Pero, más que todo, es la gente por aquí de esta región, porque gente de otros departamentos vienen y le compran a uno bien comprado. La inspiración es esa: que la gente logre aprender el valor de la artesanía.

Abraham es reconocido en Caloto por sus obras plásticas, pues gracias a las fiestas de la Niña María, estas recorren todo el pueblo rodeadas de devotos y oraciones. Con sus estudiantes de la banda ha conseguido ser reconocido más allá de Caloto, gracias a los encuentros en los que participa y a Fantasía Estéreo, la emisora local que los lleva a oídos de muchos en la región:

Con las obras estuve una vez en Popayán, pero generalmente no he vuelto a hacer esto. Con la banda sí participo mucho en festivales en varios departamentos. Nosotros hemos ido casi a toda Colombia con la banda y somos muy conocidos ya por eso; con la banda salimos mucho.

En este momento sí tenemos la ayuda de Fantasía Estéreo, que es una emisora que está apoyando estos procesos. Eso sí, para que, últimamente, ellos han venido, están apoyando mucho, y hay algunos muchachos que manejan redes que también apoyan con eso.

Aunque Abraham ha querido enseñar con generosidad lo que ha aprendido, no ha encontrado espacios para hacerlo:

Pues mire, esa es la gran tristeza que yo tengo, porque yo siempre he querido enseñar lo que yo sé, pero nunca he encontrado apoyo. Ellos creen que porque yo les digo que voy a enseñar les voy a cobrar un sueldo, y a mí eso no me interesa.

Me interesa que la gente aprenda lo que yo sé, porque yo ya tengo 70 años y nadie sabe cuánto más voy a vivir. Sería bueno que la gente lo aprenda, porque son cosas que he aprendido empíricamente y las puedo enseñar, pero no las van a conseguir de pronto en un libro o en otra cosa. Pero no, no encuentro apoyo.



Escucha el
propósito que tiene
Abraham con la banda
musical que dirige.



A pesar de esto y de las dificultades de orden público que restringen las salidas y ensayos de los niños y jóvenes de la banda, Abraham continúa su labor, aportando con decisión a la vida cultural de Caloto que, en sus palabras, ha sido reconocida por sus expresiones artísticas y patrimoniales.



Fotografía: Ronal Balanta



Fotografía: Ronal Balanta

Ely Germán Daza:

Con las danzas me gané la vida

Ely Germán es un bailarín del municipio de Caloto. Descubrió su gusto por las danzas hacia los 20 años, cuando empezó a participar en un grupo folclórico al que le hacían falta hombres:

Aquí en Caloto no había qué hacer y entonces, cierta vez, en un grupo que se llamaba Caucaquira necesitaban hombres, porque a los hombres no les gustaban las danzas. Fuimos siete muchachos y en una semana aprendimos como cuatro danzas, y eso que se ensayaba lunes, miércoles y viernes. El sábado teníamos una presentación en Manizales y entonces me escogieron y bailé esas danzas, y de ahí me empezaron a gustar.

Gracias a este grupo hizo varias presentaciones, recorrió la región y esta experiencia fue de gran valor para vincularse al núcleo escolar rural de Caloto, donde fue maestro por muchos años. Ely Germán complementó su formación gracias a cursos ofrecidos por el Instituto Popular de Cali y el Ministerio de Educación.

Ely recuerda amigos bailarines, compositores y músicos que han fallecido, pero que fueron de gran importancia para Caloto y para el Festival Folclórico del municipio que se celebraba años atrás. Recuerda también cómo, desde su labor como maestro, acogió y acompañó con las danzas a los niños, niñas y mayores de las veredas del municipio. A través de su trabajo, Ely abrió la posibilidad a las familias de conocer las expresiones dancísticas y sus contextos, al complementar la danza con el teatro y la música:

Hay danzas en las que tienen que actuar los niños: por ejemplo, hablando, recitando coplas. En el caso de los bundes, se les debe enseñar cómo deben decir las coplas, por ejemplo, o al Niño Dios con las adoraciones.

Y yo tengo una historia muy buena cuando fuimos a Manizales y a mí me tocaba hacer una pelea con machete y me cortaron un dedo por estar actuando allí.

Y también hay obras en las que, por ejemplo, salía una mamá: “¡Ah, se me murió mi hijo, se me murió!”. Y lo decía bien, con buena forma. Entonces uno veía que sí estaba trabajada esa obra, que sentía la danza, lo que quería representar.

Es importante que el profesor les enseñe bien cómo tienen que actuar las personas, por ejemplo en el caso mío, me tocaba ponerme una falda para enseñarles a los niños cómo se mueve. Ahí tengo un video: cómo se mueve una falda, cómo se mueve un sombrero o un pañuelo, por ejemplo, en un abozao, en un currulao... Todos esos movimientos hay que enseñárselos a los niños.



Esto piensa
Germán sobre la
calidad en
las danzas.

En su oficio de maestro de danzas para niños y niñas, Ely encontró una forma de compartir su saber que conducía a sus agrupaciones a la memorización y ejecución precisa de las coreografías:



Yo ya tenía las coreografías en mi mente y sabía qué era lo que tenía que hacer para montar una danza. Entonces yo trabajaba así: la danza duraba, por ejemplo, 5 minutos. Hacíamos repeticiones hasta cierta parte, luego la encajábamos en la segunda parte, hasta que quedara toda completa, sin falla.

Y si había una falla, paraba yo –en esa época los casetes, o la tambora– y decía: “No, pues vamos

a repetir". Y así, hasta que yo veía que ya la danza quedaba bien, que no tenía ningún problema.

Claro, la parte física también, porque yo tenía que hacer primero un calentamiento, enseñarles paso por paso, después hacerlo por parejas, y luego ya hasta con el vestuario, para poder mover el sombrero, el pañuelo o la falda. Ese era un proceso, fue difícil, pero los niños... hasta que uno hacía diferentes repeticiones para que ellos lo aprendieran bien.

Para gestionar los vestuarios y la utilería necesaria, Ely Germán acudía a los vínculos comunitarios y, al mismo tiempo, los fortalecía, pues en colectivo organizaban bingos, bazares y recolectas para contar con el dinero necesario:

Por ejemplo, en el colegio, cuando salíamos a las veredas, nosotros hacíamos bingos y presentaciones por la noche en las veredas para recolectar fondos para comprar el vestuario, porque aquí nadie nos daba eso.

Y en el colegio, cuando había izadas de bandera, cuando había reunión de padres de familia, presentábamos las danzas para motivar a los padres y a los niños.

Con tristeza, Ely Germán recuerda los tiempos en los que, en su labor de maestro, recorrió veredas, vio crecer a los niños y disfrutó de la danza y de los aplausos de las familias. Extraña que en Caloto se vuelva a vivir la danza con fuerza, que la vitalidad de la vida comunitaria regrese y que el arte vuelva a unir a las personas en el goce y el encuentro.



Fotografía: Ronal Balanta

Martha Estrella Ramírez:

Satisfacción por compartir el saber

Martha Estrella es gestora y artesana del municipio de Caloto, aunque su origen se ubica al norte del país, en Barranquilla. De esta ciudad soleada llegó a Bogotá y, a los 11 años, viajó a Santander de Quilichao y luego a Caloto. Desde hace 25 años se dedica al arte, desde una u otra orilla:

Es como un don que tengo, me encanta, es como algo genético. Porque mi abuelo era carpintero y, por parte de mi mamá, le gustaban mucho los tejidos. Y también en el colegio donde estudié con monjas, en el bachillerato en Santander, eso fortaleció y me hizo ver que lo mío era el arte.

De sus abuelas heredó el saber del tejido y de su profesión —la pedagogía— la paciencia y la dedicación a otros. Aunque en Caloto hay otros artesanos, Martha Estrella tiene un estilo particular, vinculado profundamente con su espiritualidad y con su identidad cultural. Esto se expresa claramente a través de la presencia de símbolos religiosos en su hogar, donde resaltan las imágenes del Niño Dios, la Virgen María y la Niña María.

Estos elementos no son simplemente decorativos, sino representaciones de su devoción y de una tradición religiosa arraigada que forma parte de su visión del mundo. Como muchas personas de su comunidad, encuentra en estas imágenes un refugio espiritual y una fuente de fortaleza, que también se refleja en sus creaciones artesanales:

Yo trato de mirar, de proyectar, por ejemplo, la iglesia, y mostrarla, digamos, como en una botella. Yo la decoro, coloco una Virgen o algo así, para representar el patrimonio de mi municipio.

Además de las figuras religiosas, las artesanías que incluyen representaciones de la Niña María y de la iglesia principal de Caloto hablan de una integración de lo religioso en su trabajo artístico. Para ella, la creación de estas piezas es una forma de expresar su fe y de llevar la espiritualidad a su arte, compartiendo un mensaje de devoción a través de su talento. La iglesia de Caloto, como espacio sagrado y centro de encuentro comunitario, tiene un lugar especial en su vida, y su representación en las artesanías muestra cómo su fe se entrelaza con su identidad cultural y comunitaria.



Mira una
de las obras de
Martha.



En las creaciones que resguarda en su casa, Martha demuestra un notable conocimiento de los lenguajes del arte, abarcando tejidos, pinturas, artesanías y cuadros que varían entre lo realista y lo abstracto. Cada una de estas expresiones artísticas revela su dominio de distintas técnicas y su capacidad para adaptarse a una variedad de materiales y estilos.

Esta amplitud de formas culturales es una muestra de su versatilidad y su deseo de explorar y expandir los límites de su expresión.



Fotografía: Ronal Balanta



Fotografía: Ronal Balanta

Desde los tejidos —que integran técnicas tradicionales y motivos culturales— hasta las pinturas y cuadros, su obra refleja una fusión de creatividad y conocimiento que da vida a su identidad.

Gracias a su sentido de colectividad, Martha Estrella comparte lo que sabe con mujeres en distintas condiciones. Ha sido docente por más de 15 años en la Escuela de Formación Artística con Futuro y ha destinado su casa a ser un espacio para compartir conocimiento artístico en el municipio:

Me gusta seguir, a pesar de mi edad, que tengo 62 años, sigo insistiendo y ayudando a muchas personas. Sé que si ellas aprenden, van a crear un producto y lo pueden vender; entonces ahí estoy fortaleciendo, digamos, el aspecto económico en esas familias.



Martha nos cuenta algo sobre su quehacer como artista y docente.



Martha Estrella ha podido dar a conocer su labor a través de las mujeres a las que les comparte su saber, pero también gracias a su participación en exposiciones en Caloto y Popayán y en programas de televisión como Caloto Televisión. Su gestión la ha llevado a hacer parte del Consejo Municipal de Cultura, y acude a los llamados de entidades locales, departamentales y nacionales cuando es requerida, con el fin de que su llamado a contar con un mayor apoyo a la vida artística y cultural del municipio sea escuchado.



Fotografía: Andrés Obando

Eugenia Ulcué:

Memoria del tejido Nasa

Eugenia vive en la vereda Loma de Paja, del corregimiento de Tacueyó, municipio de Toribío. Su vivienda, una construcción de bahareque y paredes blancas, se encuentra a una hora de distancia del casco urbano de Toribío y está rodeada de cultivos de café y plátano, gallinas y patos.

Eugenia es una mujer Nasa de 76 años que conserva viva la memoria de los tejidos y el universo que contienen. Con ayuda de su hija, realiza las labores del tejido, que por su edad le cuestan mayor esfuerzo. De su padre aprendió el arte de la siembra y la roza de maíz, y la conexión profunda con la tierra y sus ciclos. De su madre aprendió a usar el telar para crear las prendas necesarias para su vestuario y para plasmar el mundo simbólico propio de la cosmogonía Nasa. Fue así como su madre le enseñó a hacer mochilas, ruanas, a hilar y a obtener la lana de los ovejos que tenían. De ambos aprendió la lengua Nasa, que usa permanentemente.

Mi mamá me enseñó, necesitaba aprender a tejer. En esa época primero había que preparar los palos, con eso se empezaba a tejer.

En los tiempos en los que aprendió este arte, la madera, así como la lana y los demás insumos necesarios, se obtenían en su entorno, de manera que no se requería contar con dinero para aprender ni para crear:



Fotografía: Andrés Obando

Sí, tenía muchos ovejos, no era necesario comprar. Así podía tejer ruanas, cobijas para abrigarnos nosotros mismos y tampoco era necesario vender.

En la actualidad, sin embargo, ya no se encuentra lana de ovejo como antes, lo que ha llevado a Eugenia a transformar su técnica y acomodarse a los recursos que encuentra para tejer:



Disfruta la
paz y la sabiduría
presente en las
manos y el tejido
de Eugenia aquí.



Ahora lo tejo con lana sintética porque ya no se encuentra lana de ovejo. Antes sí se encontraba, pero los perros acabaron con todos los ovejos.

Así mismo, Eugenia ha incursionado en el entorno económico en el que vende los chumbes que teje por encargo, obteniendo así ingresos que usa para su sostenimiento y para comprar la lana sintética con la que teje actualmente.



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

Romelia Tenorio:

El aprendizaje está en el fogón

Romelia vive en el municipio de Toribío, en la vereda Juancuto, colindante con el casco urbano del municipio. Su infancia transcurrió entre fincas de terratenientes con los que trabajaba su padre. En medio de los constantes desplazamientos de un lugar a otro, logró encontrar tiempos para compartir con sus abuelas, Elena y Feilsa Yule. De ellas aprendió las labores de la casa, pero, sobre todo, la lengua y los valores Nasa, el arte del tejido y la importancia vital de trabajar para comer y para ayudar.

Mi abuela me dijo: “Vea, usted tiene que aprender a trabajar en lo que sea, para que usted se gane el pan de día”. Y todos los días que comemos, eso es uno trabajando, así no sea la mamá, no sea el hermano. Usted vaya donde vaya, si están trabajando, ayúdelo, aun cuando sea arrancar una mata de maleza, y usted entra por todos los lados”.

Así me enseñaba la abuela. Y cuando iban a coger café, a mí me mandaban a recoger lo del suelo y yo iba recogiendo, y me decía: “Esto es pan, esto es pan”. Y diciendo eso, me mandaban a recoger. Yo crecí así, así fue mi niñez.



Fotografía: Andrés Obando

Ya casi para formarme fue que me fui donde mi papá. Después de eso me mandó a que aprendiera a hablar el español; me dejó donde el finado Miro Santa Cruz, aquí en Toribío.



Escucha aquí
la historia de Romelia
y sus inicios
en el tejido.



Aprendió de las abuelas en el fogón. Mientras tejían, conversaban sobre los principios y aprendizajes que forman a las personas Nasa. Tejido, colectivo, familia y conocimiento se entremezclaban en el calor del hogar:

Pues dice que el aprendizaje está en el fogón. Donde está el fogón, ellos todos se sientan ahí, van tejiendo, van elaborando lo que ellos saben hacer, y que si los que no saben, es mejor ni piensen en marido, dice...

Sí. Entonces así, comienzo en el Nasa Yuwe. En Nasa Yuwe a los abuelos decimos *Mazula*. Dice que las abuelas les enseñaron todo el saber de ellas: cómo tejer, cómo se van a defender y que como mujeres tienen que colaborar en el trabajo para que ustedes se vayan defendiendo en la vida.

Y lo que ahora estamos enseñando, estamos duplicando a los hijos, que ojalá aprendan cada día más de lo que nosotros estamos enseñando a los hijos, eso es lo que ella dice.

Fue así como Romelia aprendió a tejer jigras², ruanas, a alisar la cabuya, a armar el hilado (o *kasuath*, que es una vara larga donde

-
- 2 **La jigma** es una mochila tejida a mano con fique y otras fibras. Su tejido le otorga gran flexibilidad, lo que permite alojar alimentos y semillas para transportarlos de un lugar a otro. Para algunas personas, las jigras son también un símbolo de feminidad y fertilidad.



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

se agrupa la lana) y los ovillos de lana (*wagath* en Nasa Yuwe), a recoger el material, a persistir después de los errores y de los regaños de las abuelas. Aprendió también las técnicas e instrumentos —macana, telar, aguja— necesarios para el tejido y sus procesos —lavado, secado e hilado—.

Con el ímpetu que aprendió de las abuelas, hizo parte de la creación de un colectivo de mujeres con las que se reunían para comercializar sus tejidos. Sin embargo, el tejido se ha convertido en un producto propio de los circuitos comerciales artesanales, lo que ha incrementado la competencia y ha disminuido la oportunidad de venta de productos más antiguos, como la jigra:

Nosotras nos reunimos así, todos trabajando juntos, a ver si podíamos vender las artesanías y, de acuerdo con eso, a ver si cada uno tenía su platica para el beneficio de nosotros, el sustento de la familia. Eso es lo que nosotros hemos querido.

Por esa razón nosotros teníamos el grupo, pero con malos comentarios se acabó. Teníamos como grupo de

mujeres, más no tenía nombre. Trabajábamos cada ocho días, a trabajar, y las que terminaban... iba una persona más, recogía los bolsos y vendía, y llegaba la platica.

Cuando se podía, donde se reunían a tejer, ahí es donde vendían. Todos los tejidos los llevaron para Italia. En Italia él vendió y nos trajo la plata, y por eso nosotros a cada una le entregamos la plata que le correspondía. Y eso, para nosotros, era una fortaleza.

Para Romelia, los procesos organizativos de mujeres tejedoras generan conflictos por el uso de recursos. Esto, sumado a su baja visión y al dolor en sus articulaciones, la ha desmotivado para seguir tejiendo con la misma intensidad. Sin embargo, su labor como “duplicadora” del conocimiento se mantiene:



Aquí puedes ver
a Romelia preparando
la hilada.



Sí, las nietas sí lo duplican, porque cuando tienen tiempo se dedican también a tejer y utilizan lo mismo que yo utilizo.

En la forma de enseñar a sus nietas, inculca el valor cultural del tejido más allá de su precio económico y de su uso como fuente de ingresos. En sus palabras, todo tiene que “ser cultural, estar cargado” y, por eso, así como le enseñaron a ella el tejido, así lo enseña a sus nietas.



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

Rosario Poto:

Tejer el propio cuerpo para sanar

Rosario vive en la vereda La Betulia a unos 10 minutos del casco urbano de Toribío. En su casa tiene un espacio dedicado al taller donde cuenta con un telar donde teje los chumbes y morrales. Dispuestos en una mesa, expone materiales y tejidos ya realizados, y en la ventana, mirando hacia el exterior, ha colgado los chumbes que ha realizado con los estudiantes en su trabajo como docente de tejido en la UAIN (Universidad Autónoma Intercultural).

Guarda en su memoria los recuerdos de una infancia acompañada por una familia extensa que compartía la comida, la siembra, la cosecha, la conversación y el sueño:

La educación de este arte era en la casa, en una casa de paja y como una caseta grandota. Allí yo alcancé a conocer a mis tíos, mis tías, mis primos, hasta 10 y 12 años alcancé a vivir con ellos... con 20 personas. La clase de ellos era una conversa, conversa comiendo, de noche agarraban a echar cuentos y ellos se dormían bien tarde. Esa fue la forma en que ellos orientaban: en la tulpa, no manejaban ni hornillas ni nada, sino una tulpa grande, y ponían olla grande para toda la familia y todos aportaban sus revueltos y la carne que tenían.

El aprendizaje del tejido está vinculado con el mundo femenino y natural pues, como aprendió Rosario, los ciclos de la luna, del cuerpo y del tejido son los mismos:



Fotografía: Andrés Obando

Entonces, la educación era muy compartible y cuando había compañeras, o mis hermanas cuando están en luna o cuando están en periodo, lo que hacían era a tejerse, a tejer, tejer la jigra, esa jigra de cabuya, arreglar la lana, ahí sentadito y la recomendación que hacían, pues uno como mujer cuando está en el periodo no podía andar, afuera, ni en las huertas, sino quedarse, hasta que uno ya quede bien de salud. Cuando pasa todo, ahí mismo iban y hacían los pasos culturales para poder volver a salir a las huertas. Yo lo veía así con mis hermanas, uno de niña no sabía por qué están así. Cuando yo preguntaba a mi mamá, decía, “no, es que ellas no se pueden mover... Porque ellas están en luna”. Yo gané toda esta orientación de tejer, y yo quería aprender.

Observar, compartir y preguntar fueron las vías por las cuales Rosario aprendió del tejido y al mismo tiempo, aprendió de la vida Nasa. Aprendió los “pasos culturales”, como ella los nombra, para hacer casa cosa a su tiempo:

Mi papá empezaba a trenzar sombrero y yo quería aprender. Él decía que el sombrero era para tejer los hombres, no mujeres. Pero yo le decía “pero si yo quiero, yo quiero aprender todo”. Entonces, él decía, “no, primero hay que hacer camino para que, si usted va a aprender, tiene que trenzar dos chiquiticos, hacer dos sombreritos y le brindaba la naturaleza”. Entonces, todo se puede, pero con los pasos culturales uno camina.

Es así como Rosario tiene presentes los requisitos para que el tejido se haga como se debe: con los materiales propios de su tierra, recogiendo la cabuya en la luna correspondiente, pidiendo permiso a la planta y ofreciéndole el chirrincho:

Pero después lo devuelvo haciendo ritual, haciendo ofrenda, para que usted también siga bien y yo también bien, entonces esa es la relación que se hace con la parte cultural y pues eso los mayores también ya lo están valorando mucho, porque pues dice que ya está perdiendo, pero gracias a toda esa lucha, ya han ganado como 200 tulpas, ya las tulpas fueron avanzando en diferentes territorios, porque antes no había tulpa, antes la tulpa era la casa, la familia. Pero porque en la familia se acabaron las tulpas, entonces hoy hay tulpas comunitarias, por los colegios, por las escuelas, lo están haciendo, entonces eso es como formarse desde allí. Ese es el valor grande que se ha encontrado.

En los tiempos en los que el tejido entró a los circuitos comerciales, Rosario pudo echar mano de las ventas para conseguir los recursos necesarios para su alimentación y el sostenimiento de su familia. Es por ello que Rosario agradece al tejido poder fuente de sustento, pero con su labor como docente, busca mantener vivo el hilo que une el tejido, la familia, la cultura y los saberes propios, en un contexto en el que la transmisión de estos saberes de una generación a otra, se está rompiendo:

Cuando enseñaba en la licenciatura, los estudiantes decían, “Mi mamá no sabe o mi papá no sabe nada”. Pero sí hay una enseñanza, sino que no hay un diálogo en la familia; no se sientan, no encuentran. En la pandemia se hizo un material para los estudiantes, y ahí pusimos que debían buscar un vecino, una abuela, la más cercana, y resulta que los estudiantes encontraron la manera, la misma mamá, una tía, una abuela. Entonces eso es lo que ahorita con la licenciatura se está caminando.



Mira a
Rosario tejiendo
y enseñando.



Rosario ha visto también como el tejido ha hecho parte de los procesos comunitarios con los que se ha buscado fortalecer al pueblo Nasa en medio del conflicto armado. En estos procesos, se ha buscado que la venta de tejidos permita contar con fondos para apoyos mutuos, atención en casos de emergencias, impulso a proyectos colectivos. Rosario confía en que estos procesos y aquellos que vinculan a los niños desde el arte, sigan dando los frutos que mantienen unidas a las comunidades:

Entonces el tejido ha sido y es un espacio de gran valor. Ezequiel Vitonás decía “es para que los jóvenes o las jovencitas cojan una guitarra, una quena, una flauta, y que no vayan a coger fusiles”. Yo creo que el espacio para que eso eso pase se va formando, pero la guerra se los sigue llevando. Hay muchos niños que están de vuelta y empezaron a recibir capacitaciones de música que les daba la banda musical cuando yo estaba en Tacueyó, Toribío y San Francisco. No sé ahorita, ojalá que eso siga, para fortalecer esas herramientas para los jóvenes y para jovencitas. Porque yo digo, el tejido es una herramienta de saber para acompañar al otro que lo necesita. El arte es el tejido y el hilo va tejiendo, el hilo va caminando cuando caminamos. Yo de aquí puedo ir a Bogotá y me voy con esto, puedo tejer normal.

Como lo señala Rosario, el tejido está además asociado con la salud, con los actos de sanación, que abarcan las dimensiones físicas y



Fotografía: Andrés Obando



Escucha las
razones que tiene
Rosario para
hacer sus tejidos.



espirituales, implican vivir en tranquilidad para vivir, buscar la paz espiritual. El tejido es por ello un acto de sanación interna que a la vez es comunitaria:

Cuando usted se emociona, ni se da cuenta de qué hora es. Entonces uno ya allí ya se gana este espacio y también si se tiene algo mal de salud, pues le ayuda a sanar también, sanar el pensamiento, sanar la salud. Porque la jigra de cabuya que yo tengo aquí, es tejer la matriz de nosotras mismas como mujeres. Porque sí, esta jigrita puede ser pequeña, pero en ella cabe lo que yo he hecho. Es tejer el cuerpo de nosotros mismos para sanar la salud.



Fotografía: Ronal Balanta

Gerardina Mina:

No podemos dejar caer la tradición

Gerardina nació en la vereda Brígida del municipio de Buenos Aires. Es cantaora, compositora y le llena el alma tocar instrumentos y cantar. Disfruta la música tradicional, los torbellinos y las fugas desde los 15 años, cuando inició su vida en la música. Conoció este mundo gracias a su familia paterna y a su propio padre, que era sabedor de los violines caucanos:

Mi papá, y toda mi familia por parte de mi papá, fueron músicos, todos, hasta el más pequeño. Todos nos íbamos. Desde los dos añitos ya le iban poniendo a uno que el tamborcito, que la maraca. Ya a los tres años uno era mirando el tiple de guadua y hacía un tiplecito y uno tocaba ahí.

Empezó con el canto y progresivamente fue armando su música, hasta conformar la agrupación Aires de Domingullo, de la cual es líder y compositora. Gracias a su tenacidad, al apoyo de su esposo y al del tiplista de la agrupación, Rodolfo Gómez, Gerardina ha tenido la fuerza necesaria para sostener el grupo a lo largo de los años, sobrepasando las dificultades propias del conflicto armado:

La naturaleza a mí me inspira muchas cosas: me inspira salud, me da como esas ganas de seguir adelante, porque si por mí fuera, ya había tirado la toalla.

El problema que tuvimos aquí con el conflicto armado dejó a mi marido enfermo. A él hubo que hacerle unas

cirugías porque él aguantaba mucha hambre. Los actores armados hasta en mi casa estuvieron, ya que este sector era de todos ellos, estuvieron hasta en mi casa. Fue muy duro en ese sentido, pero yo dije: “No, hay que seguir adelante, no me voy a dejar detener”.

A él le hicieron tres cirugías porque aguantaba mucha hambre por el problema, la presión de esta gente. Ahora está bien, gracias a Dios, le pusieron una malla que es lo que no lo deja trabajar duro.

Vamos para adelante.

Bueno, hablamos de la naturaleza ahora. Uy, bendecida, bendecida, bendecida, porque dije: “Dios mío, ¿yo de qué voy a vivir?”. Le doy gracias a Dios porque todo lo que le pido me lo concede. Mire que yo trabajo con dulce, yo vendo dulces: manjar blanco, cortado, queso, y de eso yo sobrevivo, gracias a Dios.

A Gerardina la mueve ver cómo su música anima a las personas. Siente orgullo y satisfacción por la alegría que transmite, pero también porque sabe que está aportando al cuidado de su tradición.

Gerardina aprendió a componer por sí misma. Las letras aparecen mayormente en las mañanas, después de crear entre sueños y en la oscuridad de la noche. Al despertar, anota pronto lo que recuerda; siempre tiene cerca dónde escribir lo que va recordando y creando para que nada se escape. Le compone a la vida, a las amigas, a lo que sucede en su entorno... Tiene incluso una canción que le compuso a su amiga “la gitana”:

A mí me inspira mucho porque yo, lo que yo vea, por lo menos digo: “Voy a hacerme una canción, voy a componerme algo”. Yo tenía una amiga que era una gitana, éramos muy amigas. Ella era peligrosísima, era una amiga, pero me decía unas cosas... Y le dije: “Voy a sacar una canción”, y se la saqué.

Es como tipo fuga, pero yo le saqué la canción a ella:

La Gitana

*Ahí viene la gitana,
la peligrosa, la peligrosa,
con las cartas en la mano,
ella es la que goza,
ella es la que goza.
Viene la gitana,
la peligrosa.
Mire por dónde van las suegras,
yo les contesto y esa es la cosa:
se van donde la gitana,
la peligrosa, la peligrosa.*



Escucha a

Gerardina hablar de su
canción "La Gitana".



Con su música y su agrupación, Gerardina ha llegado al Festival Petronio Álvarez y a Carepa (Antioquia), donde grabó la canción "De vivir en paz". A pesar de esto, los ingresos de Gerardina no provienen de su música, sino de los dulces que vende. Por ello hace un llamado a que las personas brinden más apoyo para que agrupaciones como la suya puedan circular y ser conocidas en otros lugares, garantizando al mismo tiempo el bienestar de sus integrantes.

Así mismo, llama a cuidar la forma de legar los conocimientos sobre su arte a otras generaciones. Algunos de los miembros de su agrupación han fallecido, pero con la mirada puesta en el futuro, Gerardina ha vinculado a jóvenes para que, en el canto y en el hacer música, puedan ir aprendiendo lo que los viejos saben:

Yo les digo: "Ustedes tienen que aprender, porque si yo me muero, o se muere cualquiera de nosotros, tiene que quedar uno que siga la tradición, porque toda la vida yo no voy a estar, por lo menos para el canto, para componer una canción, no voy a estar. Entonces tienen que seguirla".



Fotografía: Ronal Balanta

Y eso es lo que ellos están haciendo. Ya han compuesto canciones, los muchachos ya tienen canciones.

Invita, por ello, a contar con más apoyo, pero también con la confianza de los viajeros, para que puedan ir a Buenos Aires a escuchar y conocer sus tradiciones artísticas, las fiestas de adoraciones al Niño Dios en las que participa su agrupación, y a vencer, con la alegría del canto y la música, el temor que pudo haber dejado la guerra:

Claro, nosotros tuvimos que dejar todo eso... Todo eso lo terminamos, porque tocábamos aquí en la escuela los 24 (de diciembre) y todo eso, pero llegaban ellos –los actores armados– y no, ya nosotros dijimos: “No, no freguemos más con eso”.

Inclusive hubo un muchacho que mataron por un disco, entonces no... Dijimos: “Dejemos así”. Y eso fue como desintegrando.

Pero cuando ya se fueron mermando las confrontaciones armadas, dije: “No podemos dejar caer la tradición, no la dejemos caer, volvamos a reanimarnos, porque, pues, en una se gana, en otra se pierde. Hemos perdido mucho tiempo, pero no dejemos caer la tradición”.

Y así fue, gracias a Dios.



Esto es
lo que Gerardina
busca para llevar su
música aún más lejos.





Fotografia: Ronal Balanta

José Mesías Lucumí:

Me gusta poner el ánimo

José Mesías nació y creció en la vereda San Miguel, del municipio de Buenos Aires. Es violinista y aprendió el violín “ya viejo, como a los treinta y pico de años”. Aprendió de manera empírica, viendo a otros tocar y apoyándose en otros violinistas para recibir consejos y orientaciones.

Esto lo hice por un amigo, un vecino, que él sí decía que él tocaba guitarra y que iba a comprar violín. Y pues un día cualquiera, un domingo, fui a Timba, que me iban a hacer sacar una pieza, un diente que me estaba molestando, y al llegar allá el odontólogo llamó a unos varios, allí, esperando turno, y cuando dijo él: “Vea, pues tengo un violín para vender”.

Y, pues, todos los que estábamos ahí no sabíamos nada de eso. Entonces, él tenía violín para vender y uno miraba al otro, y el otro miraba al otro, pero, ¿sabés qué? Yo recordé a mi vecino, que él quería comprarse un violín, y dije: “Ya, pues habrá que mirarlo”.

Entonces, uno de los compañeros, que había unos de aquí de La Balsa, le dijo: “Sáquelo para mirarlo”. Entonces el señor Bernardo sacó el violín y lo miramos. Estaba bien bonito, un violincito pequeño, pero carito.

Pues, al menos uno quería saber de eso y conocimiento de música no tenía nada. Sin embargo, dije yo: “Voy a



Fotografía: Ronal Balanta

comprárselo y se lo llevo al vecino”, y pedí el precio. En ese tiempo el señor me dijo: “Vale 70 pesos, sin rebaja”, y yo tenía la plástica ahí.

Entre pruebas y negocios, José Mesías terminó quedándose con el violín y, ya en casa, empezó a descubrir la forma de hacerlo sonar. Así aprendió a tocar fugas y merengues. Un amigo, que tocaba tiple, guitarra, bandola, tambora y maracas, lo escuchó tocar violín y reconoció como una novedad la manera en que José Mesías había interpretado música tradicional en ese instrumento. Fue así como inició su camino en una agrupación musical con el violín:

Fuimos tocando toda la noche, tomé trago, y de ahí para acá ya se fueron los nervios y ya seguí tocando. Ya me invitaban a tocar algunos movimientos que eran más tradicionales.

Hacían las fiestas con sancocho para comer y así, eso ocurrió bastante tiempo. Hasta que, en una ocasión, había una misa allí en la escuela y bajó el sacerdote a dar la misa y nos invitaron a que fuéramos a tocar.

Tocamos unas canciones allí en la casa vecina de la escuela y el sacerdote las escuchó. En esos días estaban para celebrar la fiesta de Reyes aquí en el municipio... una fiesta, ¡mejor dicho!, cuatro o cinco días esa fiesta. Entonces preguntó el sacerdote que por qué no íbamos a tocar la fiesta, que nos pusiéramos de acuerdo y que fuéramos. Y ya, los compañeros nos dieron ánimo y fuimos, nos preparamos unos días haciendo repasos y fuimos a tocar la fiesta. Tocamos tres fiestas de Reyes cada año, y eso ya nos hizo el grupo (...) y me decían a mí que me tenían como la cabeza del grupo, porque era el que manejaba el violín.

Su grupo participó en el Petronio Álvarez con el nombre de Aires de San Miguel y funcionó por un buen tiempo, hasta que el conflicto armado detuvo su andar. Sin embargo, la música de José Mesías ha mantenido a la gente unida. Las personas de la vereda, sus vecinos y familiares se congregan para escuchar los violines y para encontrarse en las fiestas que los unen alrededor de la alegría y del sancocho.

Me gusta poner un poco de ánimo, apreciar lo que voy a hacer, porque, por lo menos en estas cosas, si llega uno triste, aburrido ahí, pues la gente también como que... Entonces uno tiene que ponerle el ánimo y la alegría a esto, que le pide a uno tranquilidad para hacerlo.

José Mesías tiene claro que, desde la fuerza y la alegría que mantiene el ánimo arriba, cumple un papel muy importante en el cuidado de su tradición. Sueña con que su grupo siga y por eso anima a otros a unirse para que puedan aprender y dar continuidad a su



Fotografía: Ronal Balanta

labor. Considera fundamental que quienes aprendan de él puedan mantener viva la música que tiene ritmo, buenas letras, contenidos cercanos a las comunidades, que produzcan goce y disfrute.

Circular en otros espacios, en festivales y fiestas, causa gran alegría en José Mesías. Ser “apreciado”, reconocido y acogido alienta su labor y le da ánimos para seguir. Para su alegría, ve que antes de tener su agrupación, ir a las fiestas le significaba gastar dinero; ahora toca, canta, disfruta y regresa con el dinero que recoge por sus presentaciones:

**Antes del arte, yo me las arrimaba así nomás:
mi baile, mi goce, mi baile y tal...**



Acompaña a
José a alistar y
tocar su violín.



**Ahora que me metí a este rodeo, para mí fue mejor,
porque si me voy para la fiesta, voy con una esperanza de
que no voy solo a tomar el trago –ahorita ya no tomo–,
sino que voy con la esperanza de que voy a traerme algo.
Antes me iba para la fiesta a gastar; ahora voy y puedo
traer de peso.**

Ante la tristeza y la soledad que sembró el conflicto armado, José Mesías es una fuente de alegría, memoria y encuentro para Buenos Aires. Aunque no se queja de la falta de apoyo para sostener su agrupación, su sueño de dar continuidad a la música y a la vitalidad que produce en su vereda y en los lugares a los que llega merece el respaldo de quienes, como tantos, buscan la paz.



Escucha la
canción La gitana
de Gerardina
acompañada por violín
y guitarra.





Fotografía: Ronal Balanta

Rodolfo Gómez:

¡Este es el tono!

Rodolfo es guitarrista y tiplista de la vereda San Miguel, del municipio de Buenos Aires. Creció en el campo, trabajando, “cuidando las matas”, aprendiendo los valores de la vida campesina. Inició en la música durante su juventud, atraído por las fiestas y la música que escuchaba en ellas:

Artísticamente, cuando yo estaba como de 15, 16 años, me fueron gustando las cosas de la música. Hacían fiestas y yo iba donde estaban las fiestas a ver, porque me gustaba el arte.

Por ejemplo, hacían fiestas y yo me iba a esas fiestas, la gente estaba con sus instrumentos y yo me hacía a un lado para ver qué me podía aprender. Y además uno les decía: “Présteme esas guitarras, a ver si los acompaño en una piecita”, y así me la pasaba.

Como ya yo había estado viendo, iba aprendiendo, y así hasta ahora.

Rodolfo no solo aprendió los instrumentos de cuerda, sino también las maracas y se ha interesado por el violín. De la mano de otros maestros que ya fallecieron, fue identificando cómo tocar. Aprendió de quienes sabían:

Ellos cuatro ya murieron. El finado Ezequiel, el finado Gonzalo, el finado Ángel y el finado



Fotografía: Ronal Balanta

Leopoldo. Esos eran los otros. De los que más sabían, pues yo me fui juntando con ellos y cogían el instrumento y me decían: “Este es el tono”.

Y bueno, yo fui cogiendo eso y formamos un grupo, ya nosotros. Ellos tenían su grupo y yo también me iba metiendo. Decía Ezequiel, de la misma edad: “Vamos a hacer un repaso en tal parte”. Y allá iba, a repasar.

“Usted le va dando bueno a lo que está haciendo con nosotros”. Y como ellos ya eran veteranos, iban y me pasaban el instrumento y yo los acompañaba, y entonces nosotros descansábamos por ahí.

Los relatos de Rodolfo están llenos de anécdotas sobre cómo aprendió a tocar, sobre las fiestas en las que hacía música, sobre cómo lo buscaban y preferían sus compañeros de agrupación y, sobre todo, sobre la alegría de compartir con otros en las fiestas. Recuerda, con especial cariño, las fiestas de adoración al Niño Dios en las que tocaban fugas durante dos días seguidos:

La fuga se toca el 6 de enero en la casa que sea seleccionada y se disfruta con la comunidad, de la cultura y la gastronomía.

Ahora es que la gente le ve problema por los equipos, y es ahí donde uno se va achantando. En ese tiempo, a lo último, lo que me compré fue un equipito; eso ya sonaba verracamente.

Entonces ya yo me salí del grupo y compré ese instrumento, y me iba a tocar a la fiesta, y me iba a bailar, y así.

Con su agrupación, Rodolfo estuvo en Cali, en el casco urbano de Buenos Aires, en Santander y en otros lugares. Estas salidas representan para él un espacio de reconocimiento de su destreza musical, de su capacidad de llevar alegría a las personas y de su aporte a la conservación de una tradición cultural. También le significan ingresos económicos que benefician a su familia.



Escucha el
toque de Rodolfo.





Fotografía: Ronal Balanta

Carmen Lucumí:

Con el espíritu de la danza

Carmen nació en la vereda La Robleda, del municipio de Santander de Quilichao. Es de apellido Lucumí por padre y madre y, desde los dos años, descubrió su amor por la vida artística, cuando su madre le hizo una falda con la que pudo bailar en la escuela de su vereda.

La edad en que inicié la práctica artística, podría decir que fue a partir de los dos años, cuando mi mamá me hizo mi primera falda de baile y participé en una actividad que había en la escuela de mi vereda donde yo nací.

De allí, ya cuando nos vinimos para el pueblo, entré a la escuela de primaria. Entonces, dentro de la escuela primaria, allí nos daban la clase de danza y siempre ensayaba y practicaba, pero tuve una mala experiencia, porque yo ensayaba y luego no entraba en la presentación, porque me decía el profesor que era una niña muy alta y muy delgada.



Así recuerda
Carmen sus inicios
en la danza.

Contó, sin embargo, con el aliento de otros maestros de Caloto que le dieron el impulso para continuar con la danza. Aprendió primero el currulao, que bailaba con pequeños pasos deslizados y moviendo la cadera:



Inicié este proceso de aprendizaje con el profesor Daza, que venía de Caloto, y con Carlos Mosquera, ellos nos enseñaron.

Recuerdo mucho que la primera danza que me aprendí fue a bailar el currulao de la canción *Mi Buenaventura*. Entonces empecé a aprender el paso de *Mi Buenaventura*: que hacer el zapateo, que hacer el paso deslizado hacia atrás, el movimiento de la cadera... y desde allí me empezó a gustar todo este proceso que iba haciendo con mi cuerpo y que podía ir mostrando dentro de las presentaciones que realizábamos.

Carmen recuerda las navidades en las que disfrutaba viendo las fiestas y a su mamá resistiendo para no dormirse y alargar el goce. Junto a ella y a sus hermanos dio sus primeros pasos de baile, aprendiendo a llevar el ritmo. Con esta memoria hogareña de la danza y los aprendizajes junto a sus maestros, Carmen descubrió tres aspectos que considera necesarios para bailar:

Primero, conocer uno su cuerpo; segundo, desarrollar también el sentido rítmico; y tercero, tener el espíritu de querer uno danzar, querer la danza.

Así como aprendió el currulao con sus dos maestros, descubrió las fugas y el mundo de las adoraciones con la finada Cipriana Mosquera Lasprilla:

Ella fue la que me enseñó, en unión con los otros compañeros con los que luego realizamos un grupo de danza. Nos dio las primeras clases, digámoslo así: el paso de la fuga y cómo bailar las fugas de adoración.

De allí empecé a asistir a todas las adoraciones que se realizaban, para ir analizando el proceso del paso, la conectividad que tiene ese ritmo con la gente y cómo eso generaba esa sinergia donde todos podíamos estar danzando la fuga.

Carmen asocia el campo con la libertad y con la danza, resaltando la gran relevancia que tiene el contacto con la vida natural y la posibilidad de disfrutar de la libertad ganada por las comunidades afrocolombianas tras el dolor de la esclavización:

La naturaleza nos influye porque ella está en medio de nosotros. Si lo vemos, si cojo la fuga de adoración al Niño Dios, nuestros antepasados esclavos la realizaban a escondidas de los amos y era en el campo.

Entonces el campo sirvió como un medio para que todas esas personas pudiesen realizar sus prácticas y pudiesen hacer su danza en medio de la naturaleza, donde no le molestaba al amo, donde no le molestaba a nadie y no podían entrar, pues, a esa parte del territorio.

La fuga, como legado de nuestra cultura, es un ritmo que une a todos: blancos, negros, indios. Es un ritmo que nuestros antepasados interpretaron con violines y con instrumentos de viento.

Los violines los hacían con la guadua y la crin del caballo, que eran las cuerdas. Eso nos lo enseñó el maestro Marcelino y fue la primera ocasión en que yo vi un violín, y fue con el maestro, el papá de Luis Carabalí, el señor don Eliazar Carabalí, quienes nos enseñaron.

Además de este vínculo histórico entre danza, libertad y naturaleza, Carmen tiene clara la importancia de las danzas para sostener la vida espiritual y social de las comunidades afrocolombianas:

En sí, la fuga –como nos lo contaba doña Cipriana– es una danza donde se adora al Niño Dios. En esta adoración se hacen o se realizan unos versos o alabaos, y estos alabaos se le dicen al Niño Dios dentro del proceso de homenaje que se le rinde en ese momento.



Fotografía: Ronal Balanta

Las adoraciones van determinadas según la categoría que le corresponda a la persona. Porque el Niño Dios tiene madrinan, tiene pastores, tiene ángeles y, además, personas que lo visitan, entre toda la parte social. Y también entran los soldados que llegaban a visitarlo, entran los indígenas y los afros para hacerle el homenaje al Niño Dios.

Se va danzando y, cada vez que se llega al pesebre, se tiene que hacer una reverencia, que es la señal de decirle al Niño Dios: "Aquí estoy presente".

Entonces, siempre hemos procurado conservar esa parte en nuestros montajes artísticos y pretendemos que dentro del juego coreográfico que realizamos quede representado cada uno de estos personajes, como son las madrinan, las pastoras, las indias, los afros... entonces todos vamos allí.



Escucha a

Carmen hablar sobre la fuga y la libertad.



Por ello, Carmen y los compañeros con los que tiene su grupo de danza —llamado Quilisamanes— realizan importantes esfuerzos para formar a niños, niñas, mujeres y jóvenes de sus comunidades

en las danzas que han guardado la historia y la memoria. Unido al arte danzario, los aprendices de Carmen descubren los conocimientos necesarios para crear los vestuarios, la utilería, la música, las bebidas y la comida. En palabras de Carmen, este legado es un “aporte invaluable” para el municipio de Santander de Quilichao.

En sus danzas, Carmen reconoce intenciones estéticas claras: señala que las danzas pueden conectar con la felicidad, pero también con la muerte, con la fuerza y la fragilidad. Para montar sus obras, busca calidad escénica: que todos los componentes estén presentes en plenitud; que los bailarines entren en su personaje y lo interpreten de manera completa; que la escenografía, la música y la expresividad tengan fuerza y se den de manera coherente.

La labor artística de Carmen se debe a las fuerzas familiares y comunitarias. Los ensayos, creaciones y presentaciones se dan en casa, con su familia, y en los lugares de vecinos y amigos. Con su danza, Carmen busca además apoyar las agrupaciones del municipio y de la región que, también con esfuerzo, buscan la visibilidad necesaria para que otros puedan escucharlas y verlas. El goce y el sentido del servicio son, en este sentido, el horizonte hacia el cual se dirige de manera permanente:

Uno lo disfruta porque es lo que uno quiere,
donde uno se siente bien porque mostró
su proceso, mostró su trabajo.

Me gusta cuando yo hago un trabajo y pertenece
a una persona de mi localidad, de mi municipio.
Entonces, cuando yo cojo un ritmo de Palmeras o
de Maviche o de Son Balanta o de Baterimba y yo le
creo una coreografía, para mí eso es lo más, es un
honor, porque estoy reconociendo a este referente,
a este artista que tengo dentro del municipio,
y reconociendo que a través de esa música que
ellos producen me dan a mí el incentivo para crear
una coreografía. Eso me está inspirando.



Fotografía: Ronal Balanta

Fabio Holguín:

Ser artista viene en el alma

Fabio es poeta. Nació en Planeta Rica, en el departamento de Córdoba, pero desde muy pequeño llegó a Santander de Quilichao. Desde los 10 años se inició en la escritura. Empezó con canciones de amor que, en su juventud, se convirtieron en poemas. Por ello, Fabio dice que desde siempre ha tenido alma de artista:

Algunos dicen que uno nace artista, otros dicen que se hace. Yo creo que eso viene en el alma, eso viene en el espíritu. Cuando niños vivimos en el campo, había muchas vacas, había ganado, había ríos, muchos árboles y salíamos a pescar. Yo creo que fue la naturaleza la que más me trajo hacia el arte.

Los maestros de su escuela fueron memorables, pues ayudaron a que en Fabio brotara eso que ya existía. Entre los maestros de la universidad que recuerda están Giovanni Quessep, Nido Enrique Ruiz y el maestro Valencia:



Así recuerda

Fabio sus primeros poemas de amor.

Ellos nos marcaron desde el punto de vista de las ideas y de la creación poética.

Aunque Fabio no conoció a sus abuelos, recibió su herencia artística:



En toda familia hay dificultades, hay conflictos económicos, laborales, de trabajo. Y, como decía Thomas Mann, el verdadero arte nace de la necesidad, de las ausencias, de aquello que nos falta. Entonces, eso nos ayuda.

Por ejemplo, yo no conocí los abuelos y es una carencia que tengo de niño, no conocí los dos abuelos, conocí las abuelas. Y me decían que uno de mis abuelos era tallador, escultor, tallaba Cristos y figuras sagradas. Entonces, me faltó ese pedacito de haberlo conocido y haber compartido con él, pero sé que era artista, que fue artista.

Fabio hace parte de un movimiento comunitario con el que se realiza un encuentro de poetas cada año, al que asisten poetas de diferentes lugares del país:

Sí, claro. Por ejemplo, en el encuentro de poetas que hacemos cada año, invitamos poetas afros y vienen maestros como Héctor León Mina, de Puerto Tejada; Hugo Idrobo; también viene Fernando Maclanil.

Ellos nos enseñaron que no solamente el recital de poesía era lectura de poemas propios, que es lo que hacemos –eso lo hacemos, es fundamental–, pero también aprendimos de ellos que la poesía se puede declamar, así como hicimos hace rato, se puede recitar, porque ellos son orales. Los afros son más orales y los indígenas también. Entonces, de ellos hemos aprendido esa parte de la oralidad.

Estos encuentros o tertulias se realizan en municipios como Silvia, Popayán y Villarrica, y se busca que puedan proyectarse a otros municipios e incluso a otros países, para fortalecer redes y oportunidades de intercambio de saberes.

Además de estos espacios de visibilización, Fabio destaca los procesos de formación de niños, niñas y jóvenes en los que participan artistas y poetas como él, pues esto permite un encuentro cercano y real con el arte:



Fotografía: Ronal Balanta

En los proyectos que se hacen de formación de niños, de formación de jóvenes, nos captan aquí en varias alcaldías, y nos cogen a los pintores, a las poetas, a los músicos, a los danzarines, que ya tenemos algo de experiencia, y nos envían a las veredas con una mochila viajera llena de libros.

Llegamos a esas veredas, llegamos a esas escuelas y entonces llega un poeta en vivo. O sea, los otros profesores les han hablado de poetas que ya se fueron, por ejemplo Jorge Isaacs, Silva, el poeta Neruda...

Pero llegar nosotros en vivo y decir: "Es que es un poeta y está vivo", entonces hemos aportado a que los niños le cojan más amor al arte en las diferentes manifestaciones.

Contar con poetas de Santander de Quilichao que visitan las escuelas como poetas vivos, que representan este arte igual que aquellos de mayor renombre, significa para Fabio la posibilidad de sembrar en

los pobladores un sentido de valía, de dignidad y de reconocimiento de sus saberes en equidad con los de otros:

Somos de provincia, somos de la “Colombia profunda”, como se dice hoy en día, y entonces los grandes poetas de la élite bogotana, Medellín, Barranquilla, pues no nos tienen como poetas...

Crean que somos todos nomás declamadores, por la tradición oral de nuestra raza, el afro y la indígena, y los mestizos. Pero en realidad nosotros, acá en la provincia, hacemos encuentros regionales, nacionales y ya hemos hecho internacionales.

Ya estamos haciendo en el norte del Cauca diecisiete encuentros internacionales de poesía. Gracias a la pandemia nos volvimos internacionales, porque solamente éramos los de por aquí del norte del Cauca, Popayán y el sur del Valle.

Ya nos mandan poemas de Buenos Aires, de Argentina, de Panamá, de todas las partes del mundo. Hay poetas libaneses. En el último encuentro tuvimos un poeta colombo-palestino, hasta un colombo-palestino vino aquí y estuvimos con él.

O sea que la poesía nos hace universales, no hay límites como en la política, en la economía.

Además de sus maestros, Fabio se inspira en la naturaleza, no solo para crear, sino para alimentar su vida cotidiana. En su vejez, tiene la posibilidad de vivir en medio de un bosque y dedicarse a componer haikus después de regar las plantas:

Es que todo es naturaleza, empezando porque nosotros, los seres humanos, somos la parte pensante, la parte principal, esencial de la naturaleza.

Es paradójico: la parte racional de la naturaleza está destruyendo a esa parte natural que no puede hablar, que no se puede comunicar: “No me tales, no me cortes”, dice el árbol, o el animalito: “No me maltrates”.

La naturaleza para mí ha sido la gran maestra. En este momento yo vivo también... tengo mi casita, una cabaña en el bosque, aquí en El Tajo, en la vereda El Tajo, donde vivo, y lo primero que me levanta por la mañana son el canto de los pájaros, primer concierto. Eso es una maravilla.

Y yo me levanto y toco una campanita que tengo –yo vivo como un monje–, pues toco la campanita, y ya empiezan las labores normales: riego las matas, las flores y le doy de comer a los perros. Entonces la naturaleza está presente, yo creo que las 24 horas del día.

Y en el campo hay que acostarse temprano, para levantarse temprano. Entonces cierro la puerta, porque a las 6, 6 y media ya los animales nocturnos: las serpientes, los zorros, los zorrillos, hay lobos... Entonces ya uno se tiene que encerrar; hay tigrillos, en ese bosque hay tigrillos.

Entonces la naturaleza está presente en mi vida todo el tiempo y ya me encierro a leer todas esas vivencias que tuve en el día, a escribir. Estoy escribiendo mucho haiku, que es la literatura japonesa: escribir rapidito y, en tres versitos, un poema.



Estos son
los esfuerzos de
Fabio para impulsar
la poesía en Santander
de Quilichao.





Fotografia: Ronal Balanta

Flor María Mina:

Le escribo a Colombia

Flor vive en una casa ubicada en uno de los barrios más antiguos de Santander de Quilichao. Sus paredes exhiben artesanías y una biblioteca llena de libros. Es pedagoga, poeta, escritora y artista plástica. Nació en la vereda La Ardovela, en este mismo municipio, y tuvo una infancia, en sus palabras, “bastante sencilla, humilde, una situación empobrecida”.

La práctica artística mía, digamos que es empírica, como maestra, como que nací con eso en los huesos, como tatuado en la sangre, pues, en lo artístico. Lo que hace todo docente en la escuela: eso entre artes plásticas, entre recoger los saberes tradicionales de la comunidad, volverlos pedagogía, volver todo lo que estaba alrededor, volverlo pedagogía para enseñanza y aprendizaje de los estudiantes. Trabajo pintura, trabajo con las artes manuales de nuestros ancestros, como tejidos, bordados, y todo eso lo recojo, todo eso lo he recogido, lo he recopilado y lo he llevado al aula.



Flor María
cuenta cómo teje los
saberes del arte con
la pedagogía.



Para Flor, el arte hace que las emociones entren al aula y, por eso, permite que los niños y las niñas se conecten con lo que hacen: “meter el arte a la enseñanza ayuda a que el estudiante aprenda de forma alegre”. Así aprendió ella: en medio del afecto y el calor de la familia.

Aprendió a leer con su madre, de modo que cuando entró a la escuela ya sabía leer, y la forma en que su madre le enseñó es la que ella usa hoy con sus alumnos:

Ese aprendizaje fue visual, porque algunas cosas las enseñó mi mamá, otras me las enseñó mi abuela, otras las aprendí en la escuela, otras las aprendí mirando. Es un aprendizaje visual y como que nace, como que me nace. Entonces, por ejemplo, yo miraba a mi mamá tejer, entonces yo observaba y después yo practicaba, hacía el experimento y sacaba mis propios modelos, mis propias puntadas. Aprendí a pintar, a hacer paisajes mirando mi contexto. El contexto es la mejor inspiración, es como la forma de inspirarse de una forma más natural y, de esa manera, también orienté a mis estudiantes.

Sin saber leer ni escribir, su abuela tenía en su memoria un universo literario completo, que compartió con Flor. Fue a través de ella que descubrió historias como La Esneda, Amor de madre, la historia de Efraín y María, y relatos sobre la guerra de los Mil Días.

Así como aprendió de su madre, de su familia y de sus ancestros, y gracias a su propia capacidad de observación, Flor tiene también referentes en escritores como Borges, de quien retoma una mirada amplia y compleja sobre la estética y sobre los valores presentes en el arte y en la pedagogía:

En la literatura, los referentes artísticos que tengo son pedagogos. Por ejemplo, Borges, en materia de valores, porque los valores son importantísimos en la enseñanza del arte.

El niño debe aprender no solo a respetar los valores fundamentales, convencionales que tenemos, sino que Borges explica: "Todo objeto que tú hagas o que mires tiene todos los valores".

Está lo estético, está lo económico, está lo ecológico, está lo histórico. Entonces, en esa perspectiva, tú te formas para respetar el arte en todas las dimensiones, incluso respetar el trabajo ajeno.



Fotografía: Ronal Balanta

Por ejemplo, miramos en este momento de la historia cómo se hace una protesta y salen los que protestan a derribar monumentos, que son históricos, que tienen unos valores, de pronto no para el que los derriba, pero sí para el pueblo.

Entonces, si un niño hizo un tejido, él tiene que reconocer que hay un valor económico en los materiales y recursos, como también hay un valor histórico, porque eso va a crear, lo va a regalar, y un valor afectivo para quien lo recibe, para quien lo compra.

Ese es uno de los referentes. En cuanto al folclor, me gusta mucho valorar lo que otros hacen.

Flor trabaja en la escritura de su biografía y ha sido maestra tanto en escuelas rurales como a través de sus propios proyectos literarios:

Trabajé 37 años en La Chapa, la mayor parte de mi vida. En otras partes, trabajé en Santa Lucía, trabajé en la vereda El Palmar, trabajé en La Ardovela.

Yo soy la fundadora de la escuela de La Ardovela, y empecé con 14 años, con quinto de primaria. Me hice maestra, y luego, en el camino, fui capacitándome. Entonces, en la escuela de La Chapa, que fue la última escuela donde trabajé 37 años, hay personas con muchos saberes empíricos, hay muchos saberes comunitarios. Incluso, esa fue una de las bases por las cuales se creó el proyecto de Pequeños Escritores, como para aprovechar esas fortalezas que había en la comunidad.

Porque hay músicos, compositores, cantautores, hay personas que pintan muy bien, personas que se inspiran en cuentos, coplas, padres de familia que aportan a la escuela sus conocimientos.

En sus textos, Flor busca compartir emociones, encontrar palabras precisas, historias y relatos coherentes, y elegir el género que mejor le permita plasmar sus ideas. Además de contar las historias que pasan por su mente, busca sembrar mayor sensibilidad en quienes la leen. Por ello escribe biografías, métodos, poemas y ensayos —prepara uno sobre Francia Márquez—:

Pues yo soy bastante romántica, yo soy romántica, y entonces en mis obras he hecho romanticismo, pero también soy satírica, también he hecho sátiras. Incluso he pisado muchos callos con lo que escribo.

Me piden mucho que escriba. Yo le he escrito, incluso le he escrito hasta a los sindicatos que me piden que escriba. He escrito... Cuando le quería decir algo a mi rector, yo escribía poemas y aprovechaba los eventos culturales para leer el poema, pero ahí estaba la puntadita, la espinita.

Me desahogo escribiendo, además es como una terapia también emocional, psicológica. Y también le escribo a Dios, con acción de gracias. Cultivo mucho mi parte espiritual, porque yo creo que el hombre que no valora su parte espiritual, pues, es como un cartón.



Fotografía: Andrés Obando

Ciro Ul:

Yo con mi guitarra soy feliz

Ciro es guitarrista y compositor. Nació en la vereda El Porvenir, en el municipio de Jambaló. Para Ciro, su madre fue una persona fundamental, de quien aprendió las labores del campo y los saberes de la vida. Por eso la acompañó hasta el último de sus días.

Inició su práctica como artista a los 22 años, cuando pudo conseguir su primera guitarra, que se convirtió en su compañera permanente:

Pues me nació, me nació... Cuando pude comprar la guitarra, ya no dejé esa guitarra hasta el sol de hoy. Yo no la puedo dejar. Yo con una guitarra soy feliz, así esté solo. Canto lo que me salga. Me ha gustado y me gusta.

Una vez con guitarra en mano, Ciro contó con la orientación de su hermano:

Cuando pude comprarla, en ese tiempo me costó 200 pesos la primera guitarra que compré, y 200 pesos pues no era fácil tampoco para uno. Cuando yo compré la guitarra, yo no me sabía ni un tono. Entonces mi hermano fue el que me enseñó.

Junto a su hermano descubrió cómo sacar sonido a las cuerdas de la guitarra y a acompañar los espacios del municipio en los que se hacían presentaciones musicales:

Ya cuando empecé, cuando tuve la guitarra, él me enseñaba. Él no se sabía sino unos poquitos disquitos y empecé con eso.

Yo entonces empecé, como dice el dicho, garroteado, para aprender los golpes del sonido de la guitarra. Y fuimos de unito en unito hasta que medio pude, y ahí sí ya salíamos, sobre todo en las clausuras de las escuelas. Nos invitaban y nosotros no sabíamos mayor cosa, pero nos íbamos, y así fuimos aprendiendo.

Aunque el padre de Ciro era músico, su forma de relación no permitió que hubiera una transmisión directa de ese conocimiento:

Sí, él era cantante, cantaba, pero no sé cuántos discos se sabría. No lo conocí, digamos, cuando él era músico y quisiera tocar.

Yo era muchacho y a mí no me llevaban. Él iba con un hermano –que también ya falleció– que se llamaba José Ernesto Ul. Él era quien acompañaba a mi papá en ese tiempo. En ese tiempo era la guitarra y el tiple; con esos dos instrumentos tocaban ellos dos.

Ya después de ellos fue que yo empecé a aprender. Yo no sabía nada de lo de la guitarra, eso fue al tiempo.

Ciro destaca su participación en proyectos en los que se vinculan las 36 veredas de Jambaló. Esto ha permitido que su nombre y su música sean reconocidos en todo el municipio, aunque no tanto entre la población joven:

Digamos, en un proyecto global aquí en Jambaló se reúne gente de todas las veredas, las 36 veredas. Entonces allí, como lo conocen a uno...

Yo soy conocido a nivel de aquí en Jambaló por todo, de arriba a abajo y de lado a lado. Donde sea que me escuchan, me conocen, y entonces uno ve como que está dentro del montón, del proceso.



Fotografía: Andrés Obando

*Sobre todo hoy en día con la juventud es diferente,
porque al joven ya ni yo lo conozco, al de 14, 15 años.*

Ciro tiene como propósito transmitir alegría, pero también narrar su cotidianidad y los eventos o asuntos importantes de las comunidades que recorre. Sus letras recogen, de manera directa y gentil, aquello que considera necesario en la política cultural y social del municipio:

*Necesitamos alcalde que nos apoye y nos dé valor,
necesitamos alcalde que nos apoye y nos dé valor.*

*No importa que sea blanquito, que sea chiquito o barrigón,
el hecho es que tenga ideas y conozca la legislación.
El hecho es que tenga ideas y conozca la legislación y con
el pueblo buena intención.*



Fotografía: Andrés Obando

No lo queremos bonito ni mucho menos que tenga plata, que apoye nuestro cabildo, nuestras empresas y educación. Para que todos los días sobresalgamos en la región y con el pueblo buena intención.

Ciro no se reconoce como compositor ni se ve a sí mismo como un artista en términos disciplinares. Crea, en sus palabras, “en la recocha”, de manera improvisada, y sabe que para construir una obra necesita repasar una y otra vez las ideas, ver qué funciona y qué se puede ajustar o “remendar”:

Pues usted, cuando tiene su estudio, es una base diferente, pero uno que no lo tiene, uno tiene que ingeniárselas como le salga mejor.

Va con un cuaderno y va tachando, va con el lápiz, va tachando y va borrando y otra vez va remendando, a ver cómo le sale. Y usted, mientras está en el trabajo, va pensando cosas, a ver qué se va a hacer, y así, así lentamente.

Fácil no es. A la carrera no hace uno un disco que le salga bien, no. El profesional, el que tiene estudio, el que ya vive de un arte, eso es diferente.

Digamos que a ustedes, para hacer un disco, no les queda grande porque, dependiendo del disco que sea –discos del amor, de despecho– de todo hay. Entonces, eso es diferente porque usted tiene un estudio, la mente está más desarrollada que la de uno. El estudio es una base fundamental para todo.

Eso era más que recocha, porque a uno quién le paga para que se haga un disco y para gastarle mente. Yo, para hacer ese disco de *La Boquitrompona*, que tocamos ese rato, tenía que irle remendando un pedazo, quitándolo, arreglándolo, buscándole la forma de hacerlo lo mejor que podía uno.

Aunque Ciro anhela poder tener más herramientas pedagógicas para enseñar a otros lo que sabe, su experiencia ha dado sustento a la música como posibilidad de disfrute, encuentro y celebración. Aprendió por su cuenta lo necesario para alegrar la vida de muchos en Jambaló, siendo su mejor pago las sonrisas y los aplausos de quienes lo escuchan.



Escucha aquí
la música de Ciro
en su propia voz.





Fotografía: Andrés Obando

Licenia Quiguanas:

El tejido pasa por la espiritualidad

Licenia vive en la vereda El Trapiche de Jambaló. Su vivienda está ubicada a dos casas de la escuela de la vereda. En sus paredes, el rostro de Licenia se encuentra plasmado bellamente en un mural en el que se honra a los mayores y mayores del pueblo. Nació en la vereda La Marquesa.

Allá vivían mis papás. Crecí ahí y allí vivíamos toda la familia, con mis hermanos. Mi madre nos enseñaba mucho a trabajar, nos enseñaba trabajos de la cocina, nos enseñaba a los tejidos y también a participar en el trabajo a las huertas, al cultivo, a limpiar los cultivos.

En ese tiempo todavía se trabajaba con los dueños de tierra... como no teníamos tierra, entonces estábamos en alquiler, digamos. Entonces se iba a descontar la hacienda, decían, y allá llegábamos cada mes a trabajar, a descontar la hacienda, tres días en el mes.



Así recuerda

Licenia su infancia.



Es una mujer Nasa que aprendió el tejido gracias a su madre. Teje desde los seis años y llevaba siempre sus tejidos para practicar en los ratos libres:

Cuando uno tenía ya los seis añitos, lo colocaban en la escuela, pero ahí mismo le decían: “Bueno, usted se va para la escuela y tiene que ir llevando el tejido”.

Entonces ya mi mamá le hacía el tejidito para hacer la jigra y uno lo llevaba dentro de la mochila. Lo iba llevando y cuando salía al recreo, pues, si uno se acordaba, lo tejía, porque allá ya daba otro cambio, ¿no? Ya con muchos compañeros estudiantes, entonces no era igual, pero se tejía.

Aprendió de su madre al final de las jornadas de trabajo pues, aunque estuvieran en descanso, siempre estaban tejiendo; no dejaban “la mochila, el tejido, la hilada”:

Las jornadas de enseñanza eran cuando ella llegaba a descansar, llegaba de trabajar y ellas decían descansar, pero no dejaban la mochila, el tejido, la hilada de la lana.

Nos ponían a atizar –es decir, cuando uno va arreglando la lana– y entonces decía: “Ayúdenme a arreglar, y de esta forma...”. Entonces allí iba uno viendo y aprendiendo.

Aunque Licenia ha intentado dar continuidad a su saber, el encuentro del mundo indígena con la escuela no siempre respalda esta intención. En sus primeros años, enseñó a sus hijas el arte del tejido, pero al llegar a la escuela lo olvidaron, junto con su lengua Nasa. Olvidar la lengua es, para Licenia, lo mismo que olvidar la conexión con el entorno natural: es separarse del saber sobre las plantas medicinales, las fibras necesarias para el tejido, las fuentes de alimentación, los tiempos de cosecha y la conexión con las cosmogonías:

No, pues ese sí es también conocimiento de casa. Porque mi padre era... él era el mayor de la vereda, él trabajaba espiritualmente.

Entonces uno lo que veía... y él también nos enseñaba las plantas: “Estas plantas son para tal cosa”, y así, y uno fue aprendiendo ahí. Entonces por eso yo llegué acá y yo no me olvido de las plantas: todo lo que ve que hay aquí son plantas medicinales. Esa es la ciencia de la naturaleza, de los indios, que es origen del Nasa. Porque si uno no sabe hablar el propio



Fotografía: Andrés Obando

idioma, pues se siente como que no es, como que uno no es original. Pero es muy lindo, porque uno con saber y mirar las cosas, uno ya se siente a relacionarse con la naturaleza.

Además de esta relación entre lengua, territorio y saber, Licenia cuenta cómo el tejido hace parte de la vida cotidiana y colectiva del pueblo Nasa, enraizado en las dimensiones más profundas de la vida cultural y artística:

Mis tías... Uy, tenía un poco de tías que ya no existen. Todas ellas y las vecinas, todos... en ese tiempo tejía mucha gente. Y los señores, pues, los hombres hacían el sombrero. Ellos iban tejiendo también en el camino, iban haciendo las trenzas, todo en el camino se hila, se teje, eso no se pierde tiempo. Las señoras que llegaban, pues llegaban con el tejido, por lo menos con esto, que no les faltaban esos tejidos de cabuya, la jigra. Entonces se hacía a mano, todo se tejía a mano. Las señoras que

llegaban, las muchachas, la gente joven, iban con esos tejidos y se sentaban ahí a tejer, y todo se tejía ahí como en comunidad, mientras echaban cuentos y se reían. Era muy participativo, muy bonito, sí: tejiendo las jigras e hilando la lana.

Licenia destaca también cómo el uso del tejido se vincula con la vida espiritual Nasa. Según su relato, las prendas tejidas de manera tradicional y con los elementos propios son requisito para el desarrollo de la vida ritual:

Porque antes los abuelos se vestían con sus propios tejidos y las creencias espirituales están muy relacionadas con los tejidos. Entonces, para los rituales



Fotografía: Andrés Obando

todo tiene que ser con sus mochilas de cabuya, las ruanas, los anacos, los chumbes, todo. Es una relación con la parte espiritual. Eso inspira mucho para uno estar dentro de esa espiritualidad.

Por ello, Licenia busca mantener vivo el conocimiento sobre la conexión profunda entre el mundo espiritual, la vida ritual, la naturaleza y la vida social a través de sus tejidos. Así narra el proceso de cuidado de los ovejos y el tratamiento de su lana, tal como lo aprendió de su madre:

El proceso es tener los ovejitos. Entonces esos ovejitos se están motilando cada cuatro meses, me parece –se me está olvidando–. Entonces uno, para que dé buena lana, también le hace la curación al ovejo, porque ellos se van dañando y va dando muy cortica la lana. Entonces se motila el ovejito y se le echa un remedio para que dé buena lana, larga, y que la lana sirva para hacer los tejidos.

Ya se corta la lana, se lava y se lava, se pone a secar. Después del secado ya se utiliza para hacer los copitos, se dicen. Entonces se pisa todo y se forman los copitos, y de ahí ya se lleva aquí a la puchicanga y ya se puede hilar.

Licenia teje por encargo o por necesidad, pero no comercializa lo que hace. Le interesa especialmente poder compartir lo que sabe y, sobre todo, dar cuenta del significado profundo que tiene el tejido para la vida espiritual:



Así teje
Licenia.



Pues me gustaría, me gustaría... por lo menos ahora, la juventud, si quieren algo, si todavía hay creencia espiritual, porque todas estas cosas pasan por espiritualidad. Entonces me gustaría enseñarles un poco y conversar con ellos, y que ellos me enseñen lo que todos saben, y yo les recordaría lo que había aprendido antes.



Fotografía: Andrés Obando

Mariano Pilcué:

Danzando a la vida

Mariano es un hombre danzante del pueblo Nasa, nacido en la vereda Loma Gorda del municipio de Jambaló. En la historia de Mariano están presentes los maltratos que sufrió su familia por parte de los terrajeros, el miedo y la discriminación por no hablar español. Creció en un ambiente de lucha, primero junto a su padre y luego en las organizaciones indígenas del Cauca:

Yo, en mi infancia, crecí en un ambiente de esclavitud, porque fuimos terrajeros. Mis papás eran terrajeros y, cuando yo tuve uso de razón, allá llegaban la violencia, lo que hacían con mi familia, con mi papá por ser líder. A nosotros, como niños, nos daba miedo ver que llegaban el patrón o el terrateniente con esos caballos que le tiraban encima a uno.

Cuando fui a la escuela, yo todavía no hablaba castellano, hablaba nasa yuwe. El castellano a mí me costó mucho, y de hecho también era una humillación no poder hablar bien el castellano. Entonces, en la escuela, mucha discriminación porque yo no hablaba bien el castellano. Yo crecí en un ambiente de lucha, en un ambiente de resistencia, cuando nacieron las organizaciones, por ejemplo el CRIC.



Así aprendió
Mariano la danza.



Prácticamente los líderes que llegaban a la escuela llegaban también a la casa de mi padre, allá en Loma Gorda, donde yo vivo; llegaban los líderes porque era la única casa donde podían llegar.

Su padre y luego él mismo hicieron parte de los procesos de recuperación de tierras Nasa, razón por la cual su vida está ligada a las organizaciones comunitarias y al trabajo colectivo. Aunque sus padres le hablaron desde siempre de la relevancia de la cultura y del gobierno propio, fue solo a partir de su vinculación con la Universidad Autónoma Indígena Intercultural –UAIIN– que, a través de la investigación sobre la historia, la espiritualidad y la identidad, se acercó a este saber con mayor claridad y responsabilidad:

En el 2003, en ese encuentro de los cinco pueblos, mandaron que había que llegar hacia el gobierno propio, hacer los rituales mayores como el Sek Buy, que es el solsticio; el Saakhelu; el Kiwe Kame, el despertar las semillas; el Cxapucx, las ofrendas, la apagada del fuego el 20 de marzo, y así sucesivamente.

En 2004 yo fui coordinador de la sabiduría ancestral de los mayores espirituales. De allí fue que se me permitió ya meterme a esta parte cosmogónica de lo que ahorita ejerzo: la parte de las autoridades cósmicas de arriba, de las autoridades de este entorno y de las autoridades del espacio de abajo, en los tres espacios.

En 2002 iniciaron el primer Saakhelu interno y, como yo era coordinador, no participé por cosas de salud, pero las lideresas de entonces me llegaban a informar de cómo estaba yendo el Saakhelu. Me daban información, me daban el título que yo tenía, me traían las ofrendas a regalar, las comidas a regalar. Eso a mí me dio motivo, porque me tenían esa confianza. Entonces dije: “No, yo no puedo defraudarlos”. Eso me permitió que, en 2004, hiciera el paso a la coordinación de los ritmos. Primero fui coordinador de los Saakhelus, del Sek Buy y, ya en 2008, los mayores espirituales me dijeron: “Usted tiene el don para danzar”.

En el primer Saakhelu -despertar de las semillas- lo vivencí en una vereda que se llama la zona media, Guayope. Desde allí comencé a vivenciar los Saakhelus. Cuando hablamos de rituales mayores de Saakhelus, tiene todo un proceso, todos los pasos de danzas...

El ingreso de Mariano al mundo de las danzas se da dentro de un ejercicio de responsabilidad por el cuidado comunitario, por el conocimiento del gobierno propio y por la salvaguarda de los saberes espirituales asociados a esta práctica.

Aprendió junto a los mayores danzantes de las comunidades, quienes vieron en él, a pesar de su timidez inicial, la fuerza y la naturaleza de la danza. Que los mayores descubrieran ese don en él lo hizo responsable de dirigir las ceremonias en las que se incluye el baile. Al mismo tiempo, asumió la tarea de ayudar a sanar las enfermedades físicas y comunitarias a través de la danza, las ofrendas y las visiones presentes en el movimiento.



Fotografía: Andrés Obando

La responsabilidad de Mariano como danzante es, en este sentido, trascendental para el bienestar de las comunidades Nasa. Con la danza ha hecho un ejercicio de recuperación de la memoria cultural, pero además participa de los rituales en los que se equilibran las fuerzas vitales, se acompañan los tránsitos de la vida y la muerte y se agradece a la tierra por sus frutos y su alimento:

En mi niñez todos los rituales se habían olvidado. Sí hacían ofrendas a la familia, rituales de limpieza, rituales para seleccionar la semilla, rituales para cosechar, para sembrar; las familias lo hacían, era como una costumbre.

Pero lo único que yo viví en mi familia fue la danza del angelito, cuando un hermanito, al nacer, nomás falló, vino muerto. Entonces los mayores cargaban al nieto y danzaban. Ese es el único ritual que vi una vez.

Los otros rituales, todas las familias, esas danzas o esos rituales se habían olvidado. Entonces nosotros, a través de la investigación, volvimos a hacer esa vivencia: ¿cómo fue?, ¿qué es el Sek Buy?, ¿qué es el solsticio?, ¿qué es el Cxapucx?

Eso, hasta ahora, es la tradición: en muchas familias se hace la ofrenda, aunque no esté la danza. Pero cuando en los territorios nosotros hacemos la ofrenda, también va la danza.

En la apagada del fuego también, hacemos danza el 21 de marzo. Pero eso, como le digo, se recuperó más o menos del 2000 para acá, ya hacer esos rituales, rituales de ceremonias a través de las danzas.

Mariano disfruta en especial las danzas que celebran las fuerzas de la vida:

La danza del colibrí, que es el símbolo de la belleza, símbolo de la dulzura.

También la danza de la culebra verde, que es el símbolo de la agilidad. El símbolo del agua, honor al agua, es cuando está lloviendo...

La danza de la siembra de la luna y el sol, cuando, en honor a ellos, se ofrendan las bebidas y todo eso.

Estos rituales mayores indirectamente están contribuyendo al planeta Tierra, a mantener y a sanar a la Madre Tierra, porque la Madre Tierra está muy enferma.

Con los remedios que nosotros le vamos echando, estamos sanando a la Madre Tierra, porque decimos que está muy enferma.

A estas danzas se suman las propias de los rituales de matrimonio, las danzas de las mingas, de la picada de carne, la danza del caracol, de la culebra verde y del gallinazo. Todas han sido recuperadas con el esfuerzo de Mariano, quien además las ha llevado a otras veredas y las ha compartido en semilleros y colegios, dejando en evidencia que sigue cuidando, desde las danzas, las memorias, identidades y la vida colectiva:



Acompaña a
Mariano en uno de los rituales de su comunidad.



Yo vengo haciendo las danzas aquí en el territorio, pero también en otros territorios. Lo gratificante es que ya las han retomado los semilleros de autoridad, los colegios. Los niños ya vienen haciendo práctica y entonces ellos a mí me llaman a decir: "Bueno, mayor, vénganos a enseñar, cómo se danza, cómo es que es la danza".

Entonces yo siempre ando en los colegios, así, también haciendo las danzas y diciendo por qué la danza del caracol, o la danza de la culebra verde...



Fotografía: Andrés Obando

Aura María González:

Cantamos gracias a los ancestros

Aura vive en el corregimiento de La Toma, en el municipio de Suárez. Es oriunda de este corregimiento, donde creció aprendiendo los oficios de la agricultura y la minería. Su vínculo con la música se dio desde la infancia, cuando acompañaba los encuentros comunitarios y las fiestas religiosas junto a su familia. Aprendió escuchando cantar a su mamá, a sus tías y a su abuela y, a través de ella, a todos sus abuelos y ancestros:

Cantábamos porque esa es una tradición que vienen ejerciendo, que nos dejaron nuestros abuelos, nuestros ancestros. Entonces nosotros seguimos esa tradición cantando lo que ellos nos enseñaron.

Huyendo de manera astuta de los regaños de su abuela por ver los bailes, Aura María lograba escuchar los cantos y aprendérselos con el apoyo de su madre:

En ese tiempo había cuatro muchachas, estábamos pequeñas y las otras tres sí llegaban y bailaban, entraban a bailar a la sala. Yo no, pero yo sí llegaba y me paraba atrás de una puerta a escuchar.

Entonces, en eso ya salía mi abuela y me decía: “¿Pero a qué ha venido, a bailar o a estar parada ahí?”, porque ella hablaba así. Y luego: “Voy a traer mi rejo”, y se iba a buscar el rejo que tenían en la mochila que ellas cargaban. Pero cuando ella llegaba ahí, yo ya me había

escondido en otra puerta, entonces no me pillaba. Y ya no me buscaba más porque estaba muy lleno de gente.

Ahí yo escuchaba todo lo que cantaban y, cuando me daba sueño, mi mamá iba y me acostaba en unas piezas que hay para acostar a los niños. Pero yo ya había oído la música y no podía dormir, y eso se me grababa.

Entonces al otro día me levantaba y le decía: “Mamá, ¿y esa tonada que cantaban así tan bonito cómo es que era?”. Entonces ella me iba complementando y yo iba grabando en la mente, porque yo no tengo nada escrito, todo lo tengo en la mente.

El entorno en el que creció fue el abono para que su curiosidad por el canto creciera hasta convertirla en la cantora que es hoy. Los ritos de los velorios de adultos y de niños, las fiestas de mayo y enero, así como la celebración de Navidad, fueron sus escenarios de aprendizaje:

Ellos más cantaban en los tiempos de diciembre, que llegaba la Navidad, desde el 16. Pero ellos ya sabían lo que tenían que hacer: del 16 hasta el 25, el 6 de enero y la Cruz de Mayo, eran las tres fiestas, y el 30, que era la fiesta patronal de aquí, Santa Rosa de Lima, que la iglesia está allí.

Con su dedicación y compromiso por los cantos, Aura ingresó a la agrupación Auroras del Amanecer, creada por su madre y otras mujeres mayores. Con el fallecimiento de las más ancianas, el grupo se fue renovando para sostenerse en el tiempo, asunto que le importa especialmente. Para ella, que los niños y las niñas estén en las fiestas es vital para que las tradiciones continúen:

Esas son las canciones que uno canta después del nacimiento, y ahora la gente se alegra, y eso todo el mundo pide una botella, y eso es muy bonito. Y ahí van



Fotografía: Andrés Obando

aprendiendo los niños, las niñas, van aprendiendo de las tradiciones.

Compartir la alegría y aportar a la continuidad de las tradiciones son dos de los motivos de Aura. Por eso entrega todo su saber para que esto suceda y celebra las iniciativas de jóvenes maestros que buscan dar continuidad a su cultura:

Mi obra artística ha aportado muchas cosas, muchas cosas ha aportado.

Por ejemplo, yo me agarro a cantar y ahí voy aportando; vamos caminando y vamos cantando, y yo les voy cantando. Están allá, yo estoy cantando; estamos trabajando y estamos cantando, entonces es una alegría, ellos están felices.

Con el canto, Aura no solo expresa alegría. El canto es la forma en que entiende y manifiesta sus emociones; después de cantar se siente tranquila. De la misma manera, le genera paz poder honrar el mundo espiritual que acompaña a su comunidad, especialmente cuando se atraviesan duelos individuales o colectivos por medio de loas, gozos y fugas:

Eso me inspira muchas cosas, porque ahí yo me inspiro, y expreso todo lo que tengo, y si estoy como aburrida ahí me desahogo, porque con eso uno se desahoga y se mantiene la mente bien, tranquila.

En la agrupación Auroras del Amanecer los tiempos de ensayo se combinan con los tiempos de siembra, de mina y de mercado. Así se reservan algunos días especialmente para dedicarse a la música, la danza y el canto, salvo Aura María, que puede cantar cuando le nace del corazón y de la garganta. En estos encuentros se crean nuevas canciones a partir de ideas de unos y otros:

Los ensayos los hacemos los domingos y los lunes, porque como ellos trabajan la agricultura, la minería, entonces salen muy cansados; los domingos por la tarde están en el mercado. Entonces ensayamos los lunes, que están un poquito más descansados.

Allí estudian la cultura, cómo va mejor, quién tiene la voz principal. Yo ya estoy casi todo el día haciendo música, tanto allá como en mi casa.

En los ensayos decimos: “Exploremos”, qué tiene que tocar por la mayor o la menor, y así van hasta que se oye la armonía, hasta que tenga la armonía bien.

Una canción tiene varias sesiones para encontrar el sonido perfecto, para que quede nítida. Tiene que quedar una voz y la segunda voz, la tercera voz, una voz plana y las otras van así, en secuencia.

Por su labor, su dedicación y sus aportes a la vida artística y cultural del Cauca, Aura María fue homenajeada en el Festival Petronio Álvarez. Esta noticia fue publicada por medios impresos del país y por la Alcaldía de Cali, logrando un reconocimiento que fue recibido con alegría y orgullo por ella, su familia y su comunidad.

A pesar de que festivales como el Petronio permiten una mayor visibilización y honrar la labor de numerosos sabedores y cultores, Aura María señala que no son tan accesibles como deberían. Deben costear vestuario, transporte, alimentación y hospedaje, gastos que difícilmente son cubiertos por los gobiernos locales y que obligan a los sabedores a realizar una gestión desgastante:

Pues con la Alcaldía de Suárez, en unos tiempos que hubo un alcalde, sí medio nos colaboraba, pero hubo un tiempo que no le colaboraron a nadie. En este, gracias a Dios, sí nos colaboró este año para los vestuarios y para los transportes.

Con la EPSA también nos colaboró un año, y eso fue muy bueno: nos dio transporte, nos llevó y nos trajo y nos ayudó mucho. Pero en esta vez (Petronio de 2024) sí nos tocó contratar carro nosotros. A veces sí hacemos, por ejemplo: “Si hay un cumpleaños de tal persona, hagamos este cumpleaños”, y ahí reunimos algo con lo que colaboran.

Además de la gestión para su propia circulación, Aura María dedica sus energías a trabajar en favor de la creación de una fundación a través de la cual pueda construirse una Casa de la Cultura que permita el acceso de niños, niñas y jóvenes a la formación artística en el municipio.



Escucha los
cantos de nacimiento
en voz de Aura María.



Aunque en su corregimiento existen espacios consolidados para el desarrollo de las prácticas ancestrales —como una casa en la que se hace el pesebre y la capilla construida comunitariamente—, con esta Casa Cultural Aura sueña con contar con un nuevo escenario, amplio y generoso, para compartir todos los saberes tradicionales y otros más disciplinares. Sueña con una casa para que las artes y la cultura en La Toma sigan vivas.



Fotografía: Andrés Obando

David Guamanga:

En la música, entre más se busca, más se encuentra

David es guitarrista y cantante. Nació en la vereda Unión Olivares, del corregimiento Los Robles, municipio de Suárez. Tiene siete hermanos, con quienes creció en familia, junto a sus padres y acompañado por las rutinas propias del campo: trabajar en la finca y estudiar en la escuela.

Era el hijo designado para acompañar a su padre a las fiestas, donde él tocaba guitarra. Su misión: asegurarse de que su papá no se emborrachara demasiado, no quebrara la guitarra y lograra llegar de vuelta a la casa. De esa tarea, a David le quedó el entusiasmo por la música y el empeño por tener una vida alegre y tranquila:

Mi papá era músico, él tocaba la guitarra y le gustaba demasiado. Yo nací con ese entusiasmo, con ese deseo, con ese ánimo de aprender, y pues lo poco que sé, lo he aprendido.

Me motivó a tener un ambiente diferente, un entretenimiento para uno, mantenerse más alegre en la casa, tener en qué entretenerse, ya para poder avanzar.

Con curiosidad y decisión, se inició en el camino de aprender por sí mismo, mirando, explorando la guitarra y ensayando constantemente:

Eso fue un poco complicado, porque la cuestión de la música es que, entre más se busca, más se encuentra. Uno tiene mucho que descubrirle a la música.

Yo aprendí mirando. Me iba para esas fiestas y miraba que tocaban muy bueno, y me ponía a observar.

En eso me compré una guitarrita y comencé a ensayar, a ver si podía hacer lo mismo que hacían los compañeros. Fui aprendiendo notas, fui agilizando la mano, los dedos. Por ejemplo, hay que tener agilidad para poder hacer un buen sonido.

Yo aprendí, como quien dice, bregando. Uno ve que ellos sacan una canción y entonces se propone sacar un verso, una copla, y de ahí va saliendo una canción.

Con el dinero recogido gracias al trabajo en el campo —cogiendo café, “boleando machete y azadón”—, David logró reunir lo suficiente para comprar su guitarra, desarrollar su pasión y componerle al campo, al trabajo y a la vida comunitaria. Aprovechó también las oportunidades que tuvo para aprender con compañeros, especialmente aquellos que podía encontrar cerca de su casa, pues ir hasta el casco urbano no es sencillo por la distancia y las condiciones del transporte.

Como indígena Nasa, David tiene un compromiso con los encuentros comunitarios que sostienen la vida social y cultural. Suele tocar en los eventos organizados por el cabildo al que pertenece, cumpliendo así su propósito de compartir su música y responder a los compromisos comunitarios:

Suárez es un municipio de bastante ánimo, de bastante alegría. A la gente en la negritud y a nosotros, los indígenas, nos gusta mucho el ambiente.

Así como nos nació ese espíritu artístico allá en Unión Olivares, lo tienen otras veredas por acá, como Puerto Buenos Aires, La Toma. Tienen sus orquestas, sus dúos y sus duetos.



Fotografía: Andrés Obando

A ellos les gusta mucho la música y la practican, y tienen un emprendimiento bastante avanzado (Fusión Caucana). Ese ánimo hace que acá en el municipio también los inviten, los contraten, y así van hacia adelante en la cuestión artística de la música.

En sus composiciones, David recoge aquello que resulta importante para su vida: eventos personales que le marcaron, situaciones de su comunidad, relaciones, dinámicas económicas y políticas:



David nos
comparte la canción
que compuso
para su amigo.

Tengo una canción que traté de componer y la llevo así, no la he perfeccionado bien, pero ahí va. Es de un compañero con el que trabajé: él se dedicó a la minería y no le fue tan bien, y se fue para otro territorio, para Cali.



Por allá fue que también él tuvo un emprendimiento con la música y... desaparecido. No volví a saber de él, si va superándose cada día más en la música o si la dejó.



Fotografía: Andrés Obando

Para componer, David busca lugares tranquilos donde pueda concentrarse en soledad y pulir sus canciones:

Para crear una canción, uno tiene que sentarse a solas y concentrarse: sacar una poesía, una copla, complementarlas y sacarle el ritmo.

El proceso para crear una canción es dedicación: sentarse sin ninguna perturbación, concentrarse, componer y luego mirar qué le falta para ponerle, o qué le sobra para quitarle, hasta que quede bien. Hay que irlo perfeccionando.

Dado que David no depende de la música para resolver su vida cotidiana, sus mayores dificultades tienen que ver con conseguir cuerdas, transportadores y otros elementos necesarios para tocar. Para comprarlos, debe ir hasta Santander de Quilichao, Cali o Jamundí. Aun así, con los elementos con los que cuenta, ha conformado una agrupación musical, resultado de un proceso formativo que se ofreció en la vereda y en el que pudo participar. Con su agrupación ensaya, participa en eventos y ferias, sube la música a redes sociales y, gracias a la gestión que realizan con el cabildo y la alcaldía, logran vincularse a encuentros municipales.

David sueña con que su agrupación logre cada día mejorar y profesionalizarse: ensayar de manera constante —a pesar de los achaques de salud de algunos de sus integrantes y de las dificultades de orden público— y lograr circular para compartir con más personas la alegría y la satisfacción que él mismo encuentra en la música.



Fotografía: Andrés Obando

Paubla Suscué:

Tejiendo, se trabaja la mente, ahí hay paz

Paubla Marina nació en la vereda Aguaclara, del municipio de Suárez. Es tejedora y cocinera. Su memoria y sus relatos guardan los paisajes antiguos de Suárez y su gente, antes de las reivindicaciones identitarias del pueblo Nasa, en los tiempos en que la denominación páez aún predominaba:

En esa época (hace más de 40 años), nosotros caminábamos por el desierto Aguaclara-Suárez.

Aguaclara, pasando por aquí por Mindalá, subiendo por donde llegamos ahorita en el carrito, eso era que nosotros caminábamos a pie.

En ese tiempo, lo que estaba en la Salvajina del río era el río Cauca. Nosotros caminábamos a orillas del Cauca. En ese tiempo eran fincas, fincas; por todo esto... ahora es riqueza de agua; en ese tiempo era riqueza de montes, cafeteras, plataneras, yucales. Uno pasaba por medio de todas las fincas, bajando a Suárez; eran cantinas, y en cada cantina uno arrimaba a tomar la chicha de maíz.

Nosotros salíamos a las seis de la mañana de Aguaclara y llegábamos a las seis de la tarde aquí a Suárez, caminando a puro pie, y los caballos de carga. El que tenía un poquito más, pues tenía un caballito de silla.

Al otro día –domingo–, mi papá remesiaba muy a las seis de la mañana para salir vuelta a las ocho o nueve,

cuando salíamos de ocho o nueve otra vez. Y aquí para arriba, cogiendo como esa cordillera que se ve así, esa nube que está viendo, nosotros salíamos de nueve a diez de aquí a la casa y llegábamos a las diez de la noche.

Y de ahí, pues, se fue llenando el lago, se llenó, se llenó. Eso se llama el lago Salvajina.

En ese tiempo todos nosotros caminábamos por aquí derecho, por el Cerro Damián, caminábamos de aquí para arriba subiendo. Poniéndole bien bueno, son tres horas subiendo y la travesía deben ser otras tres horas. De todas maneras, uno llegaba de nueve a diez, caminando ligero o caminando despacio.

En ese tiempo había una escuelita ahí en Aguaclara, hecha por padres de familia. Mi mamá contaba que ellos habían hecho una rifa y que entre tres personas habían hecho una rifa, y uno había rifado una potranca, una señora había rifado una potranca y así.

Unos cuantos padres de familia habían cortado madera y habían hecho una escuela de bahareque, decían en ese tiempo: bahareque era maderita y barro. En eso alcancé a hacer mis primeros números.

Su bisabuela fue una tejedora reconocida. De ella heredó el oficio y el orgullo por su origen Nasa:

Mi bisabuela vivió de los tejidos, porque ella era indígena, indígena de verdad. Ella no entendía castellano, ella hablaba el propio páez.

Mi abuela también hablaba páez, mi mamá también hablaba páez, y mi mamá decía que para poder hablar castellano... (le tocó aprender después).



Fotografía: Andrés Obando

El arte del tejido le llegó desde su bisabuela. Al ver el interés de Paubla, la llamaba, y al tiempo que le golpeaba las manos, le regalaba el saber del tejido. Paubla cuenta que esa era la forma en que enseñaban los abuelos:

Ella estaba tejiendo, mi abuelita, mi bisabuela, y ella llegaba y decía: "Venga, hija, le doy un regalo". Y entonces cogía y le fueataba tres, cinco, seis veces la mano a uno. Decía que uno tenía que ser trabajador en los tejidos, y esa es la herencia de los abuelos y de mi bisabuela.

Yo hice mochila, hice guambiza; esa fue la primera, porque lo hacían a uno tejer. Las tiras a la cabuya las armaban y se las entregaban a uno: "Me lo entrega terminado". Siempre he visto que uno era inteligente, porque yo con medio indicarme tejí la primera guambiza. La guambiza es la mochilita así como esta que tengo terciada aquí; esta es de modelo con aguja, y las que yo tengo tejidas de allá son tejidos con cadejo.

Para Paubla, el arte del tejido inicia con la preparación y escogencia del hilo. Hecho de la forma en que lo aprendió de su bisabuela, implica un proceso que comienza en el pensamiento, pasa por el

procesamiento de los materiales y termina en el textil. Por eso, la inclusión de materiales industrializados es considerada por algunas personas como una afectación de los saberes propios de esta labor, algo que se refleja en el objeto final.

La cabuya, la lana de ovejo blanco o de ovejo negro fueron en su tiempo fundamentales:

Cuando yo bajaba, mi abuela –ella sí hablaba castellano– me decía: “Cuando usted se quiera pintar, en la mata de cabuya. Cuando usted se quiera poner aretes, en la mata de cabuya. Cuando usted quiera colocar su ropa de varios modelos, en la mata de cabuya”.

En ese tiempo, como sí usaban el anaco, ellos colocaban el anaco tejido por esta lana. Si era ovejo blanco, así lo tejían; si era ovejo negro, así tejían en ese tiempo. Se llamaba un anaco.

El tejido ha acompañado a las generaciones Nasa desde hace mucho tiempo, y también acompaña el día a día: las mingas, las conversaciones importantes, las caminatas.

Usted dice: “Me voy para la minga, me voy”. Entonces usted echa su tejido aquí, por ejemplo, y lo anda cargando y nadie sabe qué carga ahí. Por lo menos yo: yo trabajo en la comunidad y soy la coordinadora de la Junta de Acción Comunal. Yo trabajé largo tiempo, trabajé 19 años sin sacarle punta; descansé como dos años, ahorita volvieron y me eligieron y estoy trabajando con la comunidad.

Entonces hay épocas que de pronto uno hace el almuerzo temprano y como hay hartas señoras que no saben cómo trabajar, me dicen... hay hartas señoras que lo colaboran a uno. Entonces una hace un oficio, la otra hace otro, porque yo, como coordinadora, tengo que decir: “Usted haga tal cosa, usted haga esto, usted

haga esto". Y dejamos libre un rato. Entonces uno ya se sienta un poco y saca esta artesanía y teje.

De pronto en las reuniones, cuando se habla de trabajos comunitarios, van quedando espacios: entonces uno está tejiendo, las manos están trabajando, pero uno está escuchando. Uno escucha la reunión y las manos están trabajando.

Para Paubla, tejer significa gozo y alegría. Disfruta hacerlo y se enorgullece al portar aquello que ha construido con sus manos. Sus tejidos dan cuenta de lo que son las mujeres mayores Nasa, por eso los lleva con orgullo. Pero además, el tejido le genera tranquilidad y armonía en su mente; para ella, tejer es sinónimo de paz:

Uno ahí tiene paz, porque decían: "Vea, si usted está tejiendo, está trabajando y está trabajando la mente, pero está tranquilamente ahí".

Hay paz en ese momento, y eso es lo que yo quiero: que usted tenga una situación comunitaria en la que pueda desarrollar el tejido.

Por ello se esmera en dar continuidad al saber del tejido como forma de dar continuidad al ser Nasa en armonía, en una dimensión personal que es, al mismo tiempo, colectiva. Sin embargo, esta intención no siempre encuentra un terreno abonado.

En su anhelo, Paubla enfrenta desafíos como el uso de utensilios y elementos industrializados, que reemplazan los procesos completos de recolección de materiales. También los maletines escolares que, para proyectos estatales o privados, pueden ser una "importante donación" para la educación, pero que para Paubla representan pérdida de identidad, olvido de los saberes propios y disminución de una fuente de ingresos para las tejedoras:

Los maletines salieron fue ahora pronto. Por ejemplo, de la EPSA (desde la construcción de la Salvajina) fue



Fotografía: Andrés Obando

que salieron los maletines que ahora les regalan a los estudiantes. En esa época yo era la encantada para tejer morralitos para cargar los libritos de los niños. Ya una madre de familia decía: “Hágame el favor y me teje tres morralitos a la medida de un cuaderno”, y yo los tejía. Yo les tejía para mis hijos y ya cuando llegaban las personas a visitarme, me decían: “Hágame el favor y me vende el morral”.

Morrales tejidos por dos palos y las macanas. Usted hacía las mochilas primero porque le gusta; a mí me gusta y me encanta. Segundo, porque la comunidad las usaba mucho, y se las compraban mucho. Eso era un negocio para uno.

Mire: estos son los morrales, este es remesero. A este morral le cabe más de 100 000 pesos de remesa y le queda faltando. Si le echa por ahí unos tres kilos de carne, no es mucho.



Escucha a

Paubla hablar de su profunda conexión con su mochila.



Con sus diseños novedosos y hechos a la medida de las necesidades de su comunidad, Paubla ha participado en ferias de artesanías y en trueques comunitarios. También ha hecho parte de procesos formativos en los que, desde Popayán y Cali, la visitan estudiantes para aprender del tejido.

Sin embargo, siente que a este interés le falta alma. Percibe que, cuando se vincula a estos procesos, muchos estudiantes no entienden el trasfondo del tejido y solo buscan una nota más.

Así como ella recibió el saber del tejido como un regalo, Paubla está dispuesta a enseñar lo que sabe sin mezquindad alguna. Pero anhela que este saber caiga en corazones y mentes abiertos, capaces de comprender el tejido de manera completa y profunda.



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

Manuel Durán:

La satisfacción de expresarse

Manuel vive en el municipio de Caldono, una tierra poblada mayoritariamente por el pueblo Nasa, con presencia del pueblo Misak y un fuerte proceso organizativo indígena que enfrenta día a día, con fortaleza y tenacidad, los embates del conflicto armado, defendiendo los territorios ancestrales del agobio de la guerra.

Manuel, sin embargo, no nació en Caldono sino en el Huila. Es pintor y muralista, artes que aprendió desde la escuela, copiando las láminas de las chocolatinas. En sus primeros intentos, los dibujos no le salían bien y provocaban la risa de sus compañeros, pero, en vez de sentir vergüenza, sintió el impulso de aprender cómo hacerlo mejor:

Entonces le pedí a mi madre que me explicara, que me ayudara, y ella empezó a explicarme lo que son las proporciones, cómo hacer el dibujo y todo. El primer maestro que tuve, además de mi profesora en la escuela, en el Huila, fue mi mamá. Ella estudió en la Nacional en la época de Marta Traba; incluso tuvo una obra avalada por Marta Traba. Pues son cuestiones que no me gusta comentar porque, en primer lugar, eso no tiene ningún interés, pero hacen parte de mi vida, y desde ahí para acá ya fue diferente.

Ya en algunas ocasiones no me interesaba mucho porque veía mucho esfuerzo en los talleres artísticos de mi madre, porque ella también dictaba talleres.



Fotografía: Andrés Obando

Bueno, ella sabía todo esto porque había estudiado artes en la Nacional y, estudiando artes, se conoció con mi papá y dejó de estudiar para dedicarse a la pintura. Ella reproducía clásicos y los negociaba en México.

Posteriormente aprendió cerámica con un tío, de quien recuerda con cariño las bolitas de barro con las que jugaba en las vacaciones. Cuando tuvo la edad propicia para estudiar en la universidad, intentó primero con Derecho, pero se decepcionó. Terminó estudiando en la Universidad del Cauca, donde descubrió una enorme diversidad cultural y el amor: enamorado llegó a conocer la cultura Misak hasta vincularse con el CRIC.

Su talento artístico se puso al servicio de los procesos pedagógicos del CRIC, apoyando de manera gráfica las cartillas de la organización:



Con amor y nostalgia, Manuel recuerda el legado de su madre y su perspectiva pedagógica.



De ahí me fui vinculando con el CRIC, con el proyecto PEBIN. Ellos me ayudaron y editamos varias cartillas pedagógicas, entonces dentro del lenguaje gráfico les pude colaborar. Tengo la edición de varias cartillas, entonces también tengo esa parte de trabajar institucionalmente. Después me vine a trabajar acá con

las comunidades, buscando a quién poderle enseñar, porque me encanta poder compartir lo que sé, lo poco que sé, poderlo compartir en la escuela.

Entonces tengo la idea de la escuela abierta, que es una escuela de enseñanza donde se perfilan las necesidades más inmediatas, pero se van introduciendo los talleres, también a nivel artístico. Hay varias relaciones comunitarias con el arte allí.

Esta fue la puerta de entrada para que Manuel hiciera del muralismo una forma de comunicación y expresión de los procesos organizativos e identitarios de diferentes pueblos indígenas:

He estado trabajando el arte en varias comunidades indígenas del Cauca y actualmente tengo la idea de esa escuela abierta. Ahora lo que está de moda acá es el muralismo, entonces estamos trabajando muralismo, “barranquismo” y todo con un solo propósito, el principal: marcar el territorio indígena. Marcarlo con el aspecto cultural, artístico, como medio de difusión.

Muchas veces dicen: “Bueno, ¿y para qué hicieron eso allá?”. No, pues estamos marcando territorio, y eso sí lo valoran mucho los indígenas en general: valoran el marcar su territorio, tener claro el marco de su territorio.

Además de esta labor, Manuel ha desarrollado procesos formativos en los que enseña como aprendió de su madre, bajo la idea de una escuela abierta que responde a lo que él reconoce como una necesidad de aprender del arte.

Las mingas o trabajos colectivos que se organizan en favor de un propósito común son, para Manuel, una de las prácticas centrales en las que el arte ha tomado fuerza como dimensión cultural. Además de la minga y de sus profesores de universidad, Manuel ve a su compañera y a los pueblos indígenas como grandes maestros:

Mi compañera, Amparo Tombé, me enseña y me dice cómo sembrar, cómo poner la semilla; y si uno no está seguro, pues no la tiene que poner ni para arriba ni para abajo, sino acostada, porque ella brota por donde tiene que brotar. Todo eso, colaborándolo con el arte, es muy, muy rico.

Me gustan mucho los mitos de la agricultura. Por ejemplo, que Chauté, el gran sabedor, se convirtió en una pepa de zapallo; como le tenía ganas a la muchacha y no podía, entonces él se convirtió en pepita. Cuando ella llegó, ¡fá!, lo rajó, y la pepita ¡fú!, se le fue, y ahí fue cuando quedó embarazada. ¡Jodido Chauté!

Toda esa es la mitología alrededor del origen de la comida. La papa tiene otra connotación, el maíz tiene otra connotación; son muy ricas en mitos. Entonces no es el concepto del mito y la leyenda de Occidente, es otro concepto del mito, porque el mito es la parte del pensamiento y la parte ritual es la acción. Van acompañados el pensamiento y la acción: el mito y el rito; el mito como parte del pensamiento se materializa en el rito. Todo eso es un campo artístico.

Manuel habla de la vida como habla de las mujeres: ambas son fuentes de inspiración, tanto como las cosmogonías indígenas, para las cuales ha trabajado desde tiempo atrás:

Trato de hacer eso y también rescatar algo cronológicamente, como la anciana que estoy pintando.

Ella nunca se ha puesto zapatos y mire, esa fotografía que saqué fue a las cinco de la mañana, en luna llena, cuando iba pasando. Por respeto la tomé de espalda, pero es bellísima: la mujer es la que lleva y trae el alimento, la mujer es la que sostiene el hogar, la mujer es la que da la vida. La mujer es como el río.

Por eso planteaba que ahorita ya no se puede decir solo “por favor no tire basura en este río”, sino algo más agradecido. Estoy pensando algo como “si quiere a su mamita y respeta a sus padres, por las nuevas generaciones no tire basura”, pero no sé cómo llegar a ese punto, cómo gráficamente poder establecer un mensaje donde la gente se pregunte: “Bueno, ¿por qué estoy tirando basura al río?”.

Manuel encuentra plenitud en la realización misma de su obra. Sintiendo y viendo el resultado del trabajo de sus manos, se siente feliz:

Encontrarme conmigo mismo en captar ese momento, en la expresión de una mano, en la expresión de una boca, en la expresión de una mirada, poder captarlo, poder llegar ahí, eso es lo más lindo que hay en el arte: la satisfacción de poder expresar ese instante, ese momento.

Como me decía una tía: “Sobrino, ¿y usted es feliz?”. Yo le contestaba: “Sí, soy feliz”, porque en el instante en que uno es feliz, siempre hay que recrearlo, así lo demás no sea así. Siempre ese momento de felicidad hay que recrearlo, hay que satisfacerlo, hay que recordarlo, porque esa es la felicidad, en realidad.

Uno pasa necesidades, pero mi mayor necesidad en el momento es poder expresar con los colores, con mis manos, ese instante, esa expresión humana. Y las expresiones humanas no están necesariamente en el rostro, sino también en el producto de las manos: ahí vienen otros lenguajes como la arquitectura, la agricultura, la minería... Eso es lo que a mí me llena y me llama la atención: poder captar ese momento.



Acompaña a
Manuel en uno de sus
momentos de creación.





Fotografía: Andrés Obando

Rosalía Piamba:

Espiritualidad y cuidado

Mi nombre es Rosalía Piamba. Yo nací aquí, aquí donde estoy. Mi placenta está aquí, en la casa grande, acá en Caldono.

Rosalía hace parte de una historia compleja, rica y cargada de capacidad creadora. Hizo parte del proceso de reasentamiento del pueblo Nasa tras la avalancha causada por el terremoto que produjo la avalancha del río Páez, en Tierradentro, en el año 1994. La comprensión de este fenómeno, el desplazamiento, la reubicación y la creación de una nueva vida en otras tierras hacen parte del contexto en el que creció Rosalía. Su relato es, por ello, una historia sobre cómo los saberes y la conexión con la vida se convierten en alimento para el cuidado mutuo y colectivo.

Rosalía no estudió en la escuela del municipio, pues sus padres temían que, al hacerlo, ella y sus hermanos pudieran desconocer sus propios conocimientos, volverse perezosos y viciosos. Por eso, es una mujer con un vasto conocimiento sobre aquello que no se aprende en la escuela: la atención de los partos, la armonización de las fuerzas vitales, el trabajo de la espiritualidad:

En el tema de espiritualidad, pues al menos nosotros ya teníamos eso aquí, en el corazón, en la mente. Cuando más entré de lleno en el tema de la espiritualidad fue desde los 18 años, cuando me casé, porque mi suegra era partera.

Cuando yo llegué allá, ella ya tenía sembradas las plantas para el tema de la partería, ya era una abuela sabedora.

Me enseñó cómo atender desde el primer mes, cómo era el ritual hasta los tres meses, qué plantas se utilizaban. Entonces, al conseguir mi marido, de una vez llegué a este proceso de partera.

Junto a sus padres, aprendió la espiritualidad presente en los actos aparentemente sencillos y cotidianos, en los que se hace evidente la conexión entre el mundo espiritual, natural y social, como sucede, por ejemplo, con la apagada del fogón:

Con mi papá y mi mamá siempre la espiritualidad existía. Cuando ya iban a nacer las planticas –que ahorita esto se llama *ulñin*, en castellano mezquillo– mi papá siempre tenía aunque fuera una mata de mezquillo. Yo creo que ahora ya no hablamos solo de espiritualidad, sino del *Ksxawesx* (espíritu). Ese *Ksxawesx* de mi papá y ese *Ksxawesx* de mi mamá siempre existió, y ellos siempre, aunque fuera en una bolsita, cargaban su espiritualidad. Yo creo que desde allí estamos.

Está el ritual grande de la apagada del fogón. Ellos contaban que siempre preparaban una medicita de agua fresca; en ese tiempo, así fuera echar una orejuela ya era muy grande. Siempre existió eso: apagar el fogón, sacar la ceniza hacia la izquierda y esa noche no cocinar. Yo alcancé a vivenciar esa parte. Lo del Saakhelu fue más adelante, pero la apagada del fogón, el Chapux, que son rituales grandes, yo desde ese tiempo los vivencié con mis papás.

Como sucede con el descubrimiento de otros roles, Rosalía entendió que su camino estaba destinado a la partería y a la espiritualidad a través de un sueño en el que una gallina ponía huevitos en sus manos. Orientada por los saberes de su suegra, fue incorporándose a la práctica de la partería, acompañándola tanto en los encuentros como en las labores diarias. Así fue aprendiendo, en



Fotografía: Andrés Obando

primer lugar, de las plantas que acompañan el cuidado del parto, preparando aguas aromáticas y alimentos:

Siempre, cuando nacía el bebé, ella era la que recibía y con esto –con la lana del ovejo– lo enchumbaba. Siempre hablaba de que, cuando lo enchumbaba con todo lo que es del ovejo blanco, era porque el bebé viene sin pecado, que es un angelito. Terminaba de limpiar el sucio, que es la sangre, y en ese tiempo no se le colocaba ropita ni nada, sino que lo envolvía con *chumbe*; con eso lo *andra*, lo envuelve, eso es enchumbar.



Así narra
Rosalía su llamado
para ser partera.



Ella también hablaba de algo muy significativo: que, si nosotros conservábamos esta parte, entonces ese pensamiento Nasa no se perdía, que así se fortalecía todo eso.

Además de su suegra, Rosalía reconoce al padre Eccio como un maestro que le permitió ver la importancia de no dejar morir las

tradiciones y gracias al cual vivió procesos de encuentro entre mayores, que abonaron la recuperación de saberes tradicionales en Caldoño, después de sobreponerse a la estigmatización de la que fueron objeto:

Empezamos en la parroquia a traer a todos los mayores. Ya fuimos reuniendo y desde allí empezamos a entrar con los cabildos; después hicimos un proyecto. Desde allí yo era la que más coordinaba con los mayores: “tal día vengan”. Ya no era en la parroquia, sino que encontramos un sitio sagrado acá en Alto Picacho. Entonces empezamos a recorrer lagunas, cascadas, a ofrendar lo que nosotros ofrendamos.

Yo, como era empleada, hacía toda esa parte, y así fue que logramos otra vez fortalecer a los mayores, como estamos ahorita, porque en ese tiempo nadie quería saber de ellos: que, según, eran brujos, que nadie los quería. Entonces, el primer maestro para mí, fue el padre Eccio.

Los saberes de Rosalía no solo han aportado al fortalecimiento identitario del pueblo Nasa a través de sus mayores. Su labor espiritual permitió acoger a muchas víctimas de la avalancha del río Páez y



Fotografía: Andrés Obando

ha servido, hasta el momento, para ayudar a sanar y armonizar a quienes lo han necesitado, sin importar su procedencia o la causa de sus padecimientos —vinculados en muchos casos con las huellas del conflicto armado—:

Del *Nasa Üus*³ yo siempre agradezco a los *Ksxawesx*⁴, para poder tener la confianza de toda la comunidad.

Primero llegaron negritas de Puerto Asís, más que todo ellas vinieron acá. Para que los de acá, los más cercanos, los del cabildo, creyeran en este proceso, fue difícil.

Decían: “Ah, que doña Rosa cobra un dinero por la casa”. Pero sin saber, porque en vez de cobrar, antes era yo la que tenía que rebuscármelas para sostenerlos a ellos. Cuánta gente de afuera, con necesidad de enfermedad, llegó, y gracias a nuestro *Ksxawesx* pude sostenerlos.

Para poder llegar al *Nasa Üus*, el primer lugar es el vivenciar y compartir, no solo la alimentación, sino la espiritualidad: cómo lo compartimos. Llegaron muchas personas que tuvieron necesidad, que ya habían estado hospitalizadas, sobre todo cuando están “endemoniados”. Cuando están endemoniados, para sacar eso, son ocho, nueve, diez meses, y para el recurso, ¿quién lo pone? Aquí no hay trabajo, ustedes han visto. Y a veces ese demonio llega donde más de uno no tiene nada.

-
- 3 Según el CRIC, *Nasa Üus* es una asociación de cabildos indígenas conformada por cuatro resguardos, ubicados en los municipios de Cajibío, Morales y Sotará, denominada como zona de reasentamiento, ya que su organización se dio tras la avalancha ocurrida en 1994 en Tierradentro. En este contexto, el *Nasa Üus* es para Rosalía a la vez territorio organizativo y casa de acogida espiritual, donde recibe, armoniza y acompaña a las personas que llegan en busca de sanación.
 - 4 Forma de interacción con el mundo espiritual, los espíritus.



Fotografía: Andrés Obando

Yo no sé cómo, pero he compartido, hasta haciendo el chirrincho yo misma. Lo bueno es tener la caña, el motorcito; desde allí uno tiene completo: la caña, el motor, y desde allí.

Más que todo, el *Nasa Üus* es de lleno: hospedaje, alimentación, espiritualidad, orientación, como decir, psicológicamente. Allí uno tiene que ser muy amplio,

no estar mezquino ni pensando en el dinero. Hay veces que yo no tengo ni dos mil pesos, pero al menos tengo conocidos y, como sea, consigo para ayudar, como si yo tuviera mucho dinero. Pero igual, quien llegue, de aquí no se devuelve como en el hospital.

Las energías de Rosalía están puestas en servir a los otros, a su comunidad, en recuperar lo que pudo haberse perdido y lo que aún está en riesgo de desaparecer. Además de los cuidados que ofrece, orientada por los Ksxawesx, Rosalía invita a los niños y niñas que están en riesgo de alejarse de sus saberes y comunidades a vincularse con el mundo ritual desde el arte, convencida de que así mantendrán viva su cultura:

El hecho es no estar con el celular, sino estar tejiendo o estar sembrando un arbolito, así sea en una chuspita. También lo de la música: ellos vienen y, cuando llega el momento, aquí hay dos días de danzas.

Por ejemplo, estos niños que llegaron ahorita son de Huasac, donde vive el mayor. El papá, cuando nosotros hablamos del tema de paz, se desvía, pero a los niños queremos sostenerlos. No los obligamos, pero la mamá llama: "¿Hoy tienen un ritual? Porque los niños quieren ir para allá". O a veces ellos desde allá vienen caminando muchas veces; hoy los mandé a recoger.

Ellos ya entran en la música, desde allí empezamos el *Kiwanés* (proceso musical para los rituales). Aunque sea el mes de música, porque cuando ellos saben tocar, los invitan a tocar en otra parte. Aquí, al menos, cada niño tiene el don de tocar música, de flauta; cada niño tiene su don. Y desde ese *Kiwanés* estamos entre todos.



Fotografía: Andrés Obando

Salvador Tumbo:

El cuidado de la vida y el cuidado de la comunidad

Salvador nació en la vereda Gualó, del municipio de Caldon. Nació y creció en el campo, en medio de cultivos de café, fique, caña de azúcar, yuca y maíz. Aprendió a sembrar y cosechar en familia, trabajando y estudiando al mismo tiempo.

Su vida ha estado vinculada al trabajo comunitario, desde el cabildo del pueblo Nasa de este territorio, hasta su labor como **thë wala** (médico tradicional). Fue un sueño el que le indicó que debía dedicarse a la medicina tradicional:

Cuando yo empecé a coordinar con los mayores, ellos explicaban los remedios, cada mayor trabajaba diferente. Desde ahí, ya por el 2006, empecé también a practicar, a coger la chonta, a refrescar. Pero antes de eso mi aprendizaje era más en el sueño; es aviso en el sueño. "Usted tiene que coger la chonta, ya es la hora".

Entonces uno acude al otro mayor a preguntar por qué está soñando eso, y el mayor le decía: "si usted tiene, ya tiene poder para trabajar".

El aprendizaje sobre las plantas y los procedimientos para curar no siempre es sencillo. Los mayores no siempre entregan el conocimiento de manera directa o abierta, por lo que Salvador debió aprender observando, ensayando una u otra planta en caso de enfermedad, confirmando así lo que había visto hacer a los mayores. Empezó en casa, siguiendo los pasos de su abuelo, y poco a poco su labor fue ampliándose a la comunidad:

Antes, claro, mis padres hacían refrescar la casa y mi abuelo también era sabedor, trabajaba la medicina, él ayudaba. Esa parte la va conociendo uno, pero más conocí trabajando en la comunidad.

Ya empecé, pero primero empecé en la familia, no en la comunidad. Empecé en la familia, a refrescar la casa, los hijos que tengo, entonces desde allí empecé.

La labor como **thë wala** implica una escucha profunda de las señales del cuerpo y de la naturaleza para entender qué está generando las enfermedades. Por eso el propio Salvador debe “refrescarse” primero, para luego poder limpiar y curar a las personas:

Para esa parte, primero uno mismo se refresca, para que el remedio alcance hacia ellos, porque si uno no se hace una limpieza, a veces se tapa, no le da señas. Entonces uno se refresca y de ahí sí, a las personas... cualquier remedio que uno mande va calmando: si tienen dolor, si están sin ánimo; así uno va sacando toda esa energía.



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

Con el proceso de fortalecimiento del Nasa Üus⁵, Salvador ha participado en los “refrescamientos” o limpiezas necesarias para que los niños y las niñas puedan recibir las enseñanzas propias de su cultura:

Primero es la parte espiritual: se inicia, se recibe y se refresca, para que se dé lo que el niño piensa aprender. O si hay niños que son perezosos, en esa parte se hace la armonización. Es la parte espiritual la que va cambiando todo. Al comienzo es así: primero se recibe con el refrescamiento.

5 Según el CRIC, es una asociación de cabildos indígenas conformada por cuatro resguardos ubicados en los municipios de Cajibío, Morales y Sotará. Se denomina “zona de reasentamiento” porque su organización se dio tras la avalancha ocurrida en Tierradentro en 1994.



Fotografía: Andrés Obando

Este proceso es muy necesario conocerlo, porque en la parte espiritual todo se está perdiendo. Muchos dicen que ya han hecho algo en la parte espiritual, pero mentira. En las escuelas se comprometen, se hace el trabajo una sola vez y se olvidan. Entonces esa parte se está perdiendo, y es muy importante para que los jóvenes, los mayores, los niños que quieran, pues bienvenidos, aprendan, conozcan, practiquen.

La mirada de Salvador sobre su trabajo hace parte de un entramado amplio en el que se cruzan la salud física, la disposición para el trabajo y el aprendizaje cultural, la voluntad para el trabajo comunitario, el conocimiento sobre los rituales y la vida espiritual. Por ello, su labor como thë wala se complementa con el incentivo a la siembra, el tejido, la música y la alimentación:



Salvador cuenta
cómo aprendió a pesar
de los mayores que
mezquinaban su saber.



Yo no estoy trabajando solo aquí, también estoy ayudando en el Cabildo. Uno comparte lo que está trabajando en la medicina: tenemos que aprender y conocer, no solo aprender, sino practicar, sembrar las plantas. Porque si practico, pero no siembro ninguna planta, es como no saber nada. Entonces uno les dice que siembren estas plantas para bien de ustedes mismos.

Y también, ojalá sigan visitando, porque acá a ninguno le estamos diciendo que no venga, sino que ojalá vengan y practiquemos, conozcamos en la parte de medicina, en la parte del tejer, en la parte de tocar, en la parte de lo que consumimos. Lo que sembraban anteriormente en el tul, en la finca, es para consumir, para que no llegue tanta enfermedad.

Desde su labor como médico tradicional, Salvador se complace al reconocer que hay muchos niños y jóvenes interesados en aprender lo que él sabe. Así, ha podido involucrarlos en procesos de tejido, medicina, música y cultivo, apoyados siempre en la ritualidad propia del pueblo Nasa, aportando al fortalecimiento identitario por el que ha trabajado desde hace más de 50 años.



Fotografía: Andrés Obando

Ceferino Gómez:

Ser feliz uno, hacer feliz a los demás

Ceferino nació en la vereda Laderas, del corregimiento de Bolívar, Cauca. Es descendiente de una familia de “flauteros”, como él los llama:

Pues yo en Bolívar estudié tres años, en una escuela que se llamaba El Cocal. Y ya desde entonces, viendo que mi papá era, como les contaba, flautero, mi tío Ricardo era flautero, y ellos iban a la casa de mi papá a ensayar. Mi tío era el que primeraba y mi papá era el que secundiaba.

Yo, viéndolos ahí, como oía a los demás que eran unas alumbranzas, ellos tocaban y, al ritmo de lo que tocaban, yo iba y tocaba en una puerta así de palo, como si fuera el bombo. Y ahí nos pasábamos pues. De ahí ya aprendí a tocar maracas, a tocar charrasca. La flauta no, porque eso sí no pude aprender.



Así relata

Ceferino la forma en que aprendió en medio de las alumbranzas.



Así, en medio de las alumbranzas, Ceferino aprendió como su padre, su abuelo y su tío: de oído. A lo largo del año, las celebraciones y fiestas religiosas fueron la oportunidad para tocar y cantar. En las alumbranzas, en las que se honraba a un santo con chirimías y música, aprendió la sonoridad propia de su tierra y de los rezos a los santos; en las alboradas de diciembre vivió la música parrandera propia de las fiestas de fin de año.

Su gusto por la música lo llevó a dedicarse a ella hasta conformar, con varios miembros de su familia, la agrupación de la que hace parte actualmente: “Alegria de los Cuyes”. Así narra Ceferino el origen del nombre del grupo:



Fotografía: Andrés Obando

Como nacimos en Bolívar, Cauca, cuando estábamos en El Tambo, nosotros decíamos que éramos de Bolívar, Cauca, y acá en Morales dicen: “nosotros somos nacidos en Bolívar, Cauca”. Y entonces ya tienen como un dialecto de pastusos: “llegaron los pastusos”, “llegaron los cuyes”, “acá llegaron los cuyes”. Entonces dijimos: nos dicen los cuyes y somos alegres, pongámosle “Alegría de los Cuyes”, y ahí se quedó.

Ceferino toca tambora, charrasca, maracas y redoblante. Los ensayos de Alegría de los Cuyes son en su casa, los jueves o viernes. Tienen como referentes musicales las canciones que escuchan en la radio y que luego “sacan” en la flauta y en los instrumentos de la chirimía. Hasta el momento, con su chirimía han recorrido San Isidro, La Estación y Morales, pero anhelan participar en fiestas en Morales (a mayor escala), en el Festival Petronio Álvarez y en Tunía, para hacerse conocer.

Para Ceferino, la alegría y el interés por que no se pierdan las chirimías lo llevan a continuar su labor musical y a compartir lo que sabe con los sobrinos y nietos que hacen parte de Alegría de los Cuyes:

Pues de seguir adelante, que no se deje caer la chirimía. Eso es lo que yo les digo: esto toca seguir y que no se acabe, pues porque esto es un legado de uno, que no dejen caer esto.

Ojalá que este legado que uno hace, pues lo aprendan los demás, que no se quede ahí. Que si uno se muere, ellos sigan. La música no se debe caer.

Esta es una labor que, en medio del conflicto armado que afecta al municipio de Morales, puede ser difícil, especialmente porque las posibilidades de recorrer las veredas se reducen por los riesgos que pueden representar para sus habitantes. Aun así, Ceferino insiste en sostener, con su chirimía, la alegría y la memoria musical de su territorio.



Así se
escucha la
“Alegría
de los Cuyes”.





Fotografía: Andrés Obando

Filemón Noguera:

Junto a la banda

Filemón nació en el municipio de Morales. Es músico e hijo de músico:

Bueno, pues mi papá fue músico. Yo desde muy chico me gustaba estar allí al lado de ellos, donde los escuchaba. Me gustaba estar ahí y me gustaba demasiado la música. Por ahí fui aprendiendo a escuchar y me fue gustando mucho y ahí vamos, fuimos escalando poco a poco.

Tuvo la fortuna de tener un familiar en la banda municipal, lo que le permitía acompañar los ensayos y aprender. De su mano, poco a poco fue probando instrumentos hasta que se vinculó a la banda:

Pues en un inicio era el redoblante y en segundo lugar el bombo, como lo llamaban.

Cuando ellos iban a tocar, yo llegaba allá y, mientras empezaban, me agarraba por ahí a hacerle, y el que tocaba el bombo me explicaba cómo era, cómo estaba el ritmo de tal tema que iban a tocar. Así fue que fui cogiendo y tuve poco tiempo también tocando eso.

Allí estuve también con el profesor Alim Bedoya, que fue el que me empezó a enseñar el trombón.



Escucha a

Filemón contar qué es lo que más le gusta de la música.



Las fiestas y celebraciones religiosas son escenarios muy importantes para las presentaciones musicales y, por tanto, para el desarrollo artístico de Filemón. Las Juntas de Acción Comunal de las veredas



Fotografía: Andrés Obando



Fotografía: Andrés Obando

han sido vitales para la circulación de la música, permitiendo que Filemón pueda contar con ingresos derivados de su actividad musical, aun cuando en su voluntad convivan tanto el deseo de ayudar a las personas como su necesidad económica:

Pues, hombre, en primer lugar, uno le colabora mucho a la gente. Por ejemplo, contratan a uno por cierta cantidad de dinero y uno lo hace por colaborarle, no cobrarles muy caro por aquí, que se sientan bien.

Filemón disfruta complaciendo a las personas en sus gustos musicales, razón por la cual no tiene un solo género exclusivo. No obstante, la música de vientos es la que le mueve el alma y la que quiere conservar como tradición.

Como sucede con tantos otros músicos, las dificultades logísticas —la consecución de transporte, el acceso a repuestos, los espacios de ensayo y la formación— son retos que enfrenta día a día. A pesar de ello, gracias a la música, Filemón ha tocado en ferias en Usenda, Mondomo, La Sierra, Rosas, Piendamó y Morales.

El sueño que persiguen apunta a la posibilidad de ser más reconocidos para poder tocar en otros lugares de la región. Para ello, distribuyen tarjetas de su agrupación y se presentan ante las Juntas de Acción Comunal, pero hacen un llamado a contar con mayor apoyo de la Casa de la Cultura y del gobierno municipal.



Estos son
los instrumentos que
interpreta Filemón en
la banda.





Fotografía: Andrés Obando

Virgelina Grijalba:

Dedicada al servicio

Virgelina nació en Villa Colombia, un corregimiento de Jamundí, Valle del Cauca, pero ha dedicado una parte importante de su vida al impulso de las artes en el municipio de Morales, Cauca. Desde su labor ha emprendido el desarrollo de encuentros, ferias, fiestas y festivales con los que busca apoyar a las agrupaciones de Morales y de otros municipios, para que sean más visibles, reciban recursos económicos vitales para su sostenimiento y puedan llenar de alegría a los habitantes del municipio.

Las artes, la música, eso era lo que más me gustaba. Hicimos una convocatoria aquí en Morales, grande, como de unas cuarenta bandas musicales de todo el departamento del Cauca, y entonces a mí me fue súper bien en una feria que hicimos, porque las ferias las hacía la Casa de la Cultura.

Virgelina ha participado también en las Juntas de Acción Comunal, desde donde ha aportado al fortalecimiento de los procesos comunitarios, de los mayores y de las artes y la cultura. Gracias a estas múltiples relaciones que se han tejido en su labor de gestora, ha podido conocer de cerca las realidades de la población; eso se convierte para ella en un aliciente para continuar con su trabajo cultural y comunitario:

Yo soy presidenta de la Junta de Acción Comunal del barrio San Luis. En la Junta de Acción Comunal a uno lo incitan, tiene que trabajar: aquí hay un proyecto, aquí hay

otro proyecto... entonces métase en eso, porque ya no le queda otra.

Su labor y el conocimiento que tiene del municipio y de sus poblaciones le permiten tener una mirada amplia sobre las características, necesidades y potencias de Morales:

Yo digo que lo que yo puedo aportar es eso: hacer que la gente se interese en lo que se va a traer y traer algo cultural para el municipio, visibilizar por qué es importante que se dividan las comunidades, el territorio moralense. Porque Morales es un municipio intercultural, nosotros somos en Morales un territorio intercultural: tenemos indígenas, mestizos, negritudes... entonces todos ellos aportan para llegar a hacer un trabajo grande, porque aquí se puede hacer un trabajo grande con todas esas características que se hablan de Morales.

Esta vocación de servicio explica también la dicha que siente al ver a otros felices y unidos como comunidad. En sus palabras, lo que más la mueve es:

Ver a la gente contenta, feliz, y ver la unidad de la misma gente, porque en eso también se ve la unidad de la gente.

Virgelina reconoce la huella que ha dejado el conflicto armado en Morales: los cambios en los cultivos, el miedo, la pérdida de niños y jóvenes que terminan en los grupos armados. Desde su labor como impulsora de las artes y la cultura en el municipio, busca que esos cambios y el temor sembrado por la guerra se atenúen en favor de todos los moraleses:

Pues vamos a hablar un poco de lo que casi nadie habla: del miedo. La gente no sabe hablar de miedo. Aquí se ha entrado la guerrilla una y mil veces. Y no solamente que se han entrado y que han disparado, que han hecho



Fotografía: Andrés Obando



Escucha aquí

las reflexiones de Virgelina sobre las dificultades que enfrenta Morales.



todo lo que han hecho, sino que, por necesidad, la gente se va a trabajar con ellos. Se llevan los niños, los jóvenes, a trabajar con ellos, con miles de cosas en la cabeza, se va la gente viendo que la realidad es otra.

Y ahora, por ejemplo, con lo de los cultivos ilícitos, para ellos es más fácil irse a raspar que ponerse a sembrar plátano, yuca o café, porque es muy bien paga la labor que ellos hacen, mientras que cogiendo café le pagan muy poco. Entonces eso conlleva a esa situación de que nosotros, por ejemplo, no tenemos algo formal, digno de la gente acá, sino que tenemos coca y guerrilla.



MiCASa es un banco de pensamiento en el que se sientan a meditar los sabios chamanes. MiCASa es un oso hormiguero glotón. MiCASa es un atril para leer cualquier libro. MiCASa es tu casa y la suya y la nuestra. MiCASa es el lugar en donde caben las historias, relatos y memorias de todo un país.

**MiCASa es el sello editorial del Ministerio de las Culturas,
las Artes y los Saberes.**

*Mapa de sabedores de expresiones artísticas - Subregión PDET
Alto Patía Norte del Cauca. Vol. 1*

se terminó en diciembre de 2025 y hace parte de la apuesta del Gobierno del Cambio por la protección del patrimonio artístico nacional.

Para su elaboración se usaron tipos Avenir Next, Avenir Next Cyr y Meursault VF.

La impresión de esta publicación fue realizada por la Imprenta Nacional de Colombia utilizando tintas formuladas con base en aceite de soya, consideradas más respetuosas con el medio ambiente. Los papeles utilizados están fabricados a partir de fibras alternativas (no maderables), como el bagazo de caña de azúcar, los cuales son biodegradables, reciclables, inodoros e ino cuos. Además, se emplearon planchas para la impresión offset destacadas por su capacidad para reducir el consumo de agua y productos químicos durante el proceso. Estas decisiones reflejan el firme compromiso de la Imprenta Nacional con la adopción de prácticas responsables y ecológicas en la industria de la impresión en Colombia, contribuyendo activamente a la preservación del medio ambiente.



www.imprenta.gov.co

PBX (0571) 457 80 00

Carrera 66 No. 24-09

Bogotá, D. C., Colombia



arte, paz y
saberes en los
territorios



**VOCES Y
SABERES
EN LAS
ARTES**